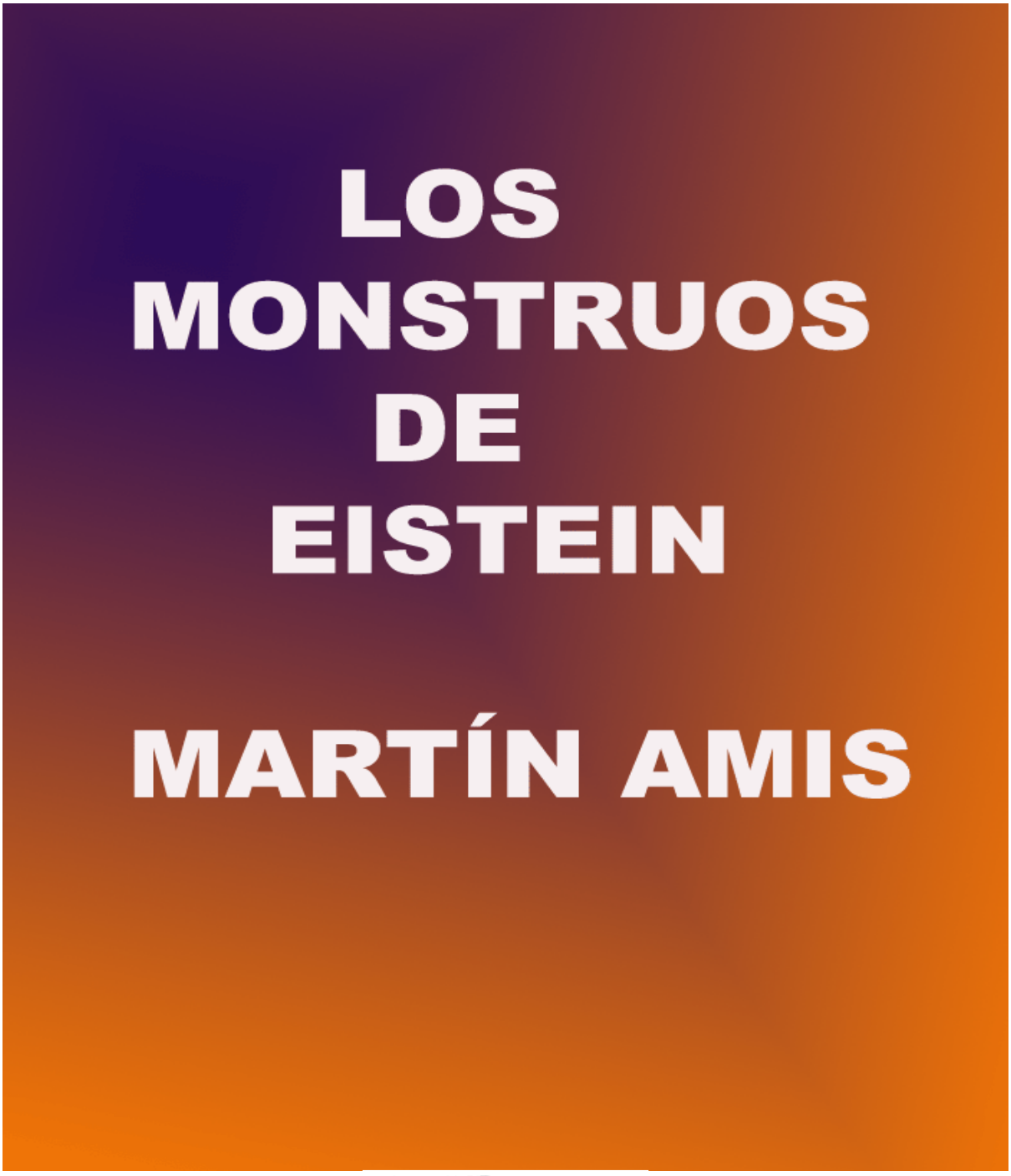
LIBRO dot.com

LOS MONSTRUOS DE EINSTEN

MARTÍN AMIS



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Los Monstruos de Einstein

De

Martín Amis

Introducción

- Bujak y la fuerza poderosa 0 Los dados de Dios
- Lucidez en Flame Lake
- La enfermedad del tiempo
- El cachorrito que pudo
- Los Inmortales

Introducción:

La Capacidad De Pensar

Nací el 25 de agosto de 1949: cuatro días más tarde los rusos probaron con éxito su primera bomba atómica y así apareció la disuasión. De modo que tuve esos cuatro días de tranquilidad, más de lo que nunca tuvieron los de menor edad. En realidad no los aproveché mucho. Me pasé la mitad del tiempo dentro de una burbuja. Apacibles como pintaban las cosas, nací en estado de conmoción aguda. Mi madre dice que parecía Orson Welles desencajado de furia. Al cuarto día me había repuesto, pero el mundo había dado un giro para peor. Era un mundo nuclear. Si tengo que decirles la verdad, no me sentía nada bien. Tenía un sueño y una fiebre terribles. No dejaba de vomitar. Me entregaba a incontenibles accesos de llanto... Cuando tenía doce o trece años la televisión empezó a mostrar mapas de objetivos

del sudeste de Inglaterra: Londres era el centro del blanco; los condados cercanos eran las franjas periféricas. Yo solía irme de la sala lo más rápido posible. Ignoraba por qué había armas nucleares en mi vida o quién las había metido ahí. No sabía qué hacer con ellas. Quería quitármelas de la cabeza. Me enfermaban.

Ahora, en 1987, treinta y ocho años después, sigo sin saber qué hacer con las armas nucleares. Y los demás tampoco lo saben. Si hay algunos que lo saben, yo no los he leído. Las alternativas extremas son la guerra nuclear y el desarme nuclear. La guerra nuclear es algo difícil de imaginar; pero también lo es el desarme nuclear. (Sin duda la primera alternativa se encuentra más inmediatamente a mano.) El desarme atómico no se ve de veras, ¿no es cierto? Algunos programas para la abolición final -pienso, por ejemplo, en la «disuasión teórica» de Anthony Kenny, en la «disuasión sin armas» de Jonathan Schell- resultan maravillosamente elegantes y seductores; pero estos autores están previendo un mundo político tan sutil, maduro y (sobre todo) concertado, como sus propias solitarias reflexiones. Para la guerra nuclear faltan siete minutos, y podría acabarse en una sola tarde. Estamos esperando. Y también las armas están esperando.

¿Qué es lo único capaz de provocar el uso de armas atómicas? Las armas atómicas. ¿Cuál es el objetivo prioritario de las armas atómicas? Las armas atómicas. ¿En qué consiste la única defensa establecida contra las armas atómicas? En armas anímicas. ¿Cómo se previene el uso de armas atómicas? Amenazando con usar armas atómicas. Y a causa de las armas atómicas no podemos librarnos de las armas atómicas, como si la intransigencia fuese una función de las propias armas.

Las armas atómicas pueden matar a un ser humano doce veces seguidas de doce maneras diferentes; y -como ciertas arañas, como los faros de los coches- parece que paralizan antes de matar.

Sin ninguna duda son artefactos notables. Su poder deriva de una ecuación: cuando se fisiona una libra de uranio 235, la «masa liberada» dentro de los 1.132.000.000.000.000.000.000.000 átomos se multiplica por el cuadrado de la velocidad de la luz -lo cual significa una fuerza explosiva de 300.000 veces 300.000 kilómetros por segundo. La magnitud y el poder de estas armas carecen de límite teórico. Son bíblicas en su ira. Claramente, son lo peor que le ha ocurrido nunca al planeta, y se producen en masa y con costes bajos. En cierto modo, la característica más extraordinaria que exhiben es que están hechas por el hombre. Distorsionan toda vida y subvierten todas las libertades. De alguna manera no nos dejan elección alguna. No hay en la tierra un alma que las quiera, pero aquí están.

Estoy harto de ellas; harto de las armas nucleares. Y lo mismo le pasa a todo el mundo. Cuando en mis tratos con este extraño asunto tengo que leer mucho o pensar demasiado tiempo,

tengo náuseas, náuseas físicas. En cualquier sentido concebible (y por lo tanto, sinergéticamente, en más sentidos aún), las armas nucleares repugnan. Qué toxicidad, qué poder, qué alcance. Ellas están allí y yo aquí -ellas son inertes, yo estoy vivo-, y sin embargo me producen ganas de vomitar, me revuelven el estómago; me siento como si un hijo mío hubiera estado fuera de casa mucho tiempo, demasiado, y comenzara a oscurecer. Es una práctica

buena y apropiada. Porque lo haré montones de veces, vomitaré muchísimo, si las armas caen y yo sobrevivo.

Todas las mañanas, seis días a la semana, salgo de mi casa y recorro en coche una milla hasta el apartamento donde trabajo. Durante siete u ocho horas estoy solo. Cada vez que oigo en el aire un gemido súbito o uno de los más atroces impactos de la vida ciudadana, o sirvo de huésped a cierto tipo de pensamientos indeseados, no puedo evitar preguntarme cómo sería. Supongamos que sobrevivo. Supongamos que no se me derriten los ojos en la cara, que no me toca el huracán de misiles secundarios en que hormigón, metal y cristal se han convertido bruscamente; supongamos todo esto. Me veré obligado (y es lo último que tendré ganas de hacer) a desandar la larga milla que me separa de mi hogar a través de la tormenta de fuego, los restos de los vientos de mil millas por hora, los átomos descarriados, los muertos envilecidos. Luego -Dios mediante, en caso de que todavía me queden fuerzas y, por supuesto, de que aún estén vivos- tendré que encontrar a mi mujer y mis hijos y tendré que matarlos.

¿Qué debo hacer con pensamientos como éstos? ¿Qué debe hacer cualquiera con pensamientos como éstos?

Si bien no sabemos qué hacer, ni cómo vivir con las armas nucleares, poco a poco estamos aprendiendo a escribir sobre ellas. Cuestiones de decoro se presentan con una fuerza que no se encuentra en otros ámbitos. Es el tema más alto y el más bajo. Es ignominioso, y exultante. A donde quiera que uno mire aparece una gran ironía: ironía trágica, ironía patética, incluso la ironía de la comedia negra o la farsa; y hay también una ironía sencillamente violenta, de una violencia sin precedentes. La nube con forma de hongo que se alzó sobre Hiroshima fue un bello espectáculo, aun cuando su color fuera producto de un kilotón de sangre humana...

En la esfera discursiva existen diversas maneras de escribir mal sobre las armas nucleares. Algunos, se acaba por concluir, no se han enterado. Simplemente no se han enterado. Son versiones editadas de esos cuentistas de parada de autobús que aseguran que la guerra nuclear no será «para tanto», especialmente si consiguen llegar hasta el chalet de una tía suya en Dorset (o, mejor todavía, si ya están en el chalet de la tía cuando la cosa estalle). No ven de qué manera las armas nucleares lo ponen todo en cursivas mayúsculas. No enterarse de lo que significan las armas nucleares es como no enterarse de lo que significa la vida humana. Y ésta es, de hecho, la base de nuestra dificultad.

Es en cierto modo gratificante que todos los análisis militares o industriales sobre las «opciones» nucleares se vean desnaturalizados de inmediato por la índole de las armas que describen, como si el lenguaje mismo se negara a cooperar con tales nociones. (En este sentido el lenguaje es mucho más fastidioso que la realidad, la cual ha aceptado con terquedad la anti-realidad de la era nuclear.) En el mundo del poder y el hacer de la «administración del conflicto» atómico, oímos hablar de represalia adelantada; en ese mundo, se considera que las muertes que no pasen de algunas decenas de millones son aceptables; en ese mundo, armas nucleares hostiles, provocadoras, desestabilizadoras apuntan a armas nucleares (contrafuerza), en tanto que las armas nucleares pacíficas, defensivas, con propósitos de seguridad (que languidecen haciendo adorables pucheros), están dirigidas contra las ciudades (contravalor). En ese mundo se conoce como chiflados a quienes se oponen a la realidad corriente. «Celadas para la conquista de bases», «agrupamientos densos en pack», «defensa terminal del área entre bases», «el Balón» (es decir, el Botón), acrónimos como BAMBI, SAINTS, PALS y AWDREY (Atomic Weapons Detección, Recognition and Estimación of Yield, es decir Detección, Reconocimiento y Estimación de Rendimiento de Armas Atómicas), «el

concepto del Jedi» (armas de plasma cercanas a la velocidad de la luz), la misma «Guerra de las Galaxias»: todas estas locuciones lo llevan a uno al estadio deportivo, o de vuelta a la nursery.

De hecho toda la historia de la gestión nuclear está atravesada por un elástico tema de infantilismo. Trinity, la primera bomba (apodada «the Gadget.», el Chisme), fue

izada hasta su posición por medio de un dispositivo conocido como «la cuna»; durante la cuenta regresiva la estación radiofónica de Los Álamos emitió una canción de cuna, la Serenata para cuerdas de Tchaikovsky; los científicos especulaban en torno a si el Chisme iba a ser «niña» (es decir, un fiasco) o «niño» (es decir, un artefacto capaz de obliterar Nuevo México). La bomba de Hiroshima se llamaba Little Boy, Niñito. «¡Es un niño!», pronunció Edward Teller, el «padre» de la bomba H, cuando en 1952 Mike («mi bebé») fue detonado sobre el atolón de Bikini... Es irónico, pues ellos son niños; todos somos niños. Y desde entonces la ironía se ha redoblado. Puesto que amenaza con la extinción, el último artefacto antipersonal es, en esencia, anti-bebés. Uno no se refiere aquí tanto a los bebés que morirán, como a los que no nacerán nunca, ésos que, en relevos espectrales, esperan haciendo cola hasta el fin de los tiempos. Empecé a interesarme por las armas nucleares durante el verano de 1984. Bueno, digo «empecé» a interesarme, pero en realidad siempre lo había estado. Todo el mundo está interesado por las armas nucleares, incluso esos que afirman -y realmente creen- que nunca han dedicado un momento a reflexionar sobre la cuestión. En esto todos somos parte interesada. ¿Es posible no pensar nunca en las armas nucleares? Si uno no piensa en ellas, si no piensa un solo instante en el desarrollo más grave de la historia de la especie, ¿en qué piensa? Tal vez en casos así, el proceso, la filtración, sea preconceptual, fisiológica, glandular. El hombre que tiene en la boca un revólver amartillado puede proclamar que no piensa un solo instante en el revólver amartillado. Pero siente su sabor; todo el tiempo.

Mi interés por las armas nucleares fue el resultado de una coincidencia. Los dos elementos fueron mi paternidad inminente y una lectura tardía de The Fate of the Earth, el clásico y esclarecedor estudio de Jonathan Schell. A mí el libro me despabiló. Hasta entonces, me parece, había estado indiferente. No había pensado realmente en las armas nucleares. Sólo había sentido su sabor. Ahora, al menos, por fin sabía qué era lo que me provocaba tantas náuseas.

¿Qué sucede cuando en la cumbre la moralidad toca fondo? Nuestros líderes están preparados para llevar a cabo lo inconcebible. Contemplan la posibilidad de lo inconcebible, en nuestro beneficio. Nosotros, con suficiente modestia, esperamos abrirnos paso en la vida sin que nos asesinen; con algo más de confianza, esperamos pasar por la vida sin asesinar a nadie. Las armas nucleares nos arrebatan estos asuntos de las manos: podemos morir, y hacerlo con delantales de carnicero atados a la cintura. Creo que muchas de las deformaciones y perversidades de la escena moderna se relacionan con esta sólida prioridad, y sin duda se ven empequeñecidas por ella. Nuestros contratos morales se debilitan de manera impredecible y sin que podamos evitarlo. Al fin y al cabo, ¿qué acte gratuit, qué explosión vulgar de furia o estúpida barbarie pueden compararse con el sueño negro del intercambio nuclear? Para hacer frente a la hiperinflación de la muerte que ha abaratado toda vida, resulta saludable regresar a la física, recordar las magnitudes de la escala nuclear. La cantidad de masa empleada en la destrucción de Hiroshima fue más o menos equivalente a la treceava parte de una onza (= 28,7 gramos), es decir, un peso no mayor al de una moneda de un céntimo. De acuerdo con la ecuación de Einstein, un solo gramo asume las propiedades de 12.500 toneladas de TNT (además de otras que le son propias). Dice Jonathan Schell:

... la energía producida por la aplicación de la física universal del siglo veinte excede a la producida por la de la física terrestre o planetaria del siglo diecinueve de la misma manera que el cosmos excede a la tierra. Y sin embargo fue dentro de la comparativamente pequeña, frágil ecósfera terrestre, donde la humanidad liberó energía cósmica recién descubierta.

Ignoremos por un momento el desmesurado gigantismo de los arsenales actuales y reflexionemos sobre lo que es capaz de hacer un solo megatón: repetir en todas las capitales de los

Estados Unidos la destrucción a escala de Hiroshima, con unas treinta bombas de más. Solamente el arsenal soviético puede matar unos 22.000 millones de personas, o podría, si hubiera 22.000 millones de personas que matar; pero en el mundo no hay más que 4.000 millones. Y seguimos persiguiendo la dinámica racional de la brecha de los misiles. No existe tal brecha. Vivimos en una Manhattan de misiles. En realidad, no hay espacio. Estamos hacinados.

Entretanto continúa el debate. ¿Y de qué clase de debate se trata? ¿Cuál es el tono? Si miramos la controversia sobre la Iniciativa de Defensa Estratégica encontraremos, por ejemplo, que el tono de Ronald Reagan es el siguiente: «(La IDE) no tiene que ver con el miedo, tiene que ver con la esperanza, y en esa lucha, si me perdonáis que robe palabras de un filme, la Fuerza está con nosotros». No, no le perdonamos que robe palabras a un filme. Y la Fuerza no está con nosotros. De todos modos, en tales términos (que aspiran a una frivolidad infinita), el presidente Reagan propugnó «un esfuerzo que ofrece la promesa de cambiar el curso de la historia humana», aunque también, concedió, implica algunos pocos «riesgos». Desafortunadamente, el riesgo es el de terminar con el curso de la historia humana. «Si fracasamos, Dios no nos perdonará», le dijo Brezhnev a Carter en la cumbre pre-Afganistán. A Carter la frase le gustó y se valió de ella con una rectificación política: «Si fracasamos -dijo- la historia no nos perdonará». La verdad es que Brezhnev fue más preciso. En la eventualidad de un «fracaso», Dios estará en condiciones de juzgar, pero la historia no.

Recientemente aterrizaron en mi escritorio tres libros sobre la IDE -tres improvisaciones sobre el final del tiempo-, dos a favor y uno en contra. How to Make Nuclear Weapons Obsolete es de Robert Jastrow, el hombre que al día siguiente del desastre del trasbordador espacial saltó a las letras de molde con el comentario: «Es casi inverosímil». En primer lugar Jastrow aclara cuánto espera que, de ser posible, la tercera guerra mundial consiga evitarse, cuánto lamentaría y deploraría una eventualidad tal (el tono es de apresurada cortesía moral, como si se tratara de una cuestión de etiqueta y apariencias); luego se dirige al asunto central del libro, una agitada relación de «La Batalla». Aquí, en medio de la tecnófila space opera, alcanzamos a vislumbrar al Presidente «ordenando» esto y «decidiendo» aquello con absoluta serenidad, al tiempo que erige su experimental «escudo de paz» mientras arriba, en los cielos, se cierne la carnicería hemisférica. Lo cierto es que el Presidente, si no ha sido vaporizado por obra de una maleta-bomba puesta en la embajada soviética, estará comprensiblemente inmerso en su propio ataque de nervios, lo mismo que todos los demás actores de esta fantasía psicótica. Para Jastrow lo impensable es pensable. Se equivoca, y sostengo que además a este respecto es infrahumano, como todos los combatientes de la guerra nuclear, como todos los «eficaces». Lo impensable es impensable; lo impensable no es pensable, no por los seres humanos, porque en la eventualidad que postula, todos los contextos humanos habrán desaparecido. Ni la IDE ni sus actores pueden someterse nunca a prueba. Cómo responderían llegado el caso, es algo que cualquiera puede imaginar. Pero ya no serían seres humanos. En cierto sentido no lo sería nadie. Ese estatus no existe al otro lado del cortafuego.

Solly Zuckerman ha sugerido que, tibia y avergonzada como es, la complacencia de los aliados con la IDE no hubiera podido sobrevivir a una lectura de Jastrow. Es probable que no se pueda decir lo mismo de Alun Chalfont, cuyo Star Wars: Suicide or Survival? da la bienvenida a la IDE con el timbre de barítono del realismo áspero. Cierto, la Iniciativa entrañará un «alto riesgo»; cierto, la Iniciativa «reclama una aproximación totalmente nueva a las doctrinas que sostienen a las políticas de control de armamentos»; cierto, la Iniciativa costará un billón de dólares. Pero vale la pena. Altamente arriesgada, enteramente revolucionaria, increíblemente cara, pero vale la pena... debido a la Brecha. Los soviéticos lo harán pronto, o han empezado a hacerlo, o, como parece sugerirse a veces, ya lo han hecho. Así pues, será mejor que nosotros también lo hagamos... Es interesante el hecho de que a Lord Chalfont no le inquiete la existencia de armas nucleares, una existencia que, según sus propias palabras, no puede «derogarse» . Lo que le inquieta es la existencia de quienes se oponen a ellas. He aquí algo de lo que sí podemos librarnos. En cualquier caso, la urbanidad se ausenta de su prosa cada vez que aparece el molesto tema de la paz (o «la» paz). «De inmediato comienza el previsible alboroto de la industria de la paz..., una coalición de idealistas

confundidos con una pizca de idiotas inútiles y agentes soviéticos (conscientes o inconscientes).» Molesto por las referencias a la «industria» de la guerra, no le importa acordar status industrial al movimiento pacifista. ¿Por qué? ¿Dónde están los municipios fabriles de la paz? ¿Dónde están los presupuestos de un billón de dólares? A cierta altura Chalfont discute los planes americanos:

para el despliegue de cabezas de guerra de radiación aumentada en Europa... En seguida se levanta un clamor contra la «bomba de neutrones», descrita por los débiles mentales como un arma capitalista, diseñada para matar a la gente preservando la propiedad.

La expresión «arma capitalista» que emplea Chalfont no es feliz, y uno está de acuerdo. Pero ¿cuán feliz es la expresión «cabezas de guerra de radiación aumentada»? ¿Cuán feliz es «aumentada»?

Lamentablemente, E. P. Thompson no está más cerca de encontrar la voz de la persuasión apropiada y fiable. Ha hecho grandes sacrificios por la causa que lidera; es brillante, es carismático, es inspirador; pero no es fiable. En Star Wars, al igual que en otros escritos, el profesor Thompson se muestra digno exponente del Alto Estilo nuclear. Es ingenioso y espléndido, y escribe con la mejor clase de odio controlado. Qué devastador es, por ejemplo, cuando habla del esfuerzo de relaciones públicas de la IDE. Desde la literatura confesional:

se podrían abrir innumerables oportunidades para el activismo por una causa evidente... también despertar el interés de los católicos... Tal esfuerzo de ratificación permitiría a la Casa Blanca transmitir bondad en la confrontación con los poderosos críticos domésticos del despliegue de misiles balísticos... pronunciarse sobre temas «euroestratégicos», que hoy en día son jugosos... jugar libremente en asuntos de ética de carretera (con mucho la mejor aproximación movilizadora)...

Thompson es devastador con la IDE; su alegato es casi completo. Pero no devastará a nadie - puede, más bien, llegar aun a subvertir a los convertidos- porque
no tiene respeto alguno por el tono.

Su tono es blando, impaciente, a menudo desesperadamente inseguro y excitadamente alarmista; se complace en la estupidez. Su antiamericanismo («los Estados Unidos son intrínsecamente morales», «Presidente del Planeta Tierra», «Rojos, id saliendo con las manos en alto») es tan anticuado y agotador, y tan merecedor de réplicas de repertorio, como los contraprejuicios de Lord Chalfont. Chalfont es subhumano. Thompson es nada más que humano, demasiado humano. También hace chistes. Éste le gusta tanto que lo cuenta dos veces:

Acaso la ventana [de la vulnerabilidad] esté ya tan abierta, advirtió el presidente electo, que «los rusos podrían conquistarnos con una llamada telefónica». «¡Hola! ¿Es usted, Mr. Reagan? Aquí el tovarich Brezhnev. ¡Salga ahora mismo con las manos en alto o le arrojo esta bomba por la ventana!»

Uno retrocede ante estas cosas, se reclina en el asiento y se frota los ojos, preguntándose cuánto daño habrán hecho. Pues en el debate nuclear, como en ningún otro debate, el castigo por semejantes lapsus es incalculable. Los seres humanos son unánimes con respecto a las armas atómicas; las instituciones humanas no. Nuestras esperanzas residen en una simbiosis gradual. Debemos encontrar el lenguaje de la unanimidad.

****

Discuto con mi padre sobre las armas nucleares. En este debate todos discutimos con nuestros padres. Ellos emplazaron o mantuvieron el actual statu quo. Se equivocaron groseramente. No

atinaron a ver la naturaleza de lo que tenían entre manos -la naturaleza de las armas- y ahora están atrapados en la nueva realidad, atrapados en el gran error. Tal vez no habrá esperanzas hasta que ellos se hayan ido. Ciertos extremistas creen que deberíamos empezar a matar a algunos de nuestros padres antes de que ellos nos maten a nosotros. Esto me recuerda el noble silogismo, citado por Schell, de la Disuasión Fracasada: «El, pensando que yo estaba por matarlo en defensa propia, estaba por matarme en defensa propia. De modo que lo maté en defensa propia». Sí; y después él, desde la tumba, me mató en represalia. La realidad que hemos heredado es infinitamente humillante. Debemos tratar de hacer las cosas un poco mejor.

Mi padre considera que las armas nucleares son un supuesto irrevocable. Siempre serán necesarias porque los soviéticos siempre las tendrán, y los soviéticos siempre querrán esclavizar a Occidente. Los tratados armamentísticos no sirven, ya que los soviéticos siempre harán trampa. El desarme unilateral equivale a la rendición. Y, por lo demás, en este caso no se trata de «hacerse rojo o morir». El propio mundo comunista está provisto de armas atómicas y profundamente dividido: de modo que se trata de «hacerse rojo y morir».

Bien, a mí me parece que morir es la promesa que, en cualquier caso, encierra esta receta. Las armas nucleares, me recuerda mi padre, han impedido la guerra durante cuarenta años. Yo le recuerdo que la paz de todo un siglo posterior a la derrota de Napoleón en 1815 no estuvo presidida por ninguna matanza general. Y el problema de la Disuasión es que no puede durar el lapso necesario, el cual se extiende, más o menos entre el momento presente y la muerte del sol. La Disuasión ya se está derrumbando, y desde dentro. Cuando digo que tan amenazados estamos por América como por la Unión Soviética, mi padre me coloca en la categoría de los que se toman la democracia y la libertad a la ligera. Parecerá una ironía, pero una autocracia se encuentra mucho mejor equipada para habérselas con la cuestión, porque la cuestión es superpolítica. Los soviéticos no tienen con quién tratar; enfrente ven líderes deteriorados, acosados por la democracia, por la política, que cumplen plazos de trabajo de seis meses entre las elecciones parciales, períodos de fin de mandato y los referendos informales de la vida pública americana. Y está el dinero. Es como si la Unión Soviética no pudiera permitirse seguir adelante y los Estados Unidos no pudiesen permitirse parar. Saul Bellow ha escrito que ciertos males -pone como ejemplos la guerra y el dinero- son

capaces de sobrevivir a su identificación como males. Continúan alegremente la marcha como males, como males conocidos. ¿Podrían haber aspirado las armas nucleares a un logro mayor que el de sumarse a dichas continuidades, en un proceso de decadencia terminal? Así, el mundo acaba tal como acaba The Pardoner's Tale, con la desaparición de todos los actores humanos, que dejan tras ellos (si bien nadie podrá encontrarlos) las armas usadas y el dinero no gastado.

Cualquiera que haya leído las obras de mi padre tendrá cierta idea de cómo es discutir con él. Cuando le conté que estaba escribiendo acerca del armamento nuclear, dijo en tono melodioso: «Ah. Supongo que estás en contra, ¿no?». La regla que sigue es épater les bienpensants. Recuerdo que una vez, cuando un amigo mío le informó que se estaba convirtiendo sistemáticamente en jabón a una especie de ballenas en peligro de extinción, repuso: «Parece una muy buena manera de usar las ballenas». (Lo cierto, creo, es que las ballenas le gustan, pero eso no importa aquí.) Con él, soy con toda seguridad, más brusco en el tema de las armas nucleares que en cualquier otro, más brusco de lo que he sido desde la adolescencia. Por lo general termino diciéndole algo como: «Y bueno, no tendremos más remedio que esperar a que los hijos de puta como vosotros os muráis uno a uno». Por lo general él termina respondiendo algo como: «Piénsalo. Nos bastaría con cerrar el Consejo de las Artes para incrementar nuestro arsenal. Las becas para poesía podrían costear el mantenimiento de un submarino atómico durante un año. Con lo que se invierte en una sola representación del Rosenkavalier podríamos comprarnos otra cabeza de neutrones. Si cerráramos todos los hospitales de Londres estaríamos en condiciones de ... ». En cierto modo la sátira es certera, porque yo sólo me preocupo por las armas nucleares; pero no sé qué hacer con ellas.

Abandonamos el tema. Las sesiones concluyen amistosamente. Nos dedicamos a admirar a mi hijito. Tal vez él sí sepa qué hacer con las armas nucleares. También yo tendré que morirme. Tal vez él sepa qué hacer. Deberá ser algo muy radical, ya que no hay nada más radical que un arma nuclear y lo que esa arma es capaz de hacer.

Otra voz satírica en el debate es la de la Defensa Civil. Al contrario que los del profesor Thompson, sus chistes son graciosos. Defensa Civil contra el Ataque Nuclear: el concepto en sí es un chiste. Sólo se puede decir una palabra al respecto, y la palabra es olvidémoslo. No obstante, siguen apareciendo libros sobre el tema. Supongo que alguien tiene que escribirlos, pero una sensiblería subhumana arruina el género entero. Es como tratar de acostumbrar a la familia real a las ventajas de vivir en una casa prefabricada o de ser atendida en un hospital de campo medieval. (Y, contra este particular telón de fondo, toda familia es una familia real.) Debido a otra cruel ironía, en el hospital nuclear se invertirá el orden de prioridades: sólo se considerará a los comparativamente sanos. El proceso de inversión nuclear se completa cuando uno comprende que la única actitud correcta frente a la guerra nuclear es el derrotismo suicida. Que nadie piense que otra cosa es concebible. Deponed todo interés en la posibilidad de sobrevivir, de perdurar. No participéis. Preparaos a entregar vuestras manos. Para mí y los que amo, yo quiero el calor, que llega a la velocidad de la luz. No quiero quedarme esperando la explosión, que perezosamente se presenta a la velocidad del sonido. Contra el ataque nuclear hay una sola defensa: la cápsula de cianuro.

Hace poco di con una oferta americana: Civil Defence in Nuclear Attack: A Family Protection Guide, firmada por el capitán T. Kalogroulis. Es una delicia. También está llena de errores y de erratas. (Se hace referencia a «una ilustración esquemática de la onda expansiva», pero la página indicada está en blanco.) Aunque supongo que con eso se puede convivir. Imagino que después de un ataque nuclear uno podría convivir con un puñado de errores de imprenta. El libro empieza con la justificación -la justificación de tanta cháchara truculenta- «El objetivo de los comunistas es dominar el mundo... Apelarán al chantaje nuclear basado en el alarde de sus capacidades. Están dispuestos a emplear la fuerza si lo necesitan, y pueden correr el riesgo.» Ese si no posee gran fuerza porque «los soviéticos podrían aceptar un riesgo, en términos de pérdidas humanas y materiales, que nosotros no nos atreveríamos a correr. Ellos se han habituado a las pérdidas». El enemigo no está hecho de carne y sangre sino de cuero y hielo; para él, los holocaustos nucleares son alimento y bebida. A lo largo de la página el capitán Kalogroulis despliega la lista de las «ventajas estratégicas de proteger a la población». Son siete. La número cuatro establece que «proteger a la gente confiere sentido a cualquier defensa militar; ésta última no tiene sentido si la población perece». ¿Qué sentido tiene entonces, si la población muere? He aquí la ventaja número cinco:

Nuestras principales autoridades militares concuerdan en que la capacidad de limitar nuestras bajas en caso de ataque brinda claras ventajas militares. Significa que el enemigo deberá invertir mayores fuerzas militares y económicas en la aventura. Por lo tanto, le llevará más tiempo llegar a estar en condiciones.

En otras palabras, para causar bajas ilimitadas, el enemigo tendrá que tomarse molestias adicionales. Uno se pregunta entonces de cuánta influencia y prestigio gozarán realmente nuestras principales autoridades militares «en caso de ataque». La ventaja número siete concluye que proteger a la población «crea aptitud para soportar la guerra nuclear». Por lo tanto, a uno lo obligan a tirar del carro por razones estratégicas.

La verdad lisa y llana es que después de una guerra nuclear se invertirán o cambiarán los papeles de las clases civil y militar. Las autoridades ya no se encargarán de proteger a la población del enemigo: se encargarán de protegerse a sí mismas de la población. Uno de los efectos de las armas nucleares -esos extraños instrumentos- será el fascismo instantáneo. En 1980 el gobierno británico, conjuntamente con la OTAN, llevó a cabo la Operación Pata Cuadrada destinada a

calcular los alcances reales de un ataque nuclear. Además de los muchos supuestos misteriosos (advertencia con siete días de antelación, ningún blanco en el centro de Londres), se imagina que el populacho pasaría la última semana proveyéndose de alimentos y convirtiendo los jardines traseros en refugios; en otras palabras: cavándose sus propias tumbas. Porque cuando, a continuación del «Todo despejado» (¿despejado para qué?), uno saliera tambaleando del refugio particular, no valdría la pena hacer otra cosa que meterse de nuevo, tambaleando. Todo lo que existe de bueno habría desaparecido. Uno sería ciudadano de una nueva ciudad llamada Necrópolis. La defensa civil atómica es un no-tema, una fabricación dañina. Refuerza la belicosidad y la capacidad de pensar.

Sin embargo, con toda su chocarrería de comedia negra, el género arrastra una resaca vibrante. No todo el mundo (por definición) es tan acabada y ejemplarmente infrahumano como el Capitán Necrópolis. El admirable London After the Bomb, por ejemplo, empieza como un libro «sobre» la defensa nuclear y acaba como un disgustado rechazo de la defensa nuclear. incluso con publicaciones semioficiales como Nuclear Attack: Civil Defense (comisionado y editado por el instituto de los Reales Servicios Unidos para los Estudios de Defensa) uno recibe la siguiente impresión: la de un equipo de expertos auxiliares médicos que, no obstante haber sido bien preparados para soportar un asalto de perversidad, se encuentran de pronto presos de una náusea desesperanzada, retrocediendo mareados de la escena del accidente. El lenguaje no puede convivir con esta realidad. «Es importante tener una buena provisión de calmantes... Los tranquilizantes serán de gran importancia... los problemas psicológicos en una guerra nuclear.... los problemas de salud en una guerra nuclear... » ¿Es problemas la palabra que en verdad necesitamos? Bueno, también habrá problemas de escasez -por ejemplo con las aspirinas, los apósitos esterilizados, las tijeras pequeñas (de punta roma) y la prudente reserva de imperdibles- a medida que vayamos cayendo en el invierno nuclear.

El invierno nuclear es la mejor noticia que llegó a este frente desde 1945. Es la mejor noticia porque es la peor (y porque las realidades nucleares siempre son antitéticas o palíndromos). Para decirlo con sencillez, si se utilizara una fracción considerable del arsenal mundial, el planeta podría dejar de ser sustento de vida. De modo que incluso un primer golpe exitoso, tendría quizá consecuencias fatales para el atacante. Llevó casi cuarenta años comprender una verdad obvia: que no hay humo sin fuego. ¿Cuánto nos llevará comprender que las armas nucleares no son armas, sino muñecas tajeadas, cámaras llenas de gas, explosivas trampas globales? ¿Qué más necesitamos aprender sobre ellas? Ciertas personas -y para hacer un mundo se necesita de todo- se muestran escépticas acerca del invierno nuclear; piensan que la extinción es algo que puede desestimarse sin mayor peligro. Sin duda la posibilidad no está demostrada: como todas las demás ramas nucleares, se halla infestada de incertidumbre. (La química de la creación y la destrucción del ozono, por ejemplo, sólo a medias se ha llegado a comprender.) Pero parecería que la visión pesimista es la natural. ¿Dónde están las ventajas ocultas, dónde las sorpresas agradables cuando se trata de armas nucleares? Como sea, el argumento ético sigue siendo impermeable. Si el riesgo es infinito -como señala Schell en The Fate of Earth-, una posibilidad científica puede tratarse como

certeza moral, «porque en caso de que perdamos, el juego habrá acabado y no habrá una nueva oportunidad ni para nosotros ni para nadie». O, como dice en otro libro, The Abolition:

Pues ahora los seres humanos, empeñados como siempre en las ambiciones y disputas de su tiempo y su lugar particulares, pueden dar fin a la historia humana en todo lugar y para siempre. Se ha puesto en juego lo eterno en el dominio de lo temporal, y el infinito ha sido entregado a la custodia de seres humanos finitos.

En un sentido imaginativo, pienso, se entiende que los seductores misterios de la materia, de los quanta, deban codificar un final, puesto que el propio átomo no es más que un sistema de relaciones. Desde el punto de vista matemático, el universo es pura casualidad. También lo es la Tierra, este planeta azul, y también la vida orgánica. Aunque toda confirmación sea bienvenida, no

necesitamos los econautas de Greenpeace ni El Tao de la física para saber que en nuestra biosfera todo tiene que ver con todo. Por el hecho de ser humanos, todos los seres humanos lo sienten: el equilibrio, la delicadeza. Tenemos un solo planeta, y es redondo.

El concepto central en la teoría del invierno nuclear, es el de sinergismo. Cuando ocurren dos cosas malas, ocurre una tercera (e impredecible) que excede la suma de los efectos individuales. Este fenómeno es la culminación de unas calamidades sobre las que sabemos mucho, y que ya conforman una lista considerable. Radiación inmediata, temperaturas superestelares, pulso electromagnético, pulso termal, sobrepresión de estallido, lluvia radiactiva, enfermedad, pérdida de la inmunidad, frío, oscuridad, contaminación, deformidad heredada, agotamiento del ozono: con qué ferocidad histérica, con qué absurda desproporción las armas nucleares detestan la vida humana... Es posible imaginarse a los sinergismos nucleares multiplicándose hasta la eternidad, crujiendo y detonando, combatiendo la vida aun cuando no quede nada que combatir. La teoría del invierno nuclear se inspiró en los estudios sobre las tormentas de polvo en Marte, y Marte nos ofrece una visión plausible del mundo post-nuclear. Está vulcanizado, oxidado, esterilizado. Es el planeta de la guerra.

Poco después de comprender que estaba escribiendo sobre las armas nucleares (y el proceso exigió un buen rato: más o menos la mitad de lo que sigue en este libro fue escrito sin saber cuál era el tema común), pasé a darme cuenta de que en cierto sentido siempre había escrito sobre ellas. Nuestra época es diferente. Todas las épocas lo son, pero la nuestra es diferente. Una nueva caída, infinita, se halla por debajo de los habituales -y por cierto tradicionales- presentimientos de decadencia. Tomando un solo ejemplo, esto ayudaría a explicar por qué nos parece que se ha echado a perder algo relacionado con el tiempo, con el tiempo moderno; amenazados y abaratados por igual, el pasado y el futuro se apiñan en el presente. En tanto el planeta vive al día, el presente parece estrecho, constreñido. Se ha dicho -Bellow otra vez- que la situación moderna es de suspenso: nadie, nadie en absoluto, tiene la menor idea de lo que sucederá. Lo que estamos experimentado, en la medida en que se puede, es la experiencia de la guerra nuclear. Pues la única experiencia posible de la guerra nuclear -Schell otra vez- es la de la anticipación, la ansiedad, el suspenso. Difícilmente pueda llamarse experiencia humana a la realidad (distintas clases de muerte en un mundo sin discurso), o vida humana al transitorio estado de conciencia que subsista. No será otra cosa que muerte humana. Así que de esto se trata, esto es la guerra nuclear: la ruina de todo. Los «efectos» de las armas nucleares se han estudiado exhaustivamente, aunque por supuesto nadie conoce su alcance por completo. ¿Cuáles son los efectos psicológicos de tales armas? Sin haber sido detonados, los arsenales mundiales ya están librando batallas psicológicas; la misma disuasión, por ejemplo, no es más que psicológica (y por lo tanto enteramente inexacta). Los estallidos aéreos, los golpes preventivos, las represalias masivas, las escaladas incontrolables: todo esto ya tiene lugar en nuestras cabezas. Si uno piensa en las armas nucleares, se siente enfermo. Si no lo hace, se siente enfermo sin saber por qué. Debido tal vez a que pueden acabar con todo pensamiento, las armas nucleares repugnan a todo pensamiento.

Por alguna razón, que sin duda nos intriga, el grueso de la ficción imaginativa sobre el tema pertenece a ese género. Cuentas regresivas simultáneas en el Pentágono y el Kremlin, folletines con terroristas o políticos canallas, amor y sufrimiento en la tundra postapocalíptica. La ciencia ficción empezó a preocuparse por las armas del día del juicio mucho antes de que tales armas fueran debatidas, y en la actualidad alrededor de una de cada cuatro novelas del género se sitúa después del holocausto. Entretanto, resulta asombroso lo poco que la corriente principal de la literatura ha tenido que decir sobre el destino nuclear, un destino que no requiere complicación, compromiso, modelo, paradoja, que no requiere interés. (Las armas nucleares poseen muchos defectos, pero no son anodinas.) Y sin embargo, la generación de nuestros mayores ha guardado silencio; prolíficos y grandes como son algunos de ellos, con vidas literarias a caballo de la evolucionaria línea de fuego de 1945, es obvio que no encontraron una sugestión natural en el tema. Vivieron primero en una clase de mundo, y después en otra clase de mundo; y no nos contaron en qué se distinguían. Hace poco le pregunté a Graham Greene cuál era la diferencia, y me dijo que en realidad nunca lo había

pensado. No anoto esto como una derrota de Graham Greene, el escritor más presciente de nuestro tiempo, sino como una suerte de victoria de las armas nucleares.

Está claro que un tema literario no puede elegirse ni determinarse; debe aparecer sobre la marcha. Algunos autores jóvenes que han hecho su vida al otro lado de la línea de fuego están empezando a escribir sobre armas nucleares. Tengo la impresión de que el tema se resiste al ataque frontal. Por lo que a mí respecta, lo siento como un transfondo que luego, de manera insidiosa, salta al primer plano. Acaso la próxima generación avance más; acaso se sienta más cómoda con el fin del mundo... Además, puede argumentarse que toda literatura -todo arte, en todas las épocas- tiene algo que ver con las armas nucleares, en dos sentidos importantes. El arte celebra la vida y no lo que se le opone. Y el arte eleva las apuestas, incrementando la suma de lo que podría perderse.

Destrucción Mutua Asegurada: suena como el nombre de una compañía de seguros o una empresa constructora, si no fuera por el primer elemento. Pero ¿pasaremos del primer elemento? La doctrina de la DMA era ridícula y repugnante, y ahora el deseo de escapar de ella nos ha beneficiado con la IDE, Iniciativa de Defensa Estratégica. Después de haber estado leyendo literatura pro-IDE durante bastante tiempo, di por fin con algo que puede decirse a favor de ella: podría atenuar la carnicería producida por una guerra accidental. Al día siguiente leí The Button, el brillante libro de Daniel Ford, y me enteré de que la guerra accidental es algo que los críticos más feroces de la política nuclear descartan en la actualidad. De modo pues que en favor de la IDE no puede decirse nada. El punto crucial del peligro presente reside en el desarrollo de las armas. Un futuro posible consiste en un nuevo énfasis sobre la defensa combinado con reducción y obsolescencia del armamento. Más o menos lo mismo sería un nuevo énfasis sobre la defensa combinado con statu quo. Ambos equivalen a una mayor cantidad de armas. Las armas son como el dinero: nadie sabe qué significa la palabra suficiente. Si pudiéramos mirarnos desde cualquier perspectiva cercana a la del tiempo cósmico, si poseyéramos algún sentido del poder cósmico, de la delicadeza cósmica, todos los indicadores señalarían en la misma dirección: hacia abajo. Hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo. No necesitamos esa nueva dirección que señala hacia arriba.

En The Logic of Deterrence, Ánthony Kenny, filósofo y ex sacerdote, se muestra infalible y oportuno en la búsqueda de un ámbito moralmente respirable en medio del mundo nuclear. En términos de ética, justicia y humanidad, la disuasión es una ruina; no sorprende que además carezca de lógica. Dar el primer golpe resulta imposible desde un punto de vista moral. Pero también lo es dar el segundo. Una vez fracasada la disuasión, no puede ponerse en práctica retroactivamente por medio de la represalia. Schell deja la cuestión muy en claro:

... no hay nada sensato que hacer si la disuasión fracasa... Cuando se le pregunta al Presidente qué haría si los Estados Unidos fuesen objeto de un ataque nuclear por parte de la Unión Soviética, no puede responder «Llamaría enseguida al primer ministro soviético y le pediría que por favor parase». No puede decirle al mundo que si sufriéramos un ataque nuclear nuestra represalia sería una llamada telefónica. Pues en el instante en que diese semejante respuesta, se habría disipado la disuasión.

En general es alentador ver que el grueso de las iglesias se enrola en la unanimidad utópica en forma de declaraciones papales, cartas pastorales, activismo responsable, etcétera. Pero las armas nucleares son espejos en los que vemos todas las versiones de la forma humana. El cuerpo religioso sin lugar a dudas más influyente de la tierra, los Nuevos Evangelistas, que ejercen un poder real, anuncia con fervor «una guerra santa nuclear» que engrandecerá a Israel (donde comenzarán las hostilidades) y aplastará a Rusia antes de seguir dramatizando acerca del Apocalipsis. Esta gente ha «vuelto a nacer»; y parece que quiere «volver a morir». Una guerra nuclear «santa»: estamos contemplando aquí la fragua del infierno de la estupidez, un infierno que constituye uno de nuestro futuros posibles.

Escribo estas palabras en Israel. Nuestro grupo acaba de visitar el Museo del Holocausto. Nuestro grupo acaba de subir a Masada. «Masada»: mientras que la historicidad de los hechos de Masada permanece incierta, su importancia mitopoética para la idea de lo judío es harto clara. (De aquí el «complejo de Masada», en realidad una fórmula militarista empleada para apuntalar el maximalismo israelí.) Aniquilamientos, revuelta, sitio, suicidio en masa: sacrificio. Un holocausto es un sacrificio, «un sacrificio absoluto consumado por fuego... una ardiente ofrenda total... un sacrificio completo».

La vista desde el flanco norte del monstruoso peñón de Masada es de una belleza elemental. Le hace sentir a uno lo que es vivir en un planeta; le hace sentir lo que es vivir en un planeta más grande, más vacío, más limpio y más inocente que la Tierra. Todo -las sólidas montañas a la izquierda, las lomas y ondulaciones de la llanura, el Mar Muerto, las brumosas alturas de Jordania- está ampliamente dominado por el cielo; incluso los lustrosos acres de agua sólo alcanzan a reflejar una fracción del azul que las circunda. De hecho la biosfera es poco profunda: el espacio, el espacio exterior, se encuentra apenas a una hora de viaje (más cerca aún que Jerusalén); pero el cielo de Judea se parece al infinito. Abajo, un terreno propicio para la guerra, una guerra convencional: muerte convencional, destrucción convencional, bajo estos mismos cielos. Pero otra clase de guerra, una guerra nuclear (pensé, con vértigo doble), podría destruir el cielo. El mismo día, más tarde, un periodista del Jerusalem Post me habló del «Depósito», un edificio en el desierto rodeado de alambre de espino y guardias armados, supuesto centro del esfuerzo atómico israelí. No está del todo claro -nunca lo está- si Israel tiene la bomba o sólo la capacidad de fabricarla. Yo quiero saber de qué le serviría esa arma. ¿De qué le serviría, en cualquier caso? Tanto Beirut como Damasco se encuentran a sesenta kilómetros de la frontera israelí, o sea a una hora de viaje, como el espacio. Para Israel un arma atómica sería un arma de Masada. Eso es lo que son las armas atómicas: armas de Masada.

Mientras tanto se introducen en nuestra vida espiritual. Puede que exista un «sacerdocio» nuclear, pero los suplicantes somos nosotros, y carecemos de fe. Las

ojivas nucleares son deidades que podrían materializar el Libro de la Revelación en pocas horas; hoy mismo. Por supuesto que no se alzará ningún muerto; nada será revelado. Nada significa dos cosas: la ausencia de todo y una cosa llamada nada. Los acontecimientos que llamamos «actos de Dios» -inundaciones, terremotos, erupciones- son heridas superficiales comparadas con el acto humano de la guerra nuclear: un millón de Hiroshimas. Al igual que Dios, las armas nucleares son creaciones libres de la mente humana. Al contrario que Dios, son reales. Y están aquí.

El asco ante la DMA es comprensible y necesario. Sugiero, sin embargo, que la DMA no es simplemente una creación política, sino una creación de las propias armas. Siempre acabamos por volver a ellas como si fueran actores más que piezas de ornamento; y se han ganado ese rango en virtud de su poder cósmico. Son actores y, considerándolo a escala humana, actores dementes. Las armas son dementes, MAD : no pueden asumir otra forma. En una de esas carrasperas de filósofo, Anthony Kenny sostiene que «consideradas como meras piezas industriales inertes, las armas no son, desde luego, objetos de evaluación moral. Es el uso que se les da ... ». Esto no es así. Pruebas recientes sugieren con fuerza que la armas nucleares en estado inerte son responsables de varias clases de cánceres y

leucemias. Qué toxicidad, qué poder, qué alcance. Matan incluso antes de ponerse en marcha.

La bomba A es una bomba Z, y la carrera armamentista es una carrera entre las armas nucleares y nosotros. Se trata de ellas o nosotros. ¿Qué hacen? ¿Para qué son? ¿Cuándo empezamos todos a querer matarnos mutuamente? Las armas nucleares frenan el holocausto nuclear mediante la amenaza de un holocausto nuclear, y si las cosas marchan mal, lo que uno consigue es eso: un holocausto nuclear. Si las cosas no marchan mal, y continúan sin marchar mal durante el próximo milenio o los próximos milenios (pues los tan mentados cuarenta años no son sino cuarenta parpadeos en el tiempo cósmico), uno consigue... ¿Qué consigue? ¿Qué conseguimos?

Quizás los invitados a la merienda infantil multirracial se hayan portado algo mejor desde que se introdujeron Guardianes. El pequeño Ivan ha dejado de tirar

del pelo a Fetnab, aunque sigue pateándole la pierna por debajo de la mesa. Bobby ha devuelto la porción de pastel que por derecho pertenecía a la diminuta Conchita, aunque ha puesto los ojos en ese sandwich y es probable que tarde o temprano se lance sobre él. Afuera, en el parque, los Guardianes mantienen una especie de orden, pero los patrones de conducta son tan troglodíticos como siempre. En el mejor de los casos, los niños parecen extrañamente alicaídos o apagados. Aunque son conscientes de la presencia de los Guardianes, se niegan a mirarlos, apartando los ojos. No quieren pensar en ellos, pues los Guardianes tienen trescientos metros de altura, y están cubiertos de gelinita y cuchillas de afeitar, pesados lanzallamas y ametralladoras, dagas y cuchillos, y chisporrotean de rabia, plagas, tumores. Por lo demás, resulta curioso que no miren a los niños en absoluto. Con sus ojos de cancerberos inyectados en sangre, y sus bocas repletas de sucias amenazas, se miran unos a otros agitando los puños. Quieren vérselas con alguien del mismo tamaño... Si los niños supieran -no, si creyeran-, sencillamente podrían pedirles a los Guardianes que se fueran. Pero no parece posible. En realidad es imposible. El silencio empieza a caer sobre el parque. La fiesta ha comenzado no hace mucho y debe durar hasta el fin de los tiempos. Los niños tienen fiebre y lloran. Todos se sienten enfermos y quieren irse a casa.

Bujak Y La Fuerza Poderosa 0 Los Dados De Dios

¿Bujak? Sí, lo conocí. Toda la calle conocía a Bujak. Lo conocí antes y lo conocí después. Todos conocíamos a Bujak: sesenta años, enormemente denso y agarrotado de músculos y tendones, sonriéndole a una fogata en el patio, transportando a hombros escritorios y sofás, levantando con una sola mano un cajón de té lleno de libros. Bujak, el poderoso. También era soñador, lector, charlatán... Dormías mucho mejor sabiendo que Bujak estaba en tu calle. Esto era en 1980. Yo vivía en Londres, el oeste de Londres, país de carnaval, lo que la policía de la zona llamaba línea de frente. DR. ALIMANTADO, HIJOS DEL TRUENO, GUERRA DE RAZAS, EL FUTURO NO EXISTE: terroríficos pelos secos como paja, chicas con cicatrices en los pubs embravecidos. Los negros esos

que hablaban como borrachos combativos, todo el tiempo. Cuando iba a Manchester a pasar unos días con mi amiga, siempre le dejaba una llave a Bujak. Qué manos tenía, duras como el carbón, con las uñas tan cuadradas y simétricas como sus dientes. Y los antebrazos, los antebrazos de Popeye, robustos y brutales y manchados de tatuajes, armas de un poder monstruoso.

Enorme como era, las energías parecían comprimidas en él, como si fuese la esencia de un hombre aún más grande. Era la imagen de la solidez. Yo soy tan alto

como Bujak, pero peso la mitad. No, menos. Una vez Bujak me dijo que crear un hombre de la nada exigiría una energía equivalente a la de una explosión de mil megatones. Mirándolo a él, uno se lo creía. En cuanto a mí, hubiese bastado con un solo cartucho de TNT, una granada de mano, un petardo. En los tratos físicos conmigo (ya sabéis, un hecho físico puede ser la forma en que alguien se acerca a ti atravesando una habitación) él mostraba la tierna condescendencia que el hombregrande muestra hacia el pequeño. Tal vez fuera así con todos. Era protector. Y entonces al buen Bujak, al considerado, sonriente Bujak, le pasó lo peor. Un holocausto personal. En los días que siguieron yo vi y sentí toda la violencia de Bujak.

Su vida estaba bien arraigada en el siglo. De la casta de los guerreros, combatió en Varsovia en 1939. Perdió al padre y a dos hermanos en Katyn. Estuvo en la resistencia, toda su vida estuvo en la resistencia. En esa condición infligió (y ésta es una historia de violencia, de castigo) muchas torturas a colaboracionistas. Se levantó con el Armia Kraiova y fue encarcelado en diciembre de 1944. Durante los años de posguerra trabajó de hombre fuerte en un circo ambulante, torciendo

barras, derribando muros de ladrillos, arrastrando camiones con los dientes. En 1956, año de mi nacimiento, participó en el octubre polaco y estuvo en la «Hungaria» de noviembre. Luego Estados Unidos, los vestíbulos, colas y cubículos de Ellis Island, con esposa, madre e hija pequeña. A su esposa Monika la hospitalizaron en Nueva York por una enfermedad de poca importancia; salió con un virus intrahospitalario y a la mañana siguiente estaba muerta. Bujak trabajó de estibador en Fort Lauderdale. Recibió y propinó cantidad de palizas demoledoras, a rompehuelgas, pandilleros, provocadores de los sindicatos. Pero prosperó, como

suele suceder en América. Lo que lo trajo a Inglaterra, creo yo, fue una especie de nostalgia (desplazada) de Polonia, o de esnobismo, y un deseo de paz. Bujak había vivido el siglo veinte. Y luego, un día, el siglo veinte, un siglo como ningún otro, se presentó a llamarlo. El propio y libresco Bujak, estoy seguro, vio que en cierto sentido la calamidad era post-nuclear, einsteniana. Sin duda fue el fin de su universo existente. Sí, fue la Gran Demolición de Bujak.

Conocí a Bujak una fría mañana de finales de la primavera de 1980 -o de 35 DB, si usas el calendario postnuclear que él propugnaba a veces-. Como de costumbre, algo le había ocurrido al coche de Michiko (esa vez era un pinchazo), y yo estaba en la calle luchando con el recambio y las herramientas de ladrón. Compacta y silenciosa, Michiko me observaba con tristeza. Me las había arreglado para aflojar los pernos de la rueda pinchada, pero la abertura del cric estaba ominosamente blanda y pegajosa de herrumbre. El sufrido cochecito recibió en el chasis la flecha vertical y permaneció estoicamente unido al suelo. Ahora bien, debo decir que yo me encuentro en muy malas relaciones con el mundo inanimado. Incluso cuando se trata de hacerme un café o cambiar una bombilla (¡o un fusible!), siempre pienso: ¿qué les pasa a los objetos? ¿Por qué son tan agresivos? ¿Qué entripado tienen conmigo? Los objetos y yo no podemos seguir así. Debemos llegar a un compromiso, un congelamiento, antes de que una de las partes pierda los estribos. Tengo que encontrarme con su gente y elaborar un trato.

-Para ya, Sam -dijo Michiko.

-Consíguete un coche como la gente -le dije yo.

-Para, por favor. ¡Para! Llamaré a una grúa o algo así.

-Consíguete un coche como la gente -dije, y pensé: sí, o un amigo como la gente.

El caso es que estaba arrojando las herramientas en el zurrón, sacudiéndome las manos y secándome las lágrimas, cuando divisé a Bujak, que venía hacia nosotros cruzando la calle. Registré su acercamiento con cautela. Yo había visto a aquel austrohúngaro o polaco retrógrado, desde la ventana de mi estudio, afanándose en la calle, siempre listo a encorvar sus primitivas capacidades y recursos. No me agradó encontrármelo. Tengo bastante paranoia de la corriente, o la tenía entonces. Ahora he crecido un poco y comprendo que no me queda nada en absoluto que temer, excepto el fin del mundo. Igual que todos. En la próxima guerra al menos no habrá un capricho especial, sacos de boxeo ni certámenes de impopularidad. El genocidio ha tenido su momento y ahora estamos detrás de algo mayor. El suicidio.

-¿Eres judío? -preguntó Bujak con su voz profunda.

-Psé -dije.

-¿Nombre?

¿Y número?

-Sam -le dije.

-¿Abreviatura de?

Titubeé, y sentí los ojos de Michi en la espalda.

-¿De Samuel?

-No -dije-. De Samson, en realidad.

La sonrisa que me ofreció decía muchas cosas, la más obvia de las cuales que ahí... ahí tenía yo a un hombre feliz. Toda ojos y dientes, era una sonrisa ridícula en su jovialidad, en su candor. Pero si uno se pone a pensarlo, la felicidad es una condición bastante payasesca. Quiero decir que una felicidad constante no es la respuesta más apropiada. Eso, para mí, le daba un elemento de inestabilidad, de contrafuerza. Pero aquí Bujak era claramente feliz, estaba en su universo. Bujak, con su accesorio de la felicidad.

-Los judíos suelen ser buenos de aquí -dijo, y se golpeteó la cabeza rapada con la punta de los dedos- Pero no con las manos.

Bujak sí que era bueno con las manos: para demostrarlo se inclinó y levantó el coche.

-No bromee -dije yo. Pero no.

Cuando me puse a trabajar ya le estaba dando al palique con Michiko, preguntándole, impertérrito, si había perdido algún familiar en Nagasaki o Hiroshima. Resultó que sí: Michi había perdido a un primo de su padre. Aquello era nuevo para mí, pero no me sorprendió. Parece ser que todo el mundo pierde a alguien en las grandes matanzas. Bujak cambiaba de tema con soltura y, en un momento, alzó una mano distraída para rascarse el cráneo. El coche ni siquiera tembló. Mientras trabajaba lo observé y me di cuenta de que la fuerza que había convocado no le debía nada a los hombros ni a la gran espalda arqueada, sino sólo a los brazos, los brazos. Era como si estuviera abriendo la puerta de un sótano, o sosteniendo la toalla mientras una niñita se vestía junto al mar. Luego me arrebató con brusquedad la llave de las manos, y apoyó una rodilla en el suelo para ajustar los pernos. Cuando la losa veteada de su cabeza volvió a alzarse, los ojos de Bujak
se mostraron duros y aburridos, y recorrieron mi rostro con aspereza. Asintió en dirección a Michi y a mí me dijo:

-¿Y tú a quién perdiste?

-¿Cómo? -dije yo. Si comprendía bien la pregunta, la respuesta no era asunto de él.

-Yo doy dinero para Israel todos los años -dijo-. No mucho. Algo. ¿Por qué? Porque el historial de los polacos con los judíos es vergonzoso. Incluso después de la guerra -dijo, e hizo una mueca-. Completamente vergonzoso. Oye. En Basing Street hay un taller donde reparan neumáticos. Diles que vas de parte de Bujak y te
harán un buen trabajo.

Gracias, dijimos los dos. Se alejó midiendo la calle con sus zancadas. Más tarde, desde la ventana de mi estudio, lo vi podando rosales en el pequeño jardín delantero. Una niñita, la nieta, le estaba trepando por la espalda. Lo veía a menudo, desde la ventana de mi estudio. En aquella época, 1980, yo intentaba hacerme escritor. Ahora ya no. No puedo acostumbrarme a la vida del estudio, a vivir en él. Ésta es la única historia que contaré, y es una historia verdadera... Michiko se entusiasmó enseguida con Bujak y esa misma tarde le echó una nota de agradecimiento por debajo de la puerta. Pero a mí me llevó un tiempo llegar a estar en buenos términos con Bujak.

Anduve preguntando sobre su carácter, como suele hacerse cuando se juega con la escritura. Como dije, a Bujak lo conocía todo el mundo. En las calles, los pubs, las tiendas, hablaban con él como reparador y factótum omnicompetente; Bujak podía manipular cualquiera de los sistemas que hacen que una casa funcione, que la mantienen viva; las venas, los revestimientos, las glándulas y las tripas. También fue señalado como claro excéntrico, contemplador de estrellas, «filósofo» -un epíteto, deduje, no muy valorado por esos alrededores-, y en una ocasión como chiflado (una de esas palabras que nunca suenan bien en labios americanos, como quid y maldito). La gente rendía justicia a Bujak como hombre de familia; cierta vez Michi y yo lo vimos muy lejos de su territorio habitual, delante de la iglesia rusa en la esquina de St. Petersburgh Place y Moscow Road, erguido dentro de su traje, con la madre, la hija y la nieta; recuerdo haber pensado que hasta el inmenso Bujak podía exhibir la molesta delicadeza que confiere el hecho de vivir en una casa llena de damas. Pero con más entusiasmo y vehemencia, por supuesto, hablaban de Bujak el guardián de la paz, el vigilante, el artista de la justicia brutal. Hablaban de escaramuzas, vendettas, guerras personales, ataques preventivos. De pie en el pub, americano con gafas y sin hombros, con la jarra de cerveza en delicado equilibrio, o parado en un esquina con el periódico y un envase de leche bajo el brazo, yo me sentía complacido con los relatos sobre Bujak y la fuerza poderosa.

La vez que sorprendió a dos chicos negros espiando por la ventana del sótano de un vecino, los arrojó dando vueltas a la calle con dos latigazos, como alguien que limpia de estiércol una zanja. O lo que les hizo a los dos hermanos mayores de los niños cuando a la noche siguiente cayeron por Golborne Road. Cualquier ratero o alborotador atrapado por Bujak no tardaba en desear encontrarse bajo el chorro de agua en algún refugio seguro. Se ocupaba de las cosas más variadas. Una vez que se había peleado con el ayuntamiento arrastró a cien yardas de la puerta de su casa un contenedor lleno de basura. Una noche salió y volcó un camión después de haber discutido por un generador con unos contratistas de la construcción locales. Las mujeres de la casa de Bujak podían caminar por All Saints Roads a cualquier hora seguras de que nadie las molestaría. Y el propio Bujak era capaz de silenciar un pub con sólo pasar caminando delante de él. Y sin embargo era popular. Era el hombre de la comunidad, y la comunidad de la calle se había entregado a Bujak. El era nuestro disuasor.

Y no fue suficiente... Ahora, en 1985, me resulta difícil creer que una ciudad sea otra cosa o algo más que la suma de sus calles; ahora que estoy sentado aquí, en el

Upper West Side, hablando con la ventana y tanteándome el corazón. A veces, en mis sueños de peligro neoyorquino, echo una mirada sobre la ciudad, y parece hecha a medias, medio destruida, la mitad (acaso la base) de algo más grande partido en dos; desgastada, hedionda, húmeda de lluvia o soldadura. ¿Y quieres convencerme -me digo a mí mismo- de que esto es una comunidad?... Mi mujer y mi hija se mueven entre todo esto, entre las violaciones, los podadores de vidas, los asesinos inocentes. Michiko se lleva a nuestra hijita al centro de atención diurna donde trabaja. Atención diurna, ésa sí que es buena. ¿Y quién se ocupa de la

atención a la madrugada, al atardecer, dónde lo cuidan a uno de noche? Si sólo tuviera una fuerza para envolverlas, ah, si sólo tuviera la fuerza poderosa... Bujak tenía razón. En la ciudad hay ahora componentes perdidos, partículas aceleradas: algo se ha disparado, algo culebrea, se agita como un lazo, se acerca girando al borde de su surco. Algo ha de ceder y no estamos a salvo. Deberíamos ser terriblemente cuidadosos. Porque la seguridad ha abandonado nuestras vidas. Se ha

ido para siempre. ¿Y qué hacen los animales cuando sólo se les ofrece peligro? Crean más peligro, más, mucho más.

Era 1980, el año en que nació Solidaridad, y Bujak era polaco. La combinación de estas circunstancias me llevó a asumir que los sentimientos de Bujak eran liberales. En verdad no resultó así. Mientras yo paseaba a su lado con orgullo rumbo al depósito de madera o los almacenes para-la-mejora-del-hogar que hay más allá de Portobello Road, Bujak echaba pestes contra los negros, los czarnuchy que pasaban parloteando arrogantes alrededor de nosotros. Los negros estaban bien, argumentaba con una sonrisa sarcástica, rodeados de sol, espuma y muchos plátanos; pero en una

ciudad occidental no eran más que niños, y encima niños comprensiblemente irritados. Una vez se paró en seco para maravillarse de dos gay punks, con camisetas que decían NO HAY FUTURO y pelos como sombreros de viejas, que caminaban hacia nosotros tomados de la mano. «Es increíble, ¿no?», dijo arrastrando la r. También con respecto a los maricas, Bujak veía la condición y la profusión como un fenómeno einsteniano. Llegó a confesar la fantasía de dirigir una carga de caballería contra las calles y sus extraños conjuntos -el sonido de los cascos, los machetes siseantes-. «Un deseo que reprimo, desde luego. Pero si yo pudiera apretar el botón... », añadía, dirigiendo una mirada ávida a los pedaly, los czarnuchy, los moradores de la calle que se volvían, gesticulaban y se alejaban arrastrando los pies.

La violencia en un hombre suele ser la sobreafluencia de otra cosa. Ya sabéis cómo es. Ya habréis visto a esos tipos. Da la impresión de que yo tuviera una sensibilidad casi invalidatoria para la violencia de los demás, un detector de lluvia radiactiva para esas manchas de derroche o exorbitancia que se derrama en forma de fuerza. Como un canario en una mina prebélica, verifico enseguida cuándo hay violencia, cuándo hay veneno en el aire. ¿Qué es esta propensión? Llamadla miedo, si queréis. Miedo es muy apropiado. La voz que se eleva en el restaurante y su agrio hedor de bebida y brutalidad, la mirada que un hombre arroja a su mujer degradándola en la escala humana, preparándola para la desgracia de la violencia, la pierna nerviosa, el ojo relampagueante, el mostrador público a las diez cincuenta y cinco. Veo todo eso, mi cuerpo lo ve, y segrega sudor y adrenalina. De sólo ver sangre me desmayo. Fue este sentido de la fragilidad crítica (yo, mi mujer, mi hija, incluso el pobre planeta, azul pálido en sus chales), lo que en última instancia me sacó de mi estudio. La vida en el estudio es toda pensamiento y ansiedad, y ya no puedo soportarla más.

Tarde en la noche, allá en el amplio, aromático apartamento infestado de iconos donde vivía Bujak (fulgor azul de santos, velas, vigilias) yo escrutaba al gran polaco buscando las excrecencias de la violencia. Su madre, la vieja Roza, preparaba el té. La anciana («rouge» con una a al final) me serenaba con su presencia ¡cónica, el pelo húmedo rielante como plata, mientras Bujak hablaba de la fuerza poderosa, de la energía encerrada en la materia. Sonriendo en la tiniebla, Bujak me contó lo que en 1943, en Varsovia, le había hecho al colaborador nazi. Muchacho, pensé yo, apuesto a que después de eso el tipo no colaboró nunca más. Sin embargo no pude ocultar mi disgusto. «¿Pero no te pone contento?», me urgió Bujak. No, dije yo, ¿por qué iba a ponerme contento? «Esa gente te mató dos abuelos.» Sí, dije. ¿Y qué? Eso no cambia nada. «Venganza», dijo Bujak sencillamente. La venganza está sobreestimada, le contesté. Y es anticuada. Me miró con violento desprecio. Abrió las manos en un ademán explicatorio: las manos, los brazos, los policías de su voluntad. Bujak era un gran aficionado a la venganza. Tenía montones de tiempo para la venganza.

Una vez lo vi usar esas manos, esos brazos. Lo vi todo desde la ventana de mi estudio, la hoja de cuatro paneles (manchada por la luna, con cruceta refractaria) a

través de la cual me llegaba el mundo por entonces. Vi a los cuatro tipos bajarse de los dos coches y plantarse frente al encorvado Bujak. ¿Oí un grito que nacía de dentro, un grito de prevención o de ansia...? La hija le daba al viejo Bujak muchos dolores de cabeza. Se llamaba Leokadia. Su segundo nombre era «problema». De treinta y tres años, aspecto rural aunque fascinante, alta, rolliza, feroz y llorona, era el elemento inestable en el núcleo de Bujak. Tenía, me había percatado, dos voces, una para la verdad y otra para el sinsentido, para las mentiras. Contra la superficie marrón y brillante de sus vestidos anticuados, lo cóncavo y lo convexo se disponían de modo interesante. La hija de ella, la pequeña Boguslawa, era la secuela de cierto caótico romance de doce horas. En la calle se sabía de sobra que Leokadia era de cascos ligeros; la clase de chica (solíamos decir) que se acaloraba cada vez que veía un transporte de personal del ejército. Incluso a mí se me insinuó una vez, aquí en el apartamento. No hace falta decir que me hice el tonto. Tenía mis razones: miedo a las represalias de Michiko y del mismo Bujak (en mi mente, ambos se cernían sobre mí incongruentemente iguales en tamaño); pero sobre todo, yo no estaba en absoluto seguro de poder manejar en la cama a una mujer como Leokadia. Tal cantidad de pecho y de cadera. Tantas pecas, tanto llanto... Durante seis meses había vivido con un hombre que le pegaba, el elástico y

pequeño Pat, nudoso, angular, de alambre reforzado. Creo que ella también le pegaba, un poco. Pero la violencia es al cabo un logro masculino. La violencia... bueno, es un trabajo de hombres. Leokadia volvía siempre a Pat, no me preguntéis por qué. No lo sé. No lo saben ellos. Allí iba de nuevo, taconeando a su encuentro, con el ojo negro, la mejilla arañada, el pelo revuelto. Nadie sabe por qué. Ni siquiera ellos lo saben. Bujak, sorprendentemente, no se metió, mantuvo su distancia, permaneció impávido, aunque procuró retener a la pequeña Boguslawa a salvo en su casa. A menudo se veía a la vieja Roza trasladando a la nena de un apartamento a otro. Después de la segunda temporada en el hospital (esa vez era una fisura de costillas) Leokadia dijo que ya estaba bien y volvió al hogar para siempre. Luego Pat se dejó caer con sus amigos, y encontró a Bujak esperando.

Los tres hombres (yo lo vi todo) tenían un aspecto inconfundible, esa constitución de pandillero inglés con barriga orgullosa y piernas afiladas que a partir de la rodilla se inclinan hacia atrás, con pelo escaso y cara de joven-viejo, como si hubiera cumplido más de un año cada vez. No sé si esos tipos hubieran causado mucho miedo en el circuito americano, pero supongo que eran bastante grandes y sus intenciones claras. (¿No leísteis lo del asesinato de los Yablonsky? Parece que ahora en los Estados Unidos, si uno está en la lista, van y se cargan a la familia completa. Sí, ahora os tiran la bomba.) Como fuese, a mí me asustaron. Me quedé sentado en el escritorio, retorciéndome, mientras Pat los guiaba a través del portón del jardín. Odié los destellos de sus tejanos, las compactas zapatillas de correr, las Fred Perry ceñidas. Luego se abrió la puerta delantera: Bujak con gafas, con tirantes sobre el chaleco viejo, enorme. En un reflejo que rezumaba seriedad y desdén, los hombres aflojaron los hombros y agitaron las manos. Hubo un intercambio de palabras: exigencia, negativa. Los hombres avanzaron.

Bien, debí de haber parpadeado, o cerrado los ojos, o agachado la cabeza, o debí de haberme desmayado. Oí tres golpes a un ritmo regular de uno por segundo, limpios, directos y atroces, cada uno como el de un hacha astillando leña helada. Cuando levanté los ojos, Pat y uno de sus amigos estaban caídos en los escalones; los otros dos tipos retrocedían, retrocedían del lugar del incidente, de aquella demostración. Inexpresivamente, Bujak se arrodilló para hacerle a Pat algo extra. Miré, y vi que le echaba el pelo hacia atrás y con mucho cuidado le descargaba un puño de neutronio en la cara vuelta hacia arriba. Después de eso tuve que recostarme. Pero un par de semanas más tarde vi a Pat sentado en el London Apprentice, solo; temblaba de remordimiento en un rincón, detrás de la máquina de música; el hinchado ribete que llevaba en la mejilla exhibía todos los colores de la llama, y estaba bebiendo la cerveza con cañita. En un solo golpe le habían cobrado todo lo que le hiciera a Leokadia.

Con Bujak yo siempre estaba bordeando la amistad. No sé si en realidad alguna vez la alcancé. Las diferencias de edad no son fáciles. Las diferencias de fuerza no

son fáciles. La amistad no es fácil. Cuando a Bujak le tocó vivir su holocausto personal, yo le serví de cierta ayuda; fui mejor que nada. Acudí al tribunal. Fui al cementerio. Acepté la parte que me tocaba de la fuerza poderosa, lo poco que conseguí tomar... Puede que una docena de veces durante aquel verano, antes de que ocurriera la catástrofe (se encaminaba hacia él con lentitud pero ganando velocidad), me haya sentado en su porche trasero cuando todas las mujeres ya se habían acostado. Bujak contemplaba las estrellas. Hablaba y bebía su té. «Viajando a la velocidad de la luz - dijo .una vez-, uno podría atravesar todo el universo en menos de un segundo. El tiempo y la distancia quedarían aniquilados, y serían posibles todos los futuros.» Mierda, ¿de veras?, pensé yo. Y en otra oportunidad: «Si pudieras demorarte al borde de una singularidad, el tiempo se volvería tan lento que una semana pasaría en cuarenta y cinco segundos y en América habría tres elecciones en el espacio de siete días. » Tres elecciones, me dije yo. Uf, qué semana más aburrida.

¿Y por qué es él el soñador, mientras yo estoy atado a la tierra? Sintiéndome mezquino, a veces despreciaba las ensoñaciones de Bujak, pero también le ofrecía mi cálida compañía de medianoche, a él y a las marcas que la experiencia dejara en su rostro, y que el tiempo había trabajado como un escultor, con espantosa lentitud; y le temía, temía la energía de Bujak, atada y

puesta bajo llave. Mirando nuestro pequeño disco de estrellas (y tal vez haya mejores galaxias para residir que la nuestra; más limpias, más seguras, más bondadosas), yo sólo sentía la falsa quietud del negro mapa de la noche, la belleza que ocultaba una violencia grande y rutinaria, el universo en fuga, con la materia dividiéndose desbocada, explotando hacia los límites del espacio y el tiempo, toda lucha, curvas y alboroto, infinita y eternamente hostil... Esta noche, mientras escribo, también el cielo de Nueva York está lleno de estrellas. Allí. Allí viene Michiko por la calle, con nuestra hijita de la mano. Lo han conseguido. Por fin en casa. Arriba de ellas, los dioses acaban de hacer una mala tirada de dados: tres, cinco y uno. La Osa Mayor acaba de sacar un cuatro y un dos. ¿Pero quién saca el seis, el seis, el seis?

Todas las enfermedades peculiarmente modernas, todas las distorsiones y perturbaciones, Bujak las atribuía a una sola cosa: el conocimiento einsteniano, el

conocimiento de la fuerza poderosa. Su paradoja central era que el mayor -el más puro, el más mágico- genio de nuestro tiempo hubiera tenido que meter a la tierra en sordidez, profanidad y pánico semejantes. «Pero qué típico del siglo veinte», decía: ésta sería siempre la época en que la ironía había campado por sus fueros. Yo tengo primos y tíos que hablan de Einstein como si hubiese sido un héroe del balón que capitaneaba un equipo llamado los judíos («vaya mente», «pero fíjate qué cabeza tenía el tipo»). Bujak hablaba de Einstein como si hubiera sido el crítico literario de Dios, y Dios un poeta. Yo, más estólido, tiendo a sospechar que Dios es novelista, charlatán y profundamente malsano por añadidura... La verdad es que la teoría de Bujak me atraía muchísimo. Tenía, al menos, cierta cualidad sagrada. Contestaba la gran pregunta. Ya sabéis a qué pregunta me refiero, conocéis su desasosiego acumulativo, su interés compuesto. Vosotros os hacéis esa pregunta cada vez que abrís un periódico o encendéis la tele o camináis por la calle entre hijos del trueno. Nuevas formaciones, deformaciones. Vosotros conocéis la pregunta. Dice así: ¿Pero qué cuernos está pasando aquí?

El mundo tiene cada día peor aspecto. ¿Está peor, o solamente lo parece? Está envejeciendo. Ha visto y hecho de todo. Muchacho, está apabullado. Es un suicida. Como Leokadia, el mundo ha hecho demasiadas cosas demasiadas veces con demasiada gente; lo ha hecho de esta forma, de aquélla, con él y con él. El mundo

ha ido a tantas fiestas, se ha peleado tanta veces, ha perdido las llaves, le han robado la cartera, se ha caído, ha bebido demasiado. Todo eso se acumula. Han pasado una factura. Nuestro irónico destino. Mirad las infamias modernas, los pecados del siglo veinte. Algunos son extraños, otros banales, pero todos ofensivos para el ojo, cubiertos como están por el barniz del recién nacido. Crímenes de violencia gratuita o recreativa, el totalitarismo cada-vez-menos-tácito del dinero (dinero: ¿qué mierda es eso, al fin y al cabo?), la proliferación de la pornografía, el colapso nuclear de la familia (con los criadores apuntados a la actitud supercrítica, y los chicos que ahora tampoco se quedan atrás), los escamoteos y distorsiones de una realidad mediada, el abuso sexual de los muy viejos y los muy jóvenes (de los débiles, los débiles): ¿cuál es aquí el denominador oculto, y qué puede explicarlo todo?

Parafraseando a Bujak, según yo le entendí... vivimos en una tierra de sombra... En silencio, nuestra idea de la vida humana ha cambiado, se ha enrarecido. Nos es imposible ahora evitar pensar menos en ella. La raza humana se ha desclasado a sí misma. Ya no vive; apenas sobrevive, como un animal. Soportamos la vergüenza del suicida, la vergüenza del asesino, la vergüenza de la víctima. Todo lo que tenemos en común es la muerte. ¿Y qué efectos produce esto en la vida? Tal, en cualquier caso, era la verificación de daños de Bujak. Aun si el mundo se desarmase mañana, creía, la especie necesitaría al menos un siglo de recuperación después de su enredo, su coqueteo, su aventura con la fuerza poderosa.

Académico de cualquier modo, ya que Bujak se hallaba insuperablemente convencido de que el final estaba en marcha. ¿Cómo iba a poder el hombre (esa criatura peligrosa, fijaos un poco en su prontuario), resistirse a la intoxicación del Crimen Perfecto, un crimen que destruye toda evidencia,

toda rectificación, todos los pasados, todos los futuros? Yo era lo bastante pacifitnik, optimista y cobarde como para adoptar la opinión contraria. Empeñoso seguidor del miedo, siempre pensé que el gordo brutal y el grandote hijo de puta se mantendrían empatados: saben que con sólo alzar un puño, el pub entero se derrumbaría. De acuerdo, no es una obra maestra de la seguridad restablecida, al menos a las once menos cinco de un sábado por la noche, mientras la bebida sigue corriendo.

-La teoría de la disuasión -dijo Bujak con su sonrisa irónica- no es sólo una mala teoría. Ni siquiera es una teoría. Es una locura.

-Por eso hay que ir más allá.

-¿Tú eres unilateralista?

-Pues sí -dije-. Alguna vez alguien tiene que dar el primer paso. Inglaterra está en buena posición histórica para intentarlo. Puede que entonces los rusos tomen Europa. Pero será un riesgo menor que el otro, que es infinito.

-Eso no cambia nada. El riesgo sigue siendo el mismo. Todo lo que consigues es que la vida se convierta en algo de lo cual es más fácil separarse.

-Pues yo pienso que hay que dar el primer paso.

Nuestras discusiones siempre acababan en la misma calle lateral. Yo sostenía que la víctima de un primer golpe no tendría razón alguna para tomar represalias, y probablemente no lo haría.

-¿Ah, sí?

-¿Qué sentido tendría? No habría nada que proteger. Ni gente, ni país. No ganaría nada. ¿Para que empeorar las cosas?

-Por venganza.

-Oh, sí.«El calor de la batalla.» Pero eso no es una razón.

-En la guerra la venganza es una razón. La venganza es tan razonable como cualquier otra cosa. Dicen que la guerra nuclear no será realmente una guerra, sino
algo distinto. Cierto, pero los que combatan la sentirán como una guerra.

Por otro lado, añadía, nadie podía imaginar como reaccionaría la gente bajo los efectos de la fuerza poderosa. Una vez traspasada esa línea, el mundo entero se habría vuelto loco o animal y sin duda ya no sería humano.

Un día del otoño de 1980 Bujak hizo un viaje al norte. Nunca supe por qué. Esa mañana lo encontré en la calle, visión formidable en el edificio de su traje azul oscuro. Algo en su aire de jovialidad cortés, en la gorra, en la corbata, me sugirió que había decidido ir a investigar a una vieja amiga. El cielo estaba gris y cartilaginoso, con interesantes magulladuras, la calle húmeda y revestida de hojas. Bujak señaló la puerta de su casa con el paraguas cerrado.

-Vuelvo mañana por la noche -dijo-. Vigílalas.

-¿Yo? Bien, claro. Muy bien.

-Leokadia, me he enterado, está embarazada. De dos meses. Pat. Oh, Pat; realmente era tan miserable. -Luego se encogió de hombros y agregó:- Pero mírala
a ella. Una flor. Un ángel del cielo.

Y se marchó, recorriendo la calle a zancadas, satisfecho de hacer todo el camino a pie si hubiera sido necesario. Esa tarde pasé a ver a las chicas y bebí una taza de té con la vieja Roza. Cristo, recuerdo haber pensado, ¿cuál es el secreto de estos polacos? Roza tenía setenta y ocho años. A esa edad mi madre ya llevaba veinte años muerta. (El cáncer. El cáncer es la otra cosa; la tercera cosa. También a mí vendrá a buscarme el cáncer, supongo. A veces lo siento delante de mí, centelleando como la tele a unos centímetros de mi cara.) Estuve sentado allí, preguntándome cómo se había distribuido la cualidad silvestre entre las mujeres Bujak. Con los ojos compasivos y el cabello como plata antigua, Roza era no obstante esa clase de anciana a quien le sigue encantando reírse del extraño chiste lascivo, y se reía muy músicalmente, levantando una mano amable y propiciatoria. «Eh, Roza -decía yo-, tengo uno para usted.» Y ella se echaba a reír antes de que empezara. La pequeña Boguslawa -de siete años, silenciosa, sensible- estaba echada junto al fuego, leyendo, los ojos iluminados por la página. Hasta la musculosa y bella Leokadia parecía más firme, quizá porque los ojos contenían con mayor facilidad su resplandor. Ahora me hablaba de la misma llana manera, tal como solía antes del embarazoso enredo en mi apartamento. Sabéis, creo que si iba tanto detrás de los hombres era por ese asunto, ese rollo tan común de tratar de acumular aceptación. La aceptación es divertida, y hay personas que la necesitan mucho más que otras. Además era obviamente rica en propiedades y esencias femeninas; a las muchachas tan bien provistas como ella no les es fácil ser prudentes. Ahora estaba sentada allí, también sin hacer nada. Había arriado la bandera roja. Todas sus correntadas y mareas se habían calmado. Una paz lunar: a veces, cuando estaba en camino nuestra hija, Michi era así. Nuestra pequeña. Esperándola. Eso es lo que hacían ellas: esperaban. Me quedé una hora, más o menos, y luego crucé la calle para volver a mi estudio y su vida insignificante. Me senté a leer Mosby's Memoirs, de Saul Bellows, hasta la hora de dormir; y por cierto que a través de la ventana no dejé de vigilar la puerta de la casa de Bujak. El día siguiente era viernes. Pasé a ver a las mujeres para dejarles una llave antes de partir rumbo al norte, rumbo a Manchester y Michiko. Entre tanto, actores energéticos, vívidos representantes del siglo veinte -monstruos de Einstein- se dirigían al sur.

El sábado a medianoche regresó Bujak.Todo lo que sé sobre lo que encontró me lo dijeron los periódicos y la policía, junto con un par de detalles sueltos que se le escaparon a Bujak. En todo caso, no agregaré nada; no agregaré nada a lo que Bujak encontró... No tuvo ninguna premonición hasta que puso la llave en la cerradura y vio que la puerta estaba abierta y cedía con suavidad. Siguió adelante en profundo silencio. En el vestíbulo había un olor extraño, a humo de cigarrillo y
mermelada. Bujak empujó la puerta de la sala. El lugar era como la mitad de algo partido en dos. En el suelo, una botella de vodka parecía oscilar ligeramente sobre su eje. Leokadia yacía desnuda en un rincón. Tenía una pierna doblada en un ángulo imposible. Bujak recorrió las terribles habitaciones. Roza y Boguslawa estaban en sus camas, desnudas, contorsionadas, heladas, como Leokadia. En el cuarto de Leokadia había dos desconocidos durmiendo. Bujak cerró detrás de sí la
puerta del cuarto y se quitó la gorra. Se acercó a ellos. Se inclinó para agarrarlos. Un instante antes de hacerlo flexionó los brazos y sintió el susurro de la fuerza poderosa.

Esto ocurrió hace cinco años. Sí, estoy aquí para contaros que en 1985 el mundo sigue existiendo. Ahora vivimos en Nueva York. Yo doy clases. Los estudiantes vienen a mí, y después se van. Entre las cosas hay brechas, espacios lo bastante grandes para que de vez en cuando pueda echarle desde el estudio un vistazo a la vida y reconocer una vez más que no es para mí. Mi hija tiene cuatro años. Yo presencié el parto, o intenté presenciarlo. Primero sentí náuseas; luego me escondí;
luego me desmayé. Sí, me porté de lo mejor. Localizado y reanimado, fui conducido a la sala de partos. Me pusieron en los brazos el bulto veteado de sangre. Pensé entonces y pienso ahora: ¿Cómo se las arreglará la pobre perrita? ¿Cómo se las arreglará? Pero estoy aprendiendo a vivir con ella, con la bomba de la preocupación, con la bomba del amor. El verano pasado la llevamos a

Inglaterra. La libra estaba débil y el dólar -atrevido, fanfarrón, expoliador de Europa- estaba fuerte. La llevamos a Londres, al oeste de Londres, país de carnaval con sus hijos del trueno. El país de Bujak. Pasé a ver a la dueña de mi estudio y me informé que

Bujak todavía seguía en circulación en 1984. Había una pregunta que necesitaba hacerle. Y tanto Michi como yo queríamos enseñarle a Bujak nuestra hija, la pequeña Roza, que se llamaba así en recuerdo de la anciana.

Era en la vieja Roza en quien yo había pensado con más insistencia durante el peor viaje en coche de mi vida, a medida que avanzábamos de Manchester a Londres, del buen tiempo al malo, al tiempo de domingo. Esa mañana, sobre el café y el yogur, Michi me pasó el sucio y deformado tabloide. «Sam...», dijo. Leí la historia, el nombre, y me di cuenta de que la vida de ratas ya no está en otra parte, ya no está al otro lado sino que toca vuestra vida, mi vida... Los coches son cosas terribles y no me extraña que Bujak los detestara. Los coches son criaturas crueles, viciosos hijos de perra, despiadados e inexorables, con una sola idea, esa idea de A hacia B. No hacen concesiones. Rumbo al sur nos deslizamos por la autopista. Cuando nos detuvimos, se juntaron unos vecinos, los hombres sostenían paraguas, las mujeres, con los brazos cruzados, meneaban la cabeza. Crucé la calle y toqué el timbre. Y volví a tocar. ¿Y para qué? Probé la puerta trasera, el porche de la cocina. Luego Michiko me llamó. Miramos juntos por la ventana de la sala. Bujak estaba sentado a la mesa, encorvado hacia delante como si necesitara todo el poder de los hombros y la espalda nada más que para mantener esa posición, para conservar la energía de la quietud maniatada, ensartada. Varias veces golpeé el cristal. No se movió. Yo sentía un ruido en el oído y los segundos iban fundiéndose, fundiéndose, más lentos que una mecha. La calle parecía una cueva. Me volví hacia Michi y sus ojos de cuatro párpados. Inmóviles, nos miramos uno al otro a través de la espesa lluvia.

Más tarde le presté cierta ayuda, creo, cuando me tocó el turno de lidiar con la fuerza poderosa. Por alguna razón Michiko no pudo soportar nada de aquello; al día siguiente me dejó y volvió directamente a América. ¿Por qué? Tenía y sigue teniendo diez veces más fuerza que yo. Tal vez haya sido por eso. Quizá era demasiado fuerte como para doblegarse ante la fuerza poderosa. De todos modos no estoy haciendo aquí ningún alegato... Al atardecer Bujak solía venir a sentarse en mi cocina, llenándola toda. Quería proximidad, quería estar en otra parte. No hablaba. El pequeño corredor zumbaba de extrañas emanaciones, latidos, radiaciones. A menudo era difícil moverse o respirar. ¿Qué sienten los hombres fuertes cuando la fuerza los abandona? ¿Escuchan el pasado o simplemente oyen cosas, voces, música, el burbujeo de caldero de los cascos distantes? Seré sincero y diré lo que pensaba yo. Pensaba: acaso él tenga que matarme, no porque lo quiera o desee hacerme daño, sino por todo el daño que él mismo ha recibido. Hacerlo lo librará de ese daño por un tiempo. Algo tenía que ceder. Yo soportaba las secuelas, la radiación. Era lo único que podía aportar.

También lo acompañé al tribunal, y estuve a su lado durante ese agravio, ese agravio continuo. Los dos defensores eras escoceses, regateadores de Dundee, veinteañeros, solicitados, aunque tampoco importa mucho quiénes eran. No se alegó insanía, ni existía por cierto una señal clara de que la hubiese. La cordura no entraba en el asunto. Era imposible entender nada de lo que decían, de modo que un policía tenía que traducirlo. La historia que presentaron era como sigue. Habiendo bebido más pintas de cerveza de lo que acaso les convenía, los dos hombres se encontraron por la calle con Leokadia Bujak y se ofrecieron a acompañarla hasta su casa. Invitados a entrar, apasionadamente hicieron por turno el amor a la joven, a sugerencia de ella, y luego se tumbaron a echar una siesta reanimadora. Mientras dormían, algún otro grupo había entrado y hecho todas esas cosas terribles. Durante todo esto Bujak permaneció sentado, rechinando en silencio. Los dos sabíamos que Leokadia hubiera podido hacer algo por el estilo, otra noche, en otra vida, Cristo, hubiera podido hacerlo; ¿pero con esos perros, superperros, subperros, roedores calvos de dientes anaranjados? De cualquier forma daba igual. A quién le importaba. Bujak aportó su testimonio. El jurado deliberó más de veinte minutos. A los dos hombres les cayeron dieciocho años. Desde mi punto de vista, por supuesto (para mí era el único imponderable), la pregunta principal no llegó a formularse, no digamos ya a responderse: se relacionaba con los extraños segundos en el cuarto de

Leokadia, Bujak a solas con los dos hombres. Nadie hizo la pregunta. Yo la haría cuatro años después. No pude hacerla entonces... Al día siguiente de la sentencia tuve una especie de colapso. Con la garganta en carne viva y los ojos y la nariz chorreando me arrastré hasta un avión. No me atreví siquiera a despedirme. En el Kennedy, a quién me encuentro si no a Michiko mirándome a los ojos y diciéndome que está embarazada. Allí mismo caí sobre mis piojosas rodillas y le supliqué que no lo tuviera. Pero lo tuvo de todos modos; con dos meses de adelanto. jesús, otro cuento de terror de Edgar Allan Poe: El Bebé Prematuro. Bajo el frasco, bajo la lámpara, ictericia, pulmonía; hasta un ataque al corazón tuvo la niña. También yo, cuando me lo contaron. Sin embargo salió adelante. Ahora está magnífica, en 1985. Deberíais verla. Son la bomba del amor y su lluvia radiactiva lo que al fin y al cabo le dan a uno energías. Sin amor no se puede ni empezar... Creo que ésas que suben la escalera son ellas. Sí, ya entran, cambiándolo todo. Aquí está Roza, y aquí está Michiko, y aquí estoy yo.

Bujak seguía en la calle. Se había mudado del 45 al 84, pero seguía en la calle. Preguntamos por ahí. Todos conocían a Bujak. Y allí estaba, en el jardín delantero,

contemplando un fuego que se encogía y crepitaba, mientras las cabezas de serpiente de las llamas daban al aire súbitos mordiscos -serpientes de fuego en el jardín del conocimiento-. Después de todo, cuando llegó el fuego supimos controlarlo; no acabamos todos asados y chamuscados. Él alzó los ojos. La sonrisa de ogro no había cambiado tanto, pensé, si bien era palpable que la presencia del hombre se había reducido. Viejo y enorme en su chaleco, aún persistía la masa, la contenida energía, blanda y dispersa. Bueno, algo tenía que ceder. Bujak había adoptado un amplio y surtido grupo familiar, irlandés en su mayoría, o había sido adoptado por él, o en todo caso, se le había vuelto necesario. Las habitaciones eran limpias, desnudas, sólidas y ordenadas, con todo lo que pueden hacer unas manos hábiles. Hubo un almuerzo en la mesa de pino impregnada de sol: cerveza, sidra, ruido, el sol y su fototerapia. La violencia con que la pelirroja cincuentona riñó a Bujak por su aspecto me indicó a las claras que había un vínculo romántico. Incluso entonces, con el viejo más cerca de los setenta que de los sesenta, me imaginé con miedo a Bujak en la cama. ¡Bujak en el catre! Por increíble que pareciese, mantenía la felicidad intacta, inigualada, entera. ¿Cómo era posible? Pienso que porque su generosidad no se extendía sólo a la tierra, sino al universo; o simplemente porque amaba toda la materia, sus inercias y su encanto, sus virajes al infrarrojo y al ultravioleta, sus «casi cosas». La felicidad seguía allí. Era la fortaleza la que lo había abandonado para siempre. Después del almuerzo dijo que,

una o dos semanas atrás, había visto a un hombre pegándole a una mujer en la calle. Les había soltado un grito, y la pelea había parado. Físicamente, no obstante, se había visto impotente para intervenir -indefenso, dijo, encogiéndose de hombros-. La verdad es que se podía advertir la diferencia por la forma en que se movía, la forma en que cruzaba la habitación hacia uno. La fuerza se había ido, o la voluntad de usarla.

Más tarde salimos los dos a la calle. Michiko había eludido este último encuentro, y había preferido demorarse con las mujeres. Pero teníamos con nosotros a la niña, la pequeña Roza, dormida sobre el hombro de Bujak. Yo lo miraba sin miedo. La niña doblada no se le iba a caer. Había tomado posesión de Roza con sus brazos.

Como por acuerdo nos detuvimos en el número 45. Unos niños negros jugaban ahora en el jardín con un balón rojo. Entre Bujak y yo las cosas se estaban ablandando, y de golpe daba la impresión de que uno podía decir lo que quisiese. Así que dije:

-Adam. No quisiera ofenderlo, pero ¿por qué no los mató? Yo lo habría hecho. Quiero decir, si pienso en Michi y Roza... -Pero en verdad uno no puede pensarlo, ni siquiera intentarlo. Ese pensamiento es fuego.- ¿Por qué no mató a esos hijos de puta? ¿Qué lo detuvo?

-¿Por qué? -preguntó él, e hizo una mueca-. ¿Qué motivo habría tenido?

-Vamos. Lo podría haber hecho fácilmente. Defensa propia. Ningún tribunal de la tierra lo habría condenado.

-Cierto. Se me ocurrió.

-¿Entonces qué pasó? ¿De pronto... de pronto se sintió demasiado débil? ¿Sencillamente se sintió demasiado débil?

-Al contrario. Cuando los tenía agarrados por las cabezas pensé lo increíblemente fácil que sería molerles las caras... hasta ahogarlos uno contra el otro. Pero no.

Pero no. Bujak se había limitado a arrastrar a los hombres por los brazos (media milla, hasta la comisaría de Harrow Road), como un padre con dos chicos rabiosos. Los entregó y se sacudió las manos.

-Cristo, dentro de unos años los soltarán. ¿Por qué no matarlos? ¿Por qué no?

-No tenía ganas de agregar nada a lo que había encontrado. Pensé en mi mujer muerta, Monika. Pensé... Ahora están todas muertas. No podía aumentar lo que había visto. Lo más duro, en realidad, fue tocarlos. ¿Conoces las colas húmedas de las ratas, las serpientes? Porque me di cuenta de que no eran seres humanos. No tenían ni idea de lo que era la vida humana. ¡Ni idea! Eran como terribles mutaciones, una desgracia para la forma humana. Una desgracia eterna. Si los hubiese matado aún sería fuerte. Pero uno tiene que empezar por algún sitio. Alguna vez tiene que hacerlo.

Y ahora que Bujak ha bajado los brazos, no sé por qué pero yo soy minuciosamente más fuerte. No sé por qué... No puedo deciros por qué.

Una vez él me dijo: «En el universo debe de haber más materia de lo que creemos. De otro modo las distancias son horribles. Me dan náuseas». Einsteniano hasta el fin, Bujak era un oscilacionista: sostenía que el Big Bang alternaría por siempre con el Gran Aplastamiento, que el universo sólo seguiría expandiéndose hasta que la gravedad unánime volviese a convocarlo al origen. En ese momento, con el universo girando sobre sus goznes, la luz empezaría a viajar hacia atrás, recibida por las estrellas y brotando de nuestros ojos humanos. Si, como Bujak sostenía, el tiempo, y yo no puedo creerlo, llega a revertirse (¿también nos moveremos hacia atrás?, ¿decidiremos algo en los hechos?), entonces, este momento en que le estrecho la mano será el principio de mi historia, de su historia, de nuestra historia, y resbalaremos tiempo abajo cada uno en la vida del otro para encontrarnos a cuatro años de distancia cuando, surgidas de la pena más feroz, las perdidas mujeres de Bujak reaparezcan, nacidas en sangre (y tendremos nuestras charlas, también, retrocediendo desde la misma conclusión), hasta que Boguslawa vuelva a ovillarse dentro de Leokadia, y Leokadia se oville dentro de Monika, y Monika esté allí para ser cobijada por Bujak hasta que le toque retroceder, besándose las puntas de los dedos, alejándose por los campos hasta ser la distante muchacha sin tiempo para él (¿será así más fácil que de la otra forma?), hasta que Bujak el grande, se encoja, convirtiéndose en la cosa más débil que existe, indefensa, indefendible, desnuda, lloriqueante, ciega y minúscula y hecha un ovillo dentro de Roza.

Lucidez en Flame Lake

Diario de Ned

16 de julio. Bien, sin duda es un gusto haber invitado a Dan a que venga a veranear con nosotros aquí en Flame Lake. Me alegro de haberlo hecho. Lo tendremos hasta mediados de agosto. Habrá problemas -en eso Fran y yo estamos de acuerdo-, pero de momento parece bastante manejable, aunque muy obsesionado. También Fran está un poco perturbada, desde luego, pero la noche anterior a la llegada de Dan lo conversamos y pusimos todo en claro. Hablé por teléfono con el doctor Slizard, quien me advirtió que la medicación suplementaria que Dan está tomando hará que se muestre hosco e indiferente los tres o cuatro primeros días. Y está apesadumbrado. Pobre Dan, me da pena el muchacho. Tan brillante y tan angustiado, como el padre, que Dios lo tenga en su gloria. Yo también siento esa pesadumbre. Aun cuando no fuéramos tan íntimos (él tenía edad suficiente para ser mi padre), cuando a uno lo deja un hermano es como una pequeña muerte. Es algo infernal. Dan evita el calor. Se encierra en su habitación. El doctor Slizard me dijo que podría ocurrir. Espero que la pequeña lo divierta y lo distraiga. Fran, sin embargo, también está nerviosa por eso. Muy bien. No va a ser el verano despreocupado que habíamos planeado. Pero saldrá bien. Y seguro que la luz y el espacio de Flame Lake le servirán a Dan como terapia, e incluso tal vez contribuyan a aliviar su problema.

Cuaderno de Dan

El lago es como una explosión...

En nuestra larga discusión después de la muerte de papá, el doctor Slizard me aseguró que tengo lucidez con respecto a mi condición. Tengo lucidez: sé que estoy enfermo. En cierto modo esto era para mí una novedad; pero pensándolo bien, ¿cómo puede alguien sentirse como me siento yo y no saber que le ocurre algo? Y sin embargo hay gente en mi condición que no tiene lucidez. Se sienten como me siento yo y creen que están bien. Papá no tenía lucidez.

Por el momento, con la medicación suplementaria y todo lo demás, me quedo en mi habitación. Anoto con serenidad los efectos secundarios: súbita rigidez de la lengua, rubor espontáneo, accesos de náusea, jaquecas punzantes. La comida tiene toda el mismo sabor. Sabe a nada, a sequedad y a nada. Está la esperada pérdida del afecto, aunque, con mi lucidez, puedo ver que es más intensa que nunca. No preparado aún para el calor, permanezco sentado en mi habitación y escucho el llanto desvalido de la pequeña. Parece bastante linda. Todos los bebés son bastante lindos: tienen que serlo, evolutivamente hablando. Se llama, me dicen, Harriet, o Hattie.

Estoy agradecido a tío Ned y, supongo, a su nueva mujer, Francesca. Ella es joven, rolliza y profundamente oscura. Sé que afuera hace treinta grados pero la verdad es que debería usar más ropa. Bajo ciertas luces tiene un tenue bigote. Es pequeña pero grande: un metro cincuenta en todas direcciones. Ella misma es como un bebé. He leído mucho sobre el tema de la esquizofrenia. O, si se prefiere, he leído poco pero con intensidad. He leído treinta o cuarenta veces la influyente monografía del doctor Slizard, La esquizofrenia. Nunca salgo de casa sin ella. Slizard no dice mucho sobre la sexualidad esquizofrénica porque parece ser que no hay mucho que decir. La esquizofrenia no es una escena ardiente. A casi nadie se lo llevan a la cama.

Detrás de la confortable casa parecida a una cabaña, hay un bosque adonde puede que mañana vaya a dar un paseo. De momento el bosque se ve demasiado joven y consciente de sí

mismo. El verdor es tan verde. Tan de madera la madera. Con su chisporroteo de brillos y los esquiadores moviéndose como protones en la superficie, el lago... el lago es como una explosión, en la última fracción de segundo antes de estallar.

Diario de Ned

19 de julio. Aunque Dan no causa problemas y continúa siendo muy manejable, he de decir que, en ocasiones, llega casi a agotar nuestra paciencia. Pero está bien. La paciencia es una actividad, no un estado. Uno no puede aspirar simplemente a ser paciente. Hay que trabajar en ello. Hay que alimentarlo. Cuando más parecemos necesitar la paciencia es durante las comidas. Necesitamos toda la paciencia disponible. Pobre Dan: se le hace difícil comer. Da la impresión de que tiene la boca penosamente seca. Mastica con lentitud, no para nunca. Mientras esperamos la desaparición de cada bocado épico, flota sobre la mesa una especie de cargada expectativa. Uno puede darle la tajada de melón más vívidamente jugosa, que entre sus mandíbulas se transformará en corteza. Fran y yo nos encontramos dando tumbos en medio de las conversaciones más demenciales -hablamos de cualquier cosa- sólo para disimular lo que le sucede al muchacho. Y a pesar de la medicación suplementaria, de las píldoras contra la tristeza, Dan no es ningún zombi. A veces me gustaría que lo fuese, pero no. Sus rubores son algo digno de verse. Esta mañana llamé al doctor Slizard a la Sección. Dijo que sin duda Dan mejorará en un par de días y empezará a comunicarse. A Fran le preocupa cómo mira Dan a la pequeña. La ansiedad que siento yo con respecto a Harriet es más general. Si es posible creer -o absorber- lo que se lee en los periódicos, parece que estamos en temporada de caza de bebés y niños. De pronto, se diría, a la gente se le ha ocurrido que puede hacer con ellos lo que se le antoje. Aquí no corre peligro, por supuesto, pero están todas esas historias de muerte en la cuna, inventadas para garantizar que los padres no tengan ni un minuto de paz. Cada mañana, cuando oigo llorar o balbucear a Hattie, pienso: Fabuloso. Lo ha conseguido. A Fran le preocupa cómo mira Dan a la pequeña. Yo le digo que todo lo mira igual: a mí, las paredes, las libélulas, el lago.

Cuaderno de Dan

Los días son calurosos e interminables.

Los peces hacen sus cosas de peces. Nadan ondulando, y luego suben para tragarse a los bichos que esperan. Los bichos agradecen: aceptan el acuerdo. Ned hace sus cosas de Ned, y otro tanto hace Fran. En cuanto a la pequeña, en cuanto a Hattie, bien, por el momento me reservo el juicio.

Anoche realicé una notable contribución a mi vasto repertorio de sueños atómicos, de sueños de supercatástrofe nuclear (es casi imposible seguir llamándolos pesadillas). El último civil corre por la última llanura perseguido por el último piloto del último avión con la última ojiva nuclear. Estos dos últimos actores se mueven a la misma velocidad -interesante alternativa al enigma habitual (huida, extraño retardo), con el aparato aéreo experimentando todo el metálico cansancio humano de la pesadilla-. El último civil corre con zancadas irregulares y desesperadas. El último piloto lo rastrea entre el humo. No puedo decir si yo soy el último civil o el último piloto o sencillamente el último observador, y no tiene importancia, porque toda voluntad se desvanece en la explosión de relámpagos y el
centelleo final, el último insulto chorreando luz.

El tío Ned era veinte años menor que mi padre. Por otro lado es veinte años mayor que Francesca, esta nueva esposa suya. Ella mira la televisión horas y horas, o al menos está allí con el televisor encendido. Lee historias estúpidas en revistas estúpidas: cómo solucionó Elizabeth Taylor su problema de alcoholismo; cómo está seriamente embrujada la casa de Cher; cómo el presidente

Kennedy se encuentra vivo y en forma, y está con Buddy Holly en el planeta Krypton. Fran se repantiga con el bebé y oye música pop todo el día. Esa música, su necia falta de complicación: canciones de crecimiento personal. Con toda la carne marrón que tiene, Francesca ocupa un montón de espacio. Es prodigiosa. Inunda la sala. No hace falta decir que Ned no puede satisfacerla. Tiene un bebé, pero pronto querrá más.

Como la mayoría de los esquizofrénicos, yo nací en el trimestre de invierno. A mucha gente le desconcierta esta disposición estacional. Si uno tiene lucidez, sin embargo, la explicación parecerá por demás sencilla. Otoño e invierno son las peores temporadas para los esquizofrénicos. Se sienten terriblemente esquizofrénicos en otoño e invierno. No es hasta marzo o abril que les entran ganas de hacer el amor. No es hasta marzo o abril que les entran ganas de hacer bebés esquizofrénicos.

Papá era un esquizofrénico gordo. Yo soy delgado hasta ahora. Él tenía abundante tejido amortiguador y durante largos períodos podía funcionar con normalidad, y de hecho con brillantez. Sus brotes psicóticos eran pocos y muy esporádicos. Pero el último brote lo destrozó. Suicidio. Yo nunca considero el suicidio. Nunca. Ni siquiera pienso en él. No es una opción, así de simple. Papá era físico, en cierto modo. Yo también lo seré. Él trabajaba en el campo subatómico. A mí me atraen la astronomía, el radio y los rayos X, la cosmología y la uranometría: las estrellas. Mientras escribo estas palabras sentado en el porche, puedo verlas: cuerpos celestiales tan grave, tan densa, tan amenazadoramente bordadas en la tela del espacio-tiempo. Ahora soy capaz de sentarme afuera, en la sombra negra, a menudo una hora seguida. Es como respirar fuego. La pequeña Harriet, apenas cubierta con un pañal, se menea entre ramitas y pedazos de corteza, sobre una alfombra de agujas de pino. De vez en cuando se detiene en sus proyectos de bebé y juntos escrutamos las densas aguas del lago y escuchamos la radiación de fondo de los insectos en el bosque circundante.

Diario de Ned

22 de julio. Y bien, pues: ¡progreso, clara mejoría! Todavía hay mucho que andar, desde luego. No me atrevería a llamarlo despreocupado, pero al menos ya no se parece tanto a Franz Kafka o a Ivan Lendl (sí, a Lendl dos sets por debajo de su peor enemigo y buscando empatar a cinco en el tercero). Sale, garabatea en su cuaderno, sus largas mejillas ya tienen un poco de color. Sonreír cuando uno se sienta a la mesa ya no es la tarea que era hace unos días. Fran está mucho más relajada, aunque un tanto débil, como todos, por las temperaturas que estamos sufriendo (Hattie mira todo este calor que nos rodea como si no fuera a creérselo nunca). Ya no sentimos, por ejemplo, que necesitamos escondernos en nuestro dormitorio. Cierto, todavía hay cosas extrañas. El muchacho está cubierto de picaduras de mosquito. Parece que tuviera sarampión. Da la impresión de que se ensañaran con él, porque a los demás no nos molestan. Una vez me lo crucé en la orilla del lago y había cinco o seis de esos bribones alimentándose pacientemente de su cara. Fran señaló que Dan exhala un olor, no del todo desagradable, como de fruta machucada (también el padre lo tenía a veces), y puede que sea eso lo que atrae a los insectos. Le pregunté si quería repelente o algo, pero se limitó a sonreír y dijo: No te preocupes, tío Ned, no hay para tanto, a partir de ahora los evitaré. Ya se ve, está tan atontado con todas las píldoras y productos químicos que toma, que no siente las picaduras. No siente dolor... Parece estar encantado con Harriet, como todos, por cierto. Puede que Hattie consiga conmoverlo. Es la hija que siempre he soñado. Llegar a la paternidad tarde en la vida... bueno, yo sé apreciar mis bendiciones. Hace un tiempo no tenía nada. Ahora he ahí a esas dos pequeñas delicias. El amor paternal es extraño, y tan aprensivo. Amo a Fran por sus cualidades. A Hattie la amo por su vida. No quiero nada de ella, salvo su vida. Sólo quiero que exista. Moriría por eso. Sólo quiero que exista.

Cuaderno de Dan

No, no creo que nunca me haya sentido más sereno. Fue un acto simple y valeroso: ayer interrumpí toda la medicación, no sólo los sedantes sino también los megavitamínicos y los antisicóticos. Slizard se pondría furioso si lo supiera. Pero no lo sabrá nunca. De una vez por todas me estoy desprogramando. A partir de ahora sólo me apoyaré en la lucidez.

Dejadme poner un ejemplo. Esta tarde estaba acostado en el suelo de la sala, mirando cómo el ventilador del techo estropeaba las telarañas de las maderas (aquí

estoy rodeado, como comprenderéis, por los muebles usuales de la vida junto a un lago, con el aire de choza, la humedad salada, el aparejo de pesca, los mapas que en las alambreras de las ventanas trazan los insectos muertos). Anunciada por el familiar doble sonido, manos que se arrastran, rodillas que se arrastran, la pequeña Harriet entró gateando desde la cocina. Se detuvo. Yo volví la cabeza. Me dedicó una sonrisa de ávido reconocimiento, y calculo que estaba a algo más de cuatro metros cuando, «ante mis propios ojos», empezó a crecer. En un segundo había alcanzado el tamaño de una niña de cinco años; un segundo después, el tamaño de un cerdo. Me quedé tendido mientras ella se inflaba como la mujer gorda del circo, la cara creciendo más rápido que el cuerpo hasta llenar toda la sala, mi visión entera, hasta que pareció que haría estallar los límites de la casa. ¿Alarmante? En verdad no. Un caso rutinario de crisis de la persistencia proporcional. Todo lo que ella había hecho era acercárseme. Nuestras narices casi se tocaban, y yo tenía una visión de ojo de pez de sus ojos de canica, sus mejillas bien nutridas, sus dientes delgados y sus orejas traslúcidas, resplandecientes como párpados cerrados al sol.

Papá fue uno de los padres de la era nuclear. Luego, una vez que la cosa nació, se convirtió en hijo de ella, como todo el mundo. De modo que papá trazó una curva rara en esta cuestión de padres e hijos. Primero fue el padre de la cosa, luego el hijo de la cosa. Es de esperar que semejante inversión produzca grandes distorsiones y deformidades.

Trabajaba en sistemas de transporte y movilidad de las ojivas, Vehículos de Reingreso Múltiple Independiente: los MIRV. Mi orina contiene bufotenina, una sustancia química originariamente aislada del veneno de escuerzo. En ciertos análisis la bufotenina se muestra color malva. Cuando alucino, en mi orina hay más bufotenina, más malva que cuando no lo hago. Esta noche tiraré todas las pastillas al lago Flame, y seguiré adelante, solo. Mañana, tal vez, ahora que Fran ha dejado de arrastrar a tío Ned al dormitorio todo el día para hacer el amor, les diré la verdad sobre la pequeña. Les abriré los ojos acerca de ella. Entretanto contemplo el fulgor y el lustre, el malva del lago ojivado.

Diario de Ned

24 de julio. El tiempo no da respiro. Dan sigue evolucionando maravillosamente bien. Tiene accesos de agitación y abatimiento, ¿pero quién no? No, está mucho, mucho más contento. Esos encuentros casuales que en una casa compartida se producen veinte veces al día, ya no son motivo de cortés desasosiego. Me agrada ver al muchacho, y a él le agrada verme a mí. Hemos llevado a Hattie de vuelta a su habitación, al lado de la de Dan. Es una dormiloncilla extraordinaria (¡doce horas por la noche, más las siestas!), y cuando se despierta de madrugada sólo parlotea un rato consigo misma y vuelve a dormirse. No molesta a Dan. Lo que sí le molesta es el calor. En vez de refrescar está cada vez más agobiante. Alguien se dejó el dedo apoyado sobre el control. Fran lo sobrelleva con baños fríos y unas quince zambullidas diarias. Y si no, se atonta con el mundo juvenil de la TV, la radio y las revistas ilustradas. La verdad es que su apetito de tanta basura me conmueve. Qué demonios. Hoy en día hasta el Herald Tribune se lee como un pasquín. Quizá el mundo entero se esté convirtiendo en basura. Dan no quiere ir al

agua. Se sienta debajo del ventilador. Ahora puedo conversar con él de su problema -del problema que tiene para relacionarse con la realidad-, y por fin me encuentro libre para ocuparme de mis problemas, con la realidad, la bomba, el tejado, el sumidero, las alambreras flojas, ese desastre

de jeep (creo que voy a quitarle las chapas y usarlo como tractor). Hice que Dan me ayudara a llevar la leña del cobertizo de los pavos al almacén. Corrió toda la tarde de un lado a otro y apiló madera hasta que le sangraron los dedos.

Cuaderno de Dan

Con toda probabilidad Fran presiente que todavía soy virgen. ¿De qué otra manera se supone que puedo explicar su conducta? Nada con el culo al aire en el lago y se cerciora de que yo esté mirando. He entrado al cuarto de baño y me la he encontrado como vino al mundo: por un momento finge no darse cuenta; después me pide que me vaya pero no hace el menor ademán de taparse. En la humedad, la carne espesa brilla con un marrón más profundo. Amamanta a la niña delante de mis narices.

Es evidente que Francesca se ha impuesto la tarea de iniciarme en los denominados misterios de la praxis sexual. Se va a la cama deliberadamente temprano, y pronto tío Ned se ve obligado a seguirla. La mayoría de las noches hacen el amor en absoluto silencio (ella, es presumible, insiste en esto para estimularse la imaginación), pero una vez, mientras yo estaba arrodillado fuera del dormitorio, ella perdió el control y me buscó abiertamente con gritos de dolor y deseo. Todas estas complicaciones me harán mucho más difícil revelarle la verdad sobre su hija.

En la Sección papá tenía un compañero ruso, desertor y leal amigo de los americanos, aunque a menudo gemía y lloriqueaba -y cantaba- hablando de su amada tierra natal cuando había bebido una o dos copas. (En la Sección todo el mundo bebe en cantidad; y el equipo que dirige Slizard es grande.) Cada vez que se despedían, en persona o por teléfono, siempre lo rubricaban de la misma forma. Papá: «Muerte a los bebés». Andrei: «Y a tus bebés». Papá: «Y a los bebés de tus bebés». Y así seguían. Era una especie de broma. Al fin y al cabo todo el mundo bromea con su trabajo, incluso los que están en el negocio de la extinción. Ellos decían eso para desahogarse. Para mantener el equilibrio.

Yo soy esquizofrénico y haga lo que haga tendré pensamientos de loco (lo sé porque empleo la lucidez), pero ahora hay pensamientos de loco por todas partes, y al menos los míos son míos, no de factura humana como todas las cantinelas, musiquillas y mentiras de Francesca. Tío Ned se ha dejado arrastrar por la idea de que tengo un problema «de realidad». ¿Ah, sí? La realidad tiene un problema de realidad. La realidad se ha descontrolado y podría intentar cualquier cosa en cualquier momento. Es como el lago, está siempre lista para estallar. Ned comprenderá esto demasiado bien cuando le diga -y se lo diré pronto- que la pequeña Harriet es esquizofrénica.

Diario de Ned

27 de julio. Benson Holloway dice que me daría 150 dólares por el jeep y estoy medio decidido a aceptar. Si le quito las chapas y lo uso solamente en la finca no tengo que pagar ni impuestos ni el seguro; pero aun así el viejo artefacto sigue tragando dinero. Con este tiempo se recalienta en cinco minutos y empieza a perder y gorgotear humo y barro. Nada más que para volver del pueblo, hay que conducir prácticamente con la cabeza fuera de la ventanilla. Pero el bribón de Benson es muy listo; ¿entonces por qué le interesa? Sin embargo ahora sí que el próximo verano tendré que pagar una grúa para que venga a llevárselo. Qué diablos, aceptaré los 150 dólares y buscaré algo más práctico. Mamá y Hattie están hechas unos pimpollos (Fran somnolienta, ¡Harriet ruidosa!) y Dan no causa el más mínimo problema. El sol se está transformando de veras. Uno levanta la vista y piensa: el sol se está transformando de veras. De veras que el sol se está volviendo nuclear.

Librodot

Cuaderno de Dan

Por paradójico, o en todo caso, por sorprendente que parezca, el sol se alimenta de la fuerza débil. El combustible del sol es la desintegración de partículas. Si quieres presenciar la fusión nuclear, echa una mirada al sol. Ah, pero no puedes. Incluso a una distancia de noventa millones de millas sigue lastimando la vista. Una detonación termonuclear origina temperaturas apreciablemente mayores que las que se encontrarían en el centro del sol o en cualquier otro punto del universo, si dejamos de lado fenómenos transitorios como el de la explosión de estrellas. Una vez, en la Sección, papá me enseñó la filmación de una bola de acero sometida a una fracción significativa de ese calor superestelar. Se licúa y burbujea como agua hirviendo. Y ahora el lago parece acero hirviendo, con todo lo que día a día el sol acumula en él.

Harriet, me cuentan, tuvo un nacimiento prematuro. Pues bien, ciertamente le han compensado el tiempo perdido. Muchos creen que la esquizofrenia es un acontecimiento post-adolescente. Se equivocan. Un niño puede mostrar síntomas de esquizofrenia tan sólo a las ocho semanas. Harriet tiene ahora ocho meses y la enfermedad se encuentra muy avanzada. Me temo que es un caso más o menos clásico.

Esquema anormal de preferencias receptoras. Si le das un sonajero o un juguete o cualquier otra cosa, ¿qué hace? Lo agita, lo huele y se lo mete en la boca. Así, las funciones superiores de la vista y el oído son rechazadas en favor del tacto, el gusto y el olfato.

Esquemas de conducta repetitivos y estereotipados. Durante períodos absurdamente largos se pasa golpeando superficies chatas con las palmas de las manos. Evidencia una trágica incapacidad para aprender de sus errores. Al parlotear, se complace en una serie fortuita de sonidos idénticos; ¡luego la olvida y
empieza una nueva!

Insuficiente percepción en profundidad. Exhibe signos tempranos de ambulación desviatoria. Se cae todo el tiempo y tropieza con las cosas porque, para ella, las relaciones espaciales son inestables y contingentes.

Pérdida de la normalidad motriz y abrupta mutación de la personalidad. A menudo, cuando Fran intenta cambiarla, vestirla, darle de comer o limpiarla, o hacer por cierto cualquier cosa que requiere su colaboración, Harriet de súbito se resiste. Se pone dura, o fláccida, alternando así, de modo característico, entre la rigidez y el sobrerrelajamiento.

Podría seguir: dispercepción temporal, modo frecuente de interpretar el humor como una ofensa, los interludios de afecto excesivo, la hipomanía que le impide dormir. Desde luego, se da perfecta cuenta de que la he descubierto, y es éste el motivo de que se vuelva contra mí por la noche. Ha engañado a los padres con mucha inteligencia -los esquizofrénicos suelen exhibir una gran astucia- y no creo que Fran o Ned sospechen por un solo instante que sabe hablar.

Diario de Ned

1 de agosto. En menos de un parpadeo ya estamos a primero. Nacida con cuatro días de anticipación el día de Año Nuevo, Hattie ya tiene dos tercios de un año. Adelante, Hattie... Fran me cuenta una conversación algo inquietante que tuvo con Dan. Ocurrió mientras ella le daba de comer a la pequeña en la balsa. ¡Aparentemente Dan empieza diciéndole que le parece que es homosexual! Simplemente lo suelta. Es extraña la nueva precocidad: todos se creen que son agudísimos. Fran le preguntó qué razones tenía para pensar así y Dan se encogió de hombros, admitiendo que nunca

había tenido ninguna clase de experiencia o encuentro homosexual. Dijo que tenía que ver con el «nivel de histamina», o al menos es lo que Fran recuerda. El otro día, además, la sorprendió por accidente en la bañera. Fran dice que salió huyendo como gato escaldado. Ahora se va de la, habitación o gira la silla cada vez que Fran se abre la camisa para darle el pecho a la niña. Dice las cosas más condenadas, y de ningún modo son todas disparates: es brillante, de eso no hay duda. Esta mañana, en el desayuno, yo estaba abanicándome y rascándome la cabeza sobre la noticia de otra atrocidad cometida con un bebé, y dije: «¿Soy yo, es la prensa, o hay un auge del maltrato a los niños?». Y Dan dijo: «Es exponencial, como todo en esta época». Siendo como es un rehén de la herencia, Dan argumentó que si uno maltrata a sus hijos, es natural que éstos maltraten más tarde a los suyos. La cosa se acumula. De hecho se multiplica. Sí, ¿pero habrá alguna diferencia proporcional? ¿Tienen los que maltratan a sus hijos, más hijos que los que no lo hacen? No sé bien qué resultado da la matemática en esto, pero puede que el muchacho descubra algo. Vendí el jeep. 125 dólares. Terrible, terrible calor todavía. No creo que el sol pueda mantener esto mucho tiempo.

Cuaderno de Dan

Hattie y yo hace cuatro noches que no dormimos. ¿Pero quién necesita dormir? Es cierto, a veces alcanzo estados desagradables más alejados de la vigilia que del sueño. A menudo ahora, cuando de un respingo me incorporo de la cama, la pequeña está escondida alrededor. Espero que se canse pronto de este juego perverso o tediosa tortura. En esto mi lucidez, aunque sin duda sea una notable herramienta, no puede ayudarme. Por supuesto, cada vez que con dolor y dificultades infinitas me animo a levantarme y voy hasta su cuarto, ya está de nuevo en la cuna. Se acuesta y finge dormir. La observo durante horas, pero nunca

desfallece. Los esquizofrénicos pueden hacer cosas así porque, como sabréis, no necesitan dormir. Y cuando por fin me vuelvo a la cama, de inmediato viene gateando. Intenta hacerme hacer algo que yo no haré nunca.

Desbaratados sus planes y ambiciones, Francesca está herida y remota, y simula indiferencia. Se concentra en la pequeña con esa estrategia sagaz e insospechada que siempre emplean las hembras y el destino. Ned también está comprensiblemente enfadado por esto. Él quería que Fran me tomase como amante; es tan viejo que no puede tener esperanzas de satisfacerla mucho tiempo más. De modo que Tío Ned me ignora, atareándose furiosamente en cualquier otra parte. Yo soy muy simpático con la pequeña todo el día, y le imploro una y otra vez que no venga a mí de noche. Pero ella no hace caso y sólo finge ser una criaturita corriente llamada Harriet. Cuando revela sus verdaderos sentimientos, cuando me mira ceñuda con un odio casi burlón, ellos sólo creen que llora, como un bebé.

Aquí parece que todos se aman, y tal vez sea eso lo que no comprendo. Ned ama a Fran, que ama a Harriet, que ama a Fran, que ama a Ned, que ama a Harriet, que ama a Ned. Sabéis, en medio de tanto oscuro tormento y tanta confusión desagradable a veces imagino que si no estuviera tan enfermo me sentiría simplemente angustiado de amor, cercado de amor. Estaría simplemente enfermo de amor. Papá ha muerto y mi madre, por así decirlo, siempre ha sido conspicua por su ausencia. Estaría simplemente enfermo de amor. Pues por lo que respecta al match amoroso que aquí se juega, he sido derrotado, me han barrido: amor-seis, amor-seis, amor-seis.

Aun con mi dispercepción temporal sé que me paso horas contemplando los cortafuegos del agua. Lucidez. ¿Los cruzaré? Continuamente los insectos y la fauna del bosque hacen un ruido como de bisagras secas, como una gran puerta que lentamente se cierra para siempre, delante de mí, detrás de mí. Las feroces y bellas libélulas que montan guardia sobre el lago Flame también me aborrecen.

Diario de Ned

5 de agosto. Dan es más bien hosco o práctico con Hattie, pero extraordinariamente suave. Cuando ella, contenta de ver a Dan, le abre los brazos desde la sillita alta, él pone una cara seria y estudiosa al inclinarse para recogerla, y muestra el cuidado especial de la persona torpe, tanteándole las axilas para encontrar el equilibrio antes de alzarla hacia el cielo, con cuidado de no forzar las pequeñas articulaciones. Afuera, en la orilla calcinada, cuando la pequeña se arrodilla para meterse Dios sabe qué en la boca, o gatea hacia el agua a toda velocidad, Dan no deja ni por un instante de prestarle atención y nunca permite que se le pierda de vista. Noto que le habla mucho, y eso es bueno, porque yo no lo hago. Harriet lo adora. Es algo hermoso de ver. Fran y yo no podemos pensar en una terapia más natural, en ninguna incitación más simple a la vida que estar con una criatura que empieza a relacionarse con el mundo... Yo no sé nada de esa cuestión de lo «exponencial». Tal vez sea sólo que en esta época hay demasiados canallas de toda especie. Me ha perturbado tremendamente ese caso de la niña de cuatro años y su padrastro y el padre y el hermano de éste. Todas las noches... No. Está claro que no podemos pensar en eso. Pero podemos pensar en esto: los grandes ojos de la niña cuando se abren y se concentran al entrar en la habitación el primero de los hombres. Creí que iba a cambiar el tiempo. Me equivoqué. Es obvio que tendremos que aguantar este calor hasta el fin de los años. Vi a Benson Holloway saliendo del pueblo en el jeep. Debía de ir a sesenta y cinco. Dan vuelve a tener picaduras.

Cuaderno de Dan

Sólo los mosquitos me aman. Sólo los mosquitos aman mi sangre.

Levanto los ojos de estas palabras y al otro lado de los alambres hay ocho o nueve amontonados, a medio metro de distancia, formando la silueta de mi cara con tanta certeza como las estrellas delinean a Dragón, el del aliento de fuego, allá en los cielos circumpolares. Están esperando. Pronto iré con ellos, mis preciosos. Con la ayuda de mi inconstancia dimensional, los puntos de suciedad pasarán a ser, en menos de un segundo, colibríes posándose y chupando (en busca de calor, en busca de sangre) en mi cara descubierta.

La pila atómica del lago está llegando a su punto crítico. Y la pequeña empieza a preguntarme por qué espero.

-Tiramina -suele comenzar típicamente (después de gritar mi nombre hora tras hora)-. Bufotenina. Sorotonín. Malvaria. Reserpina. Espermadina. Tiramina.

Después levanté la vista y estaba de pie sobre mi cama. Con lágrimas aguijoneándome las picaduras de las mejillas le supliqué que volviese en silencio a su cuarto y parara ese experimento miserable, pero ella, con los ojos iluminados por el chisporroteo de la esquizofrenia, me contó cómo juntos- podíamos llevar adelante nuestra prueba de fuego. Quiere que la conduzca hasta la ojiva dormida del lago Flame y así le evite la gran incertidumbre. Incluso entonces, en el fin de la noche, el agua estaría, como sabíamos los dos, negra e hirviente como brea de volcán mientras los leptones de las estrellas circundarían la Tierra expectante y su fuerza poderosa. Pero sé que esta noche he de decidirme.

Me parece cruel y absurdo que durante el día, cuando podríamos discutir las cosas con más sensatez, ella no haga más que estarse echada y sonreír y simular que sólo es un bebé.

Diario de Ned

Librodot

6 de agosto. Debería describir los sucesos de esta mañana con todos los detalles que pueda reunir. Como desde que Hattie nació Fran se pone en marcha un poco tarde, me levanté a las ocho y preparé una jarra de café. En apariencia Dan aún no se había levantado, lo que me sorprendió, ya que por lo general estaba allí, en la cocina, esperando pacientemente. Bebí una taza y me asomé a mirar el lago. Y el tiempo inestable. El agua parecía como vendada por una densa bruma, incolora salvo por unos toques de plata, unos toques de oro. Recuerdo que pensé: así que el lago era un fiasco, un fracaso; nunca estalló del todo. Abrí la puerta de la habitación de Dan y la taza se me cayó de la mano y se rompió, sin yo darme cuenta. Las cortinas y las sábanas estaban rotas en pedazos, hechas jirones. Tuve la

sensación de una gran violencia, una violencia comprimida y controlada: todo estaba triturado, exprimido, estrangulado, golpeado, implosionado. Sí, y había profundas marcas de dientes en las superficies de madera, y largos rasguños en las paredes. Salí y en seguida vi el cuerpo delgado, boca abajo en los bajíos... Desperté a Fran. Llamé al sheriff Groves, y luego al doctor Slizard, quien se mostró impresionado pero no sorprendido. Luego pusimos todo en orden. Por fortuna, parecería que Hattie estuvo todo el tiempo dormida. Se encuentra bien, y se diría que la conmoción no la ha afectado. De vez en cuando, tan sólo, mira alrededor como buscándolo a él, a Dan. Jesús mío, pobre, pobre muchacho. En enero habría cumplido trece años.

No sé qué es lo que no marcha bien. Acabo de leer el cuaderno de Dan, antes de enviárselo al doctor Slizard a la Sección, como me pidieron. Me siento un imbécil,

y encima viejo. En un grado que me hace culpable me faltó... me faltó claridad. ¿Y qué más? Acabo de leer el cuaderno de Dan y todo lo que tengo en la cabeza es una sensación de tierra abandonada. Ayer, a la hora del desayuno, Dan estaba ahí. Mientras bebía el zumo observaba el reverso de las cajas de cereales. ¿Qué podría ser más... más natural? De niño yo solía hacer lo mismo: diseños de aviones de juguete, vales para concursos, juegos, recetas para bizcochos y galletas. ¿Pero ahora qué? En el reverso de la caja de salvado hay consejos prácticos para prevenir el cáncer. En el reverso del envase de leche homogeneizada, pasteurizada, enriquecida con vitamina D, se ven las fotos de dos sonrientes niños desaparecidos (¿Los ha visto usted?). Fecha de nacimiento: 7/7/79. Altura: 1,05 m. Pelo castaño. Ojos azules. Desaparecidos, y también, apostaría, inencontrables: oh, es lo más seguro. Liquidados, probablemente, jodidos y arrojados en algún lugar por encima de un muro, jodidos y asesinados, sí, eso es lo más probable. No sé qué es lo que marcha mal.

La Enfermedad Del Tiempo

Visión veinte por veinte, y la enfermedad del tiempo es epidémica. En mi grupo de crédito, al menos. Y en el tuyo también, amigo, si no me equivoco. Ya nadie piensa en otra cosa. Oh, sí, salvo en el cielo, claro. El pobre cielo... Hay que ver. Vaya situación. Todos pensamos en el tiempo, apresar el tiempo, enfermarse de tiempo. Yo, de momento, todavía estoy bien, creo.

Saqué mi espejo de mano. Ahora todo el mundo lleva uno cuando menos. En los trenes ves carradas de personas erguidas como navajas estudiándose tensamente los cabellos y las órbitas de los ojos. La ansiedad es tan eléctrica como el cable que vibra por encima de nuestras cabezas. Dicen que hay más gente abatida por la ansiedad del tiempo que por el tiempo mismo. Pero solamente el tiempo es fatal.

De acuerdo, es un problema, un definitivo embrollo. ¿Cómo se hace para cambiar

de tema cuando hay un solo tema? La gente no quiere hablar del cielo. No quieren hablar del cielo, y no los culpo.

Saqué mi espejo de mano y me dediqué una inspección de unos diez segundos: encía inferior, párpado izquierdo. Tan reanimado me sentí que con mucho cuidado fui hasta la cocina y abrí una cerveza. Me comí un emparedado y una ensalada de jamón. Encendí otro cigarrillo. Puse la tele y me instalé en el Canal Terapéutico. Miré un documental de hace setenta años sobre un proyecto de ampliación de carreteras en un lugar llamado Orpington, allá en Inglaterra... El aburrimiento cumple una función altamente profiláctica cuando se trata del tiempo. A todos se nos aconseja experimentar todo el aburrimiento posible. Se dice que aburrir a otro es aun más curativo que dejar que a uno mismo lo aburran. Por eso nos lo pasamos alzando la voz en compañía, dale que te pego con cualquier cosa que se nos meta en la cabeza. Yo, por mi parte, me paso todo el tiempo hablando del tiempo: una costumbre imprudente. Y escúchame. Ya empiezo de nuevo.

Sonó el intercomunicador. Cambié el Terapéutico a Recepción. Ninguna imagen. «¿Quién es?», le pregunté a la tele. La tele me lo dijo. Suspiré, y puse la llamada en un período de medio minuto. Música relajante. Música aburrida... De acuerdo, ¿quieres oír mi teoría? Bien, algunos dicen que las causas del tiempo son la congestión, la pestilencia del aire, la vida urbana (y en esta época no hay otra vida que la urbana). Otros dicen que el tiempo fue el resultado de los primeros conflictos nucleares (de teatro limitado, Persia vs. Paquistán, Zaire vs. Nigeria y otros, nada importante; a ellos les tocaron el calor y la luz y a nosotros el frío y la oscuridad; ese factor contribuyó a que se jodiera el cielo), y en particular, de la saturación de cobertura televisiva que siguió: el día entero la pantalla se contraía con carne, carne moribunda, o viva pero en un extraño estado de edad. Otros dicen que el tiempo fue una consecuencia de las empresas de la humanidad en el espacio

(no debieron haber ido allí, siendo las cosas en casa tan inestables). La comida, la pornografía, la cura contra el cáncer... Yo pienso que fue cosa del siglo veinte. El siglo veinte tiene toda la culpa.

-Hola, Happy -dije-. ¿Qué hay de nuevo?

-¿Lou...? -dijo la voz de ella con cautela-. Lou, no me siento del todo bien.

-Eso no tiene nada de nuevo. Es viejo.

-No me siento bien. Creo que esta vez va en serio.

-Oh, claro.

Bien, era Happy Farraday. Correcto: la estrella de la tele. La feliz Happy Farraday. Oh, tiene mucha historia lo de Happy y yo.

-Veamos un poco qué aspecto tienes -dije-. Anda, Happy, déjame verte.

La pantalla permaneció en blanco, las células muertas en una especie de retorcimiento o revoloteo. En un arranque cambié de Recepción a Diadrama. Allí estaba Happy, todo el rostro vuelto hacia la cámara, haciendo vívidamente lo suyo. Volví a cambiar. Seguía sin haber imagen.

-Acabo de controlarte en el otro canal -dije-. Estás soberbia. ¿Qué te ha picado?

-Esto -dijo su voz-. El tiempo.

Las estrellas de cine son especialmente propensas a la ansiedad del tiempo y hay que decir que al tiempo también. ¿Por qué? Bueno, yo creo que nos encontramos ante un riesgo ocupacional. Es notable. De veras, difícilmente el trabajo podría ser más aburrido. Mucha gente no lo sabe, pero en la actualidad todos los personajes en los canales Sofá, Diadrama y Proscenio escriben sus propios

Librodot

parlamentos. Es un nuevo truco, ideado para promover la falta de forma, para combatir la secuencialidad, y así sucesivamente. Los gurúes de la investigación de objetivos han establecido que esto se concilia mucho mejor con el confinamiento en el hogar. Además, todo el talento literario se ha volcado a la invención de juegos o a la terapia masiva, y produce material sedante para los desocupados y otras secciones del populacho que se apartan de la existencia funcional. Se pueden hacer fortunas en las industrias del tiempo libre y el aplacamiento. Los escritores más notables se parecen a los billonarios adolescentes de los primeros tiempos de la revolución del chip. Por otro lado hacer dinero -como leer y escribir, si vamos a eso- incrementa peligrosamente los niveles de ansiedad del tiempo. Es obvio. Cuanto más dinero tienes, más tiempo te queda para preocuparte por el tiempo. Es

notable. Happy Farraday tiene el máximo crédito, y también soporta el peso de la fama televisiva (en la cual hay millones que te conocen o creen conocerte); esa empatía colectiva, esa identificación, esa implicancia que, sospecho, agota seriamente la resistencia contra el tiempo. Yo he abierto una especie de archivo sobre la cuestión. Empiezo a pensar que es como un síndrome de reciprocidad, uno de los nuevos...

¿Por dónde iba? Ah, sí. Por el diálogo con Happy. Mi mente tiene cierta tendencia a vagar. Compréndeme. Ayuda, en lo concerniente al tiempo.

-De acuerdo. ¿Quieres decirme cuáles son los síntomas? -Me los dijo.- Llama a un médico -bromeé-. Oye, dame un respiro. Ya van... ¿cuántas? ¿Dos veces este año? ¿Tres?

-Ahora es distinto.

-Es el nuevo papel, Happy. Nada más. -En su nueva serie del Diadrama, Happy representa el papel proverbial de una fascinante mujer de cuarenta años seriamente enferma de ansiedad del tiempo. Y se le estaba contagiando; vaya si no.- ¿Sabes a qué le echo yo la culpa? ¡A tu talento! Como actriz eres condenadamente buena, demasiado. Con Greg Buzhardt estábamos...

-Ahórratelo, Lou -dijo ella-. No me aburras. Es de verdad. Tengo el tiempo.

-Sé lo que vas a hacer. Sé lo que vas a hacer. Vas a pedirme que tome el coche y vaya.

-Te pagaré.

-No es el dinero, Happy, es el tiempo.

-Toma el carril de 2 dólares.

-Caray -dije yo-. Esta vez va... debe de ir en serio.

De modo que enderecé los hombros, mientras esperaba que Roy me trajera el «Horsefly» del cobertizo. Bueno, Happy es una vieja amiga y una de mis mejores clientes, también una de mis ex mujeres, y yo tenía que hacer lo que se supone debía hacerse. Afuera, por un momento, no supe qué hora se pensaba que era ni si el rollo que me traía entre manos era diurno o nocturno; pero entonces vi, al este, los débiles temblores y latidos del sol. La densa luz verde se colaba por entre la tropósfera raída y deshilachada, como por un trozo de seda o una panty llena de carreras, con una cualidad liquida, agitada, cambiante. Luz verde: adelante... La otra semana yo mismo me llevé un buen susto, un susto terrible. Estaba en la cama con Danuta y nos la íbamos a jugar a hacer el amor. De acuerdo, una decisión torpe; pero era el cumpleaños de ella, y esa noche habíamos tomado cantidad de tranquilizantes. Fíjate que yo no creo que hacer el amor sea tan arriesgado como dice la gente. Si oyes lo que dicen algunos, resulta que el sexo es un pacto de suicidio. Tomarse de la mano es poner

la vida en juego. «Mirad las cifras de casos fatales de tiempo entre las clases bajas», les digo yo. Joden como si mañana se acabara el mundo, ¿y enferman de tiempo? No, somos nosotros, los personajes de alto crédito, quienes corremos un peligro real. Como yo y Danuta. Como Happy. Como tú... Bien, el caso es que estábamos juntos en la cama, como digo, medio desnudos, y considerando la posibilidad de situarnos quizá en el marco anímico adecuado para empezar con cuidado el viejo juego amoroso, cuando de pronto siento que comienzo a emanar un brillo rosado. Era un calor interno, un calor fuerte, con algo de ilimitado, justo en el centro de mi ser. Bueno, me aterroricé. Uno siempre se dice que va a ser valiente, digno, estoico. Corrí al cuarto de baño aullando. Desplegué el espejo triple; la luz automática de inspección se encendió con un chasquido. Abrí los ojos y miré. Me quedé esperando. Sí, estaba limpio, estaba a salvo. Me derrumbé y lloré de alivio. Un rato después Danuta me ayudó a volver a la cama. No intentamos hacer el amor ni nada. No había manera. Me sentía demasiado condenadamente bien. Permanecí echado acariciándome los ojos, tan feliz, tan agradecido: nuevamente yo mismo.

-¿Tú jodes mucho, Roy?

-¿...Señor?

-¿Tú jodes mucho, Roy?

-Algo. Supongo.

Roy era un grave joven asalariado de la variedad sumisa y abigotada. Parecía tener responsabilidades agobiantes; hasta usaba el cinturón de la cartuchera como una especie de faja para la hernia o soporte vertebral. Ése era el aspecto de la gente de crédito B, el aspecto de la clase paragolpes. Muy pronto, se proyecta, la sociedad quedará dividida en tres secciones iguales. La sección B se dedicará en su totalidad a proteger a la sección A de la sección C. Me alegro de tener de mi lado a Roy y sus muchachos.

-¿Adónde irá hoy, señor? -me preguntó al entregarme mi tarjeta de conducción.

-Al otro lado de las colinas y muy lejos, Roy. Voy a ver a Happy Farraday. ¿Algún mensaje?

Roy parecía inquieto.

-Señor -dijo-. Tiene que contarle lo de Duncan. El muchacho nuevo del condo. Tiene un problema con el alcohol. Happy Farraday todavía no lo sabe. Debe avisarle. Duncan, con el problema que tiene, es un peligro de incendio.

-¿El problema, Roy? Eso es grave, Roy.

-Bien, de acuerdo. Yo no quiero enjuiciar a nadie ni nada por el estilo. Puede que haya sido... que haya sido cuando era pequeño, o algo así. Pero la cosa es que Duncan se trae un rollo alcohólico. La verdad es ésa, señor Goldfader. Y Happy Farraday todavía no lo sabe. Tiene usted que avisarle. Tiene que avisarle, señor; ahora mismo, antes de que sea demasiado tarde.

Eché una mirada al rostro agradable, implorante, profundamente estúpido de Roy. La mirada ardiente, las mejillas trémulas, el bigote. Santo Cristo, ¿qué creerán estos tipos que puede cambiar porque usen bigote? Por centésima vez le dije:

-Roy, es todo inventado. Es sólo la tele, Roy. Se lo escribe ella misma. No es real.

Librodot

-Bueno, de eso yo no sé nada -dijo él, extendiendo la mano en silenciosa conciliación-. Pero me tranquilizaría el ánimo saber que usted la prevendrá del asunto de Duncan.

Roy hizo una pausa. Con cierta dificultad se inclinó para tocar una mancha de aceite que tenía en el pantalón azul superlavable. Se enderezó con un largo jadeo. En tanto joven, Roy era, desde luego, increíblemente gordo -por razones de tiempo-. Inmóviles, ambos contemplamos el cielo, los derrames, los colores chorreantes, las grandes traiciones químicas...

-Qué feo está -dijo Roy-. Señor... Señor Goldfader... ¿Es cierto lo que dicen, que Happy Farraday ha enfermado de tiempo?

El tráfico estaba ligero y llegué a casa de Happy antes de darme cuenta. El tráfico sí que es un problema, como no deja de repetir todo el mundo. La cosa funciona, sin embargo, si usas los carriles más caros. Aquí en nuestro país tenemos un sistema de cinco carriles: gratis, de cinco centavos, de diez, de un cuarto y de un dólar (cero, cinco, diez, veinticinco o cien dólares la milla); pero por supuesto que en este momento el carril gratuito no es operativo: una jaula, una caravana, una columna de desechos abollados y rotos, chatarra muerta que no avanza nunca. Muy pronto también se encontrarán con un problema en el carril de a cinco centavos. El rollo con esto de conducir, vayas donde vayas, es que es increíblemente aburrido. Y aquí tienes otra: desde que prohibieron los espejos retrovisores, no ha quedado mucho campo para la ansiedad del tiempo. Sí señor, tuvieron que suprimir los retrovisores. En eso yo les di mi apoyo. La pérdida de concentración era un trastorno real, ¿te das cuenta? ¿Cómo se podía conducir y controlarte las patas de gallo y el cuero cabelludo, todo al mismo tiempo? En la carretera, en los carriles más baratos, donde la movilidad es baja o mínima, solía haber una atmósfera de fiesta. La gente salía de los coches y se ponía a saltar por ahí. No tengo idea, pero puede que continúe de ese modo. Ahora, con la nueva Conducción de Aburrimiento, las barreras divisorias son más altas y no puedes decir qué pasa realmente. Sin embargo una vez sí que vi algo interesante. No pude evitarlo. Durante la larga espera en el cruce de seguridad, donde hasta el carril de a dólar se

atasca con tanta ambulancia y camión con remolque -y con las grandes escuadras de motos y coches de la policía-, vi a tres corredores, tres punks del tiempo, galopando a ritmo sostenido por el carril de carga en desuso, a la altura del Viaducto Este. Allá iban, claros como el día: pantalones cortos, camiseta, zapatillas de correr. Todos los coches atascados hicieron sonar los cláxones, un sordo, furioso bramido de viejas bestias hacinadas. Unas docenas de policías con altavoces intentaron darles el alto; pero ellos contestaron con muecas, nada más, y siguieron corriendo, desafiantes. Esos punks están mal de la cabeza, aunque me imagino que alguna lógica habrá en el asunto. Toman vitaminas, sabes. Sí. Trabajan fuera y van por ahí jodiendo, tienen sus maratones nihilistas. La semana pasada vi una, cerca de los estudios. Un guardia de seguridad la encontró corriendo por el viejo camino exterior. Le hicieron unas preguntas y luego la soltaron. Tendría alrededor de treinta años, supongo. Parecía estar en una forma tremenda.

Y así que conduje sin incidentes. Pero incluso a través del cristal tratado del parabrisas podía ver y sentir los atroces desgarros y estampidos en el cielo estropeado. Es algo que te conmueve. Mira fijo, durante diez o quince minutos una bombilla encendida de muchos vatios; luego cierra los ojos, con fuerza y de golpe. Así es como se ve el cielo. Nos da pena, sabes, o al menos me da pena a mí. Miro el cielo y pienso... ay. Uy. Oh, el cielo, el pobre cielo.

Happy Farraday me había dejado un pase en la oficina central de Bienes Raíces, de modo que no tuve que esperar tanto. Para serte sincero, me escandalizó lo laxo y rutinario que se estaba volviendo la gente. Siempre es así después de unas semanas de tranquilidad. Luego se levanta otra tormenta de mierda desde la sección C, y otra vez empiezan a volar las órdenes. En el cubículo me vestí de nuevo y me sequé el pelo. Mientras aprobaban mi análisis de orina y las pruebas radiográficas miré la tele en la comisaría. Me senté con delicadeza y cautela (ya sabes lo que te pasa

después de que te revisan desnudo) y saqué tres recortes de la billetera. Son para el archivo. ¿Qué te parecen?

ítem 1, de las páginas informativas de Pantalla Semanal:

En una serie de experiencias reiteradas en el Laboratorio Químico del Valle, el estudiante de ciencias Edwin Navasky ha «demostrado» que el agua caliente se congela más rápido que la fría. «Hicimos la prueba cuatro veces», dijo Edwin. «Es fantástico. Estamos realmente azorados», añadió el consejero estudiantil Joy Broadener.

ítem 2, de la sección de sucesos de la Guía del Sofá:

El lunes pasado la candidata Day McGwire contrató un espacio publicitario en el canal 29. Propósito: negar los rumores insistentes pero infundados de que sufría problemas cardíacos. Lamentablemente no le fue posible presentarse. El motivo: repentina hospitalización debido a un problema cardíaco.

ítem 3, de la columna de actualidad de Televisión:

El piloto meteorólogo Lars Christer informó acerca de una nueva manifestación de «La Cosa Que Hay Allá Arriba», divisada por él en el curso de un vuelo rutinario de bajo nivel. La localización: mil metros por encima del lago Baltimore. La descripción del piloto: «Era una especie de óvalo, con una especie de círculo negro en el centro». Se cree que el fenómeno es un cúmulo o formación espórica. La reacción de Christer: «No sé con qué comérmelo. Es un hueso».

-Goldfader -rugió el altavoz, desvaneciendo mis pensamientos. El carricoche esperaba en la puerta. Hacia el este los cielos nuclearizados parecían especialmente

infernales y desquiciados, con un efecto de ojo desnudo palpitando en el horizonte: inyectado en sangre, conjuntivítico. Ojo rosa. Tal vez, sospecho a veces, La Cosa que Hay Allá Arriba se parezca a un ojo, manchado de lágrimas dolorosas, penentrante, envuelto en incienso... Valiéndome de mi bastón di con cuidado la vuelta por detrás del bungalow de Happy. Sunny, la hija veinteañera, estaba desnuda en una tumbona, absorbiendo la neblina. No hizo el menor gesto de cubrirse mientras yo, cojeando, bordeaba la piscina. La pequeña Sunny quiere que algún día sea su representante, y supongo que me estaba mostrando la mercancía. Bueno, es como dicen por ahí: si lo tienes, lúcelo.

-Hola, Lou -dijo, somnolienta-. Bébete una copa. Anda. Son las cinco.

Le eché a Sunny una mirada crítica mientras pasaba a su lado en dirección al bar. La chica era una verdadera página central, de eso no había duda. Pero, bueno, no me malinterpretes. Dije página central, y está claro que la pornografía no ha avanzado al mismo paso que el tiempo. Al principio intentaron llenar las revistas y los canales para adultos con mujeres de nuevo tipo cómo Sunny, pero no resultó.

El tiempo, en efecto, ha liquidado la pornografía excepto como deporte de sangre clandestino, o como rollo punk. El tiempo ha matado muchas más cosas. He aquí un interesante lugar común. Ahora que la masturbación es la única práctica sexual que no sufre una advertencia sanitaria del gobierno, ¿en qué pensamos cuando lo estamos haciendo, en qué nos queda pensar? No lo digo por mí. Cristo, ¿tú si? ¿Qué imágenes se deslizan, qué espectros aletean... qué pasa con esos pensamientos a medida que flotan y se aglomeran allá en lo alto en lo detonado, en lo completo, allá en el jodido cielo?

-Vamos, Sunny. ¿Dónde tienes la bata?

Mientras me preparaba un combinado con vodka y chupaba con precaución un pretzel, me fijé en el parche de la calva de Sunny, que brillaba suavemente en la
niebla. Suspiré.

-¿Te gusta mi cabeza? -me preguntó sin volverse- Tranquilo, es artificial. -Entonces se sentó y me lanzó una mirada esquiva. Sonrió. Sí, también le habían arreglado los dientes, sin duda algún vaquero del Valle metido a artista de la odontología. Volví a situarme al borde de la piscina y le eché una lenta mirada escrutadora. El pellejo y la palidez estaban bien, pero las marcas del estiramiento eran demasiado cosméticas, demasiado simétricas, demasiado pronunciadas.

-Bien, muchacha, ahora escúchame -comencé-. Las realidades son éstas. Está bien que una chica se dé baños de niebla, mariposee todo el día junto a la piscina con una o dos botellas, se quite un poco de peso de allí en medio. Quiero decir que tienes que mantenerte en forma. Pero este numerito estúpido, Sunny, es cosa de punks. En mis libros nunca ha entrado un embaucador, y nunca entrará ninguno. Por las siguientes razones...

Y le di a la joven Sunny una larga monserga, se las canté claras de verdad. La tenía arrinconada en el aburrimiento y no iba a dejar que se escapase. Seguí y seguí hablando con saña, dale y dale que te pego. En cuanto a mí, casi tuve que refrenarme cuando el aburrimiento, como suele hacerlo, viró hacia la desesperación, mirando el vacío de la piscina, el cielo reflejado y la estática activa, el sedimento de la lluvia negra.

-Bien, bien -dije, reanimándome-. De todos modos, ¿cuál es el problema? Tienes un aspecto magnífico.

Ella se rió, tosió y escupió.

-No me hagas caso, Lou -dijo con voz ronca-. Sólo lo hago para divertirme.

-Me alegra oírlo, Sunny. ¿Y dónde está tu madre?

-Hace dos días.

-¿Cómo?

-En su habitación. Hace dos días que está en su habitación. Esta vez va en serio.

-Sí, claro.

Volví a llenarme la copa y entré. La única luz del vestíbulo provenía de la insomne lámpara del espejo. Mientras pasaba cojeando me miré. El pesado aburrimiento y el ligero estrés del viaje de siete horas me habían hecho bien. Me veía estupendo, estupendo.

-¿Happy? -dije, y golpeé.

-¿Eres tú, Lou? -la voz era fuerte y clara, y también rápida. Directa, alerta-. Voy a abrir la puerta, pero no entres en seguida.

-Claro -dije. Sorbí un trago de bebida y busqué una silla alrededor. Pero entonces se oyeron el chasquido y la enérgica voz de Happy-. Adelante. Bien, tengo que decirte que, llegado ese punto, hubo dos cosas que me desconcertaron. Primero, la voz; segundo, la rapidez. Por lo general, a esa mujer casi no puedes oírla cuando está en ese estado, y llegar hasta la puerta y volver a la cama le

lleva una hora o más. Sí, pensé, ha de haber estado esperando con los dedos en el picaporte. A Happy no le pasa nada malo. La dama está estupenda, estupenda.

Así que entré. Tenía las largas redes negras tendidas sobre la cama: ondulantes, destellando, un lecho para la progenie del diablo. Avancé entre las sombras hasta la silla que había junto a la cama y me senté con un gruñido. Una silla familiar. Una vigilia familiar.

-¿Te molesta si no fumo? -le dije-. No es por los pulmones. Es sólo que me fastidia andar encendiendo todo el tiempo esos chismes. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Sin respuesta.

-¿Cómo te sientes, Happy?

Sin respuesta.

-Vale, muchacha, escúchame. Tienes que dejarte de tonterías. Sé que es difícil con el nuevo papel y todo eso, pero ¿hace falta que vuelva a decirte lo que le ocurrió a Day Montague? ¿Hace falta, Happy? ¿Hace falta? Tienes cuarenta años. Estás fantástica. Permite que te cuente lo que Greg Buzhardt dijo la semana pasada cuando vio las tomas. Dijo: «Estilo. Clase. Presencia. Sinceridad. Fíjate en los ratings. Fíjate en los perfiles. Happy Farraday es la mujer con quien sueñan los hombres». Eso dijo. «Happy Farraday es...»

-Lou.

La voz había sonado a mis espaldas. Me giré, y sentí la punzada en los tendones del cuello. Happy estaba de pie en el baño bajo un chorro de luz, y también bajo el
chorro más suave de su bata de seda. Estaba allí, vívida como la salud misma, gráfica como la juventud, con sus propias fuentes luminosas, los ojos, la boca, el cabello, las curvas y hondonadas de la garganta fulgurante. La seda cayó a sus pies, y a mí se me cayó la copa de las manos, y algo más cayó o se hundió dentro de mi pecho.

-Oh, Cristo -dije-. Happy, lo siento.

Recuerdo cómo era el cielo, cuando el cielo era joven -sus chales y vellones, sus osos y ballenas, sus cúspides y grietas-. Un cielo de gris, un cielo de azul, un cielo de especies. Pero ahora el cielo se ha ido, y nos enfrentamos a cielos diferentes. Cierta envoltura vital ha desaparecido de nuestras vidas. Allá arriba, me parece, algo se está reordenando. Allá arriba se acumula el miedo al tiempo, y nos llega de vuelta en forma de tiempo. Es el cielo, el cielo, el jodido cielo. Si la suficiente cantidad de gente cree que algo es real o está pasando, al fin parece que debe pasar, que debe hacerse realidad. Contra todo lo profetizado y esperado, estamos viviendo tiempos mágicos: magia proletaria. ¡Magia gris!

Ahora que ha terminado todo, ahora que estoy en casa y mejorando, con Danuta de regreso para siempre y Happy para siempre ausente, creo que puedo conversar y contar la verdadera historia. Estoy sentado en el angosto balcón con una manta sobre las piernas. Ante mí, por entre los barrotes de contención, el ocaso se extiende en su contaminada pompa, lleno de genios, fantasmas encapotados, demonios escarlatas del cielo medio. Luz roja: paremos, terminemos. La Cosa Que Hay Allá Arriba puede no ser Dios, por supuesto: puede ser el diablo. Muy pronto Danuta me llamará para que entre por mi caldo. Luego una siesta, y quizá una hora de televisión. El Canal Terapéutico. Me acuesto realmente temprano... Esta tarde fui a caminar por el borde de la carretera. No sé por qué. No creo que vaya a hacerlo de nuevo. A la vuelta apareció Roy y me ayudó a subir al ascensor. Luego, con timidez, me preguntó:

-¿Happy Farraday se encuentra bien, señor?

-¿Bien? -dije yo-. ¿Bien? ¿Qué quieres decir con bien? ¿Tú nunca lees las noticias, Roy?

-Tuvo que irse a Australia. Yo me preguntaba si se encontraría bien. Me imagino que para ella será mejor. Estaba metida en un problema, con Duncan. Era un rollo.

-Por el amor de Dios, eso es tele. Se lo escribieron -dije, y sentí una calma abrupta, plúmbea-. No está en Australia, Roy. Está en el cielo.

-¿Cómo, señor?

-Está muerta, maldita sea.

-Bueno, yo de eso no sé nada -dijo él, alzando una palma regordeta-. Sólo espero que se encuentre bien, allí en Australia.

Happy está en el cielo, o espero que lo esté. Ojalá que no esté en el infierno. El infierno es el cielo del atardecer, y espero que no esté allí. Ah, ¿cómo soportarlo? Qué rollo. No, de veras.

Ahora sí admito que me aterroricé en el dormitorio del bungalow, con el chorro de luz, la mujer alterada y mi propio ser tan abruptamente tenso por la fragilidad y el miedo. Grité muchísimo. ¡Acuéstate! ¡Llama a Trattman! ¡Ponte la bata! Esa clase de cosas. «Vamos, Lou, sé realista -dijo ella-. Mírame.» Y miré. Sí. La piel estaba toda cubierta de esa brillante suculencia delatora. El pelo -que hacía una semana, maldita sea, colgaba tan delgado e incoloro como el mío-, zumbaba de espesor y fulgor. Y la boca, Cristo... labios plenos y húmedos, y una lengua de animal, como un corazón, no con la boca de Happy, ni la de otra mujer, sino más grande, más ávida, más joven. Más joven. Tiempo clásico. Oh, clásico.

Hizo que me acercara y me tendiera con ella en la cama para darle consuelo, para darle cierta sensación de seguridad definitiva. Yo me hallaba en un crítico estado de nervios, como te imaginarás. El tiempo no es contagioso (al menos eso sabemos del tiempo), pero la enfermedad, en cualquiera de sus formas, no es muy atrayente y yo quería guardar toda la distancia posible. Mantente lejos, dice. Luego vi; vi sus pechos, altos pero pesados, las pequeñas puntas tiernas, inflamadas por el tiempo; y el olor, el olor de memoria profunda, fluyente, submarina... Yo sabía qué clase de consuelo necesitaba ella. Sí, a menudo el tiempo se manifestaba de este modo, pensé en mi terror lento y majestuoso. Has venido hasta aquí: ahora sigue, me dije. Acércate más, más. Hazlo por ella, por ella y por los viejos tiempos. Me volví, dispuesto a permitir que tomara todo lo que la cabeza y la mano pudieran dar, hasta que también yo sentí fiebre en las líneas de calor, la hinchazón y el olor de la juventud y la muerte. En cierto momento durante la madrugada, justo antes del amanecer, me levanté y arrastrándome hasta la ventana miré el cielo dolorido, lastimado; por un instante me sentí yo mismo gris y suavemente vibrante, como una percha que se ha dejado brillando en el travesaño, con Happy allí, detrás de mí, sola en la cama y en la tórrida muerte. «Cariño», dije en voz alta, y fui a reunirme con ella. Me gusta, pensé, y de pronto asentí. ¿Qué es lo que me gusta? Me gusta el amor. Me estoy suicidando y no me importa.

Durante los dos meses siguientes, te diré, estuve en una forma terrible, hecho una mierda, desquiciado, desquiciado del todo. Me daban ataques de energía. En vez de mi comida, me desesperaba por la carne gruesa y el vino espeso. No conseguía mirar nada terapéutico. Tras media hora escasa de una exhibición de carpintería o de un concurso de lanzamiento de dardos me encontraba paseándome por la sala con las uñas comidas y los dedos frenéticos. También, en varias ocasiones, puse en peligro a Danuta. Hasta hice un intento con la pequeña Sunny Farraday, que

después de la cremación se mudó aquí por un tiempo. Danuta se divorció de mí. Incluso se fue de casa. Pero ahora ha vuelto. Danuta es una buena chica; me ayudó a salir. Ahora todo ha quedado atrás, y creo (toco madera) que ya vuelvo a ser más o menos yo mismo.

Dentro de muy poco daré unos golpecitos en la ventana con el bastón para que Danuta me traiga otra manta. Más tarde ella me ayudará a entrar para que tome el caldo. Luego una siesta, y tal vez una hora de televisión. El Canal Terapéutico. Por el momento soy feliz y afronto de buena gana el vívido tormento, el acné- hirviente del cielo agonizante. Cuando el cielo haya muerto, ¿nos darán uno nuevo? Hoy mi servicio de respuesta dejó un mensaje extraño: tengo que llamar a un número de Sidney, allá en Australia. Lo haré mañana. O pasado. Sí. Ahora no puedo hacer el esfuerzo. Alcanzar el bastón, levantarlo, golpear el cristal, decir Danuta: incluso esto requiere empinadas ascensiones de tiempo. Ahora todo sucede con tanta lentitud. Tengo un nuevo trastorno en la espalda. La semana pasada me rompí un diente con una tostada. Jesús, como detesto agacharme y las escaleras. Arriba cuelga el cielo en telarañas desgarradas, en sangrientos añicos. Es un gran alivio, y me siento agradecido. Estoy perfecto, estoy bien, bien. Sea como sea, por el momento no hay síntomas de que vaya a enfermar de tiempo.

El Cachorrito Que Pudo

El cachorrito vino brincando y rodando por los campos en barbecho. Aquí viene, brincando, rodando. Como la mayoría de los cachorritos más adorables, este cachorrito tenía grandes ojos marrones que parecían suplicar, temblorosas orejas medio levantadas, y flojos pliegues de carne en la juntura del cuello. El pelo era de un gris sutil (como plata en la sombra), con un triángulo blanco en el pecho, como el frente de una camiseta, y retazos también blancos en cada pata, como calcetines, como zapatos, ¡como polainas! Hay que decir que este cachorrito era un poco rollizo, aunque de un modo adorable. Gordura de cachorro, no gordura de perro. Había corrido y corrido días y días. ¿De dónde venía el cachorrito? ¿Adónde iba el cachorrito, y con tantas ganas? La cola orgullosa bien alta, las patas delanteras alegremente abiertas, las... ¡Epa! Ahí va de nuevo. Luego se encamina, incansable, brincando, rodando, rumbo a nuevos y grandes descubrimientos, a maravillosas transformaciones. Por supuesto que el cachorrito no tenía idea de dónde venía ni hacia dónde se dirigía. Pero iba a llegar.

El caso es que con toda seguridad el cachorrito olió o percibió el poblado antes de verlo; los fuegos, las calles curvas, el lugar humano. En realidad su vista no era tan

fiable, por torpe, negligente, y sujeta como estaba a apasionadas distorsiones de miedo y de deseo. Pero allí vio algo nuevo, forma y molde, evidencia, una gran manifestación impresa o grabada sobre el mundo fortuito a través del cual brincaba. El cachorrito rodó un rato, y luego, meneándose, se puso en pie. En seguida supo que había encontrado el lugar que su corazón buscaba: el destino. Abajo, en el valle redondo, podía discernir figuras en movimiento, y círculos dentro de círculos y, en el centro, una parábola ardiente: un cuello de cisne, una guadaña, ¡un interrogante de fuego! Allí se detuvo el cachorrito, mordisqueándose ansiosamente las patas. La cabeza se estiraba hacia delante urgiendo al cachorrito a seguir, pero las patas no hacían más que forcejear y saltar. La cola se le empezó a sacudir, primero titubeante, luego con un vigor tan temerario que casi le desgarra un músculo del trasero regordete. Saltando se puso en marcha, acercándose, acercándose, bajando por las sombras del amanecer, volando casi, con la sangre joven encendida; hasta que vio un grupo humano que estúpidamente se alejaba de

un portón en la empalizada baja. Entonces el cachorrito aceleró. Se precipitó hacia ellos,

luego saltó en el aire y dio una voltereta, y deslizándose aterrizó de espaldas a los pies de ellos: las cuatro patas ahora alzadas con timidez, la cola temblorosa, la suave barriga expuesta en rendición y confianza reflexivas.

Y no pasó nada... El cachorrito se despertó en un charco de azoramiento y dolor. No es que se hubiese dormido ni nada, pero así sentía la vida el cachorrito, pues allí abajo todo era mucho más ferviente, más apremiante, más repentino. La gente permaneció inmóvil, en un semicírculo estúpido; eran seis o siete; algunas caras mostraban miedo, otras disgusto; ninguna amabilidad. Al fin el cachorrito se incorporó con tristeza y les imploró con la mirada, la esforzada mandíbula fija en una pregunta. Su pregunta era la tuya. ¿Por qué querrían portarse así con un cachorrito que tenía el confundido corazón lleno de amor magullado, un cachorrito hecho para las caricias y el retozo? Y la gente no tenía respuesta. También ellos (le pareció intuir al cachorrito) estaban llenos de confusión, y de dolor. Deseoso de consolarlos, y esperando que aquello no fuese más que una suerte de malentendido, el cachorrito volvió a agachar las patas delanteras en un ruego tembloroso. Pero esta vez la gente empezó a alejarse. Los hombres mascullaban y hacían gestos burlones. Una mujer lanzó un grito; otra escupió: escupió al cachorrito. Parpadeando, él los miró atravesar el portón. Era extraño. El cachorrito no sabía mucho, pero al menos sabía esto: que la gente no era desconsiderada. No, no lo era. La gente no era desconsiderada.

Y por lo tanto, manteniendo la distancia, merodeando en busca de comida (gusanos, raíces, un tipo de flor especial, ciertas sustancias intoxicantes pero sensibles que a su nariz le gustaban y su lengua aborrecía), y dejando escapar muchos suspiros exhaustos, el cachorrito rondó el lugar humano hasta que el día empezó a caer. Mientras hurgaba entre rocas y agujeros tras las hormigas picantes y la fabulosa tostada de las mariposas, seguía echando miradas de esperanza hacia el pueblo cercano, que en sí mismo era un hormiguero repleto de movimiento errático pero significativo. Aplacado, apaciguado el hambre, el cachorrito esperó en la ladera de la colina, observando, suspirando. Pese a la desdicha cobijaba un intenso presentimiento de grandes cosas por venir, de maravillosas revelaciones, un sentimiento que bien podría haber sido engañoso, pero que nunca dejaba de acompañarlo. Más avanzado el día encontró un montículo húmedo y vaporoso cuyos interesantes olores investigó con diligencia. Momentos después se encontró yaciendo de costado, impotente y enfermo. El cachorrito se mantuvo alejado de ese y de todos los montículos con el mismo olor, un olor que a partir de entonces indicaría peligro. Mientras la noche caía en pliegues sobre el paisaje desasosegado, oyó al otro lado del valle el desgarrado aullido de una bestia, incansable y escarlata, un sonido que le repicó en la cabeza con el riesgo del olor particular. Todo lo que ahora el cachorrito podía ver u oír del poblado era el horrible fuego, la larga curva llameante en el corazón del lugar humano.

Era amor, sin duda era amor, y con síntomas clásicos. Cada mañana, llevando su cesta, la niñita llegaba desde lejos, atravesando colinas, para recoger flores y nadar en el arroyo barnizado. Su paso vagabundo la llevaba allí con puntualidad (cuando ella iba el día siempre era exactamente del mismo color), descalza y con un vestido blanco. Las mismas flores desfallecían y hacían mohines cuando se aproximaba. Querían que las recogiera. Recógeme a mí. Las flores, las fantásticas flores: ¡mirad cómo charlan y se enredan en la niebla! Imaginad también al cachorrito atisbando desde las sombras del árbol protector, el hocico entre las patas, la cola meciéndose perezosamente, los ojos viscosos y llenos de legañas. Pero de golpe alzó la cabeza (el cuello repentinamente erguido y asombrado) cuando la joven se quitó el vestido, de puntillas se metió desnuda en el estanque, ¡y se echó a cantar mientras se lavaba los pechos! El cachorrito suspiró. La amaba a distancia; era un amor instantáneo, hambriento y sin palabras. Habría dado los pigmentos y el dolor de la vida -y sus grandes presentimientos- a cambio de una sola caricia de su mano, una palmadita, un beso. Era un amor que no revelaría jamás. La gente no gustaba de él: ahora ya lo sabía. En los campos que se extendían sobre el valle se había acercado al menos a un par de docenas de personas, solas o en grupos, adoptando estilos y posturas diversos (arrastrándose, correteando, dando cabriolas); en todos los casos habían recompensado sus sufrimientos con burlas y muecas -y en verdad que ahora

había sufrimientos, tantos sufrimientos-. Así que, si bien cada célula del cuerpo del cachorrito lo impulsaba desesperadamente a unirse con la niña y sus flores, a declararse, a dar saltos y volteretas y hacerse un ovillo y rodar, se mantenía en las sombras y amaba desde lejos. En cualquier caso era amor. Y de algo el cachorrito estaba seguro: nunca se lanzaría en pos de algo menos que el amor.

Transfigurada, ella salió del agua acariciadora y se arrodilló en la orilla para que su cuerpo se entibiara al sol. Adelantándose uno o dos centímetros, un palmo, un metro, el cachorrito vigiló suspirando, encogiéndose, batiendo las patas en somnolienta fiebre. Pues a aquellas alturas ya era un cachorrito algo enfermo, languidescente y lastimado, ávido de la minuciosa ternura que todo cachorrito necesita. Y esa mañana lo traumatizaban el temor y el alivio. Sucesos violentos lo habían obligado a eludir la cita del día anterior; y, en su adormilado mundo de causa y efecto, el cachorrito creía que si él dejaba de presentarse en el nervioso arroyuelo, pues bueno, también la amada dejaría de presentarse, y desaparecería para siempre. De ahí su súbito alivio, su rapto. de consuelo, cuando espiando desde las sombras protectoras vio de nuevo a la niña.

Había sucedido la noche anterior a la noche anterior. Había sucedido así. El cachorrito estaba durmiendo profundamente en su lugar de costumbre (un hoyo al abrigo de un árbol inclinado) y en su posición de costumbre (en completo abandono), cuando una ráfaga de sonidos y olores lo incitó a ponerse en pie de golpe. Frunciendo el hocico, el cachorrito registró curiosas agitaciones en la textura de la tierra y percibió tenues resquebrajamientos y roturas que se aproximaban. El perfume, diluido aún por la distancia, intrigaba agudamente al cachorrito pero también despertaba las glándulas del peligro. Titubeó en la noche vacilante. Demasiado débil y confundido para escapar, examinó el agujero en donde acababa de pasar una hora agradable, olisqueando, arañando y probando una poderosa corteza nueva. Entonces los sonidos se le echaron encima: más fuertes, peores, calientes y tóxicos, de una voracidad sin límites. Y todavía el cachorrito titubeó, la cabeza ligeramente inclinada en el trance, la cola torcida en un reflejo esperanzado, juguetón. Pero ahora la racha de gasolina y de sangre le impregnó el pelo: gimoteando, el cachorrito se deslizó dentro del agujero para esconderse en la humedad pegajosa. O intentarlo. Las trabadas patas delanteras buscaron apoyo pero, mientras las traseras resbalaban y se sacudían, las ancas regordetas seguían expuestas. Y ya casi sentía la antorcha del aliento, la calcinante saliva tocándole el trasero. Si el terror no había podido, el horror lo consiguió, empotrándolo en la tierra con un ruido seco; y allí yació, tosiendo y sollozando hasta que la rabia infame se hubo disipado, esparcida sobre el suelo que le cubría la cabeza... Tan aturdido estaba el cachorrito que por unas buenas treinta y seis horas se olvidó de asomarse, y lo que por fin lo hizo retroceder hacia la luz del día fue una hambrienta desesperación. Entrar en el agujero no había sido fácil, pero fue fácil salir. Pues al parecer el cachorrito se estaba volviendo cada vez más pequeño.

Así suspiró y atisbó, atisbó y suspiró. Todas las flores habían perdido su languidez y ahora se arqueaban, esforzándose por ir al encuentro de la mano de la muchacha. Oh, cómo deseaban que las tomase. Leve y desnuda la muchacha se movía entre ellas, inclinándose para liberar un tallo de la tierra, incorporándose luego para prenderse los pétalos en el magnífico pelo negro. Muda y orgullosamente amada por el cachorrito (¿cuántas vidas dichosas no habría pasado él ignorado, no correspondido, sumido en ese amor a medias, en esa vida a medias?), la muchacha cantó, la muchacha nadó, la muchacha se recostó sobre el vestido, secándose y soñando con el crecimiento, con el cambio, con misteriosas metamorfosis. Canturreando, murmurando, buscó otra posición en la cual dormitar, abrió los ojos... ¿y qué sería lo que vio? Pues un cachorrito, un cachorrito que con mucha cautela se asomaba entre las flores con la cola mustia de ansiedad y el hocico cepillando la hierba. El cachorrito no había tenido la menor intención de acercarse a la muchacha de esa forma. Pero resultó que de repente se encontró con que había ido y lo había hecho, tal como suele ocurrirles a los cachorritos. La niña se sentó y lo miró con atención, llevándose una mano a la boca. El cachorrito, presintiendo la gravedad de su error, estaba por hundirse miserablemente en los confines de la tierra para no volver nunca, cuando de pronto ella se rió y dijo:

-Hola. ¿Y tú quién eres? Ven. Ven aquí. Bueno, bueno. Oooh, vaya criaturita más graciosa... Te llevaré conmigo a casa. Pero no te querrán. Por culpa del perro. A Keithette no le gustarás. Creo que a Tom tampoco. Yo me llamo Andrómeda. Y a mí sí que me gustas. Sí, me gustas mucho.

Para el cachorrito, desde luego, todo esto era puro griego; ¿pero que importaba? La voz de ella, melodiosa como una canción infantil, era apenas un agregado más en la enramada de dicha que lo circundaba. Ni siquiera en sus sueños, en sus agitados, gimoteantes sueños... Aunque sería exagerado afirmar que los cachorritos tienen fantasías, sí es cierto que tienen sentimientos, poderosos sentimientos, allí, en lo profundo, donde todo hiende y rasga como el hambre. Tumbado de espaldas sobre las flores envidiosas, con la mano de ella sobre la barriguita (ligeramente asegurada por una pata especulativa), la cola en sintonía con el lento pulso, el cachorrito tiritaba y se ahogaba en un pequeño y hermoso mar de alegría. Ah, qué paz penetrante. Toda cubierta de cielo, ¡de cielo de cachorros! Muchas horas estuvieron rodando y retozando y apretándose y acurrucándose, hasta que el color del día empezó a cambiar.

-Oh, no -dijo la niña.

Huyó con vívido terror. Aunque le ordenaron que se quedara, el cachorrito la siguió, con tanta discreción como podía, eludiendo la mirada cada vez que ella se volvía para ahuyentarlo (como si creyese que, cuando no podía verla, ella no podía verlo a él). Pero al fin Andrómeda hizo una pausa en la huida y se detuvo para lanzar la advertencia:

-Quédate aquí. Ten cuidado con el perro. Yo vendré mañana. Prometido. Quédate aquí, pero por favor no te vayas. ¡Quédate! Oh, quédate.

Desconcertado, meneando la cola con vacilación, el cachorrito la miró correr valle abajo hacia la boca del cráter, donde los fuegos azules ya comenzaban a crepitar consumiendo el aire del ocaso.

Durante la siguiente oleada o paquete de tiempo, la vida del cachorrito se pareció a un sueño delicioso y terrible cuyas dos caras -el pánico y el éxtasis- estaban tan unidas como las de un cuchillo; a veces sentía que el corazón podía agrietársele y empezar a supurar bajo la increíble incertidumbre. Pero, puesto que era un cachorrito, pasaba gran parte del tiempo en las condiciones inalteradas, en los extremos. Cuando Andrómeda se inclinaba sobre él con el cabello tibio de sol ornado de flores mágicas, cuando le hacía cosquillas en el pecho y le besaba la barriga caliente, ¿os pensáis que el cachorrito sentía otra cosa que una dicha definitiva y abrumadora? Toda la vida era un juego amoroso, un encantador juego amoroso. Pero el cachorrito ideó otros: el juego en el cual él corría muy rápido hacia ella y en el último segundo la esquivaba; el juego en el que corría alrededor de ella en círculos concéntricos acompañándola a donde fuera; el juego en el que él se alejaba con mucha languidez y al acercarse ella, se ponía de un salto fuera de su alcance; y otros similares. Andrómeda parecía singularmente lenta en comprender los juegos, quizá porque ahora el cachorrito estaba muy débil y enfermizo, y se cansaba con gran facilidad. Y sin embargo no se detenía. Había en sus cabriolas algo de delirio. Con frecuencia, también, algunas de las maniobras más ambiciosas concluían en violentas caídas. Una tarde, después de incitarla durante horas, consiguió que jugara al juego del palo, que consistía en que debía arrojar un palo para que el cachorrito fuera a buscarlo y devolvérselo o no, dependiendo de su capricho de cachorro. Por error ella arrojó una vez el palo al arroyo, y el cachorrito se zambulló tras él. Por un rato pareció que se hallaba en ciertas dificultades; y la verdad es que cuando Andrómeda lo arrastró hasta la orilla tuvo un buen ataque de tos. Entonces, mientras se recobraba a su lado, ella notó que tenía la cola y las patas traseras inflamadas y cubiertas de quemaduras. Lo observó con un gesto de preocupación. El cachorrito respondió con un parpadeo agradecido. Contemplándola por entre los rayos de las pestañas mojadas, y con ese esplendor fotosférico que tenía por arriba y por detrás, ella le parecía... bueno, le parecía un ángel resuelto y formidable, esencia divina, un Poder, un Soberano, un Trono cubierto de joyas

prismáticas, resbalando por los rayos del sol. Hemos de tener en cuenta, claro, que el cachorrito no tenía muy buena vista... Oh, pobre cachorrito.

Pues las noches eran diferentes, mucho más largas que los días (por lo menos tres veces más largas) y llenas de miedo. Retorciéndose en la madriguera, mientras el gran animal poderoso y atroz rasguñaba vorazmente la angosta abertura, el cachorrito no pensaba en el día... el día distante, irrisorio. No comprendía. ¿Cómo había desatado tal cólera en una criatura a la cual, al menos eso sentía, él hubiera podido dirigirse en busca de amor, de amparo, de diversión? No comprendía. Pero sí comprendía una cosa: sabía hacer una distinción, y muy sutil: la diferencia entre terror y horror. Terror era cuando la muchacha se iba y la noche empezaba a caer arrebatando al mundo su color. Horror era cuando la bestia estaba allí, a la entrada de la madriguera y las llamas de su aliento chamuscaban el trasero del cachorrito.

-Esto no puede seguir así -dijo Andrómeda una mañana cuando encontró al cachorrito adormecido, tiritando y estornudando junto al nervioso arroyuelo. No podía ni comer la comida que de contrabando le había traído. Se incorporó para dar un salto, pero las patas traseras cedieron y rodó en la hierba con un suspiro fatalista. Por lo general, cuando miraba al cachorrito, Andrómeda pensaba: ¡La vida! He aquí la vida. Pero ahora se le ocurría la posibilidad (pospuesta una y otra vez, porque la sola idea hacía que se doblase en dos de náuseas) de que el cachorrito se estuviese muriendo. Podía ser que el cachorrito simplemente no lograse salir a flote. Pues comprenderéis que el miedo lo había vaciado del todo; el miedo y una intensa soledad de cachorro, la necesidad de pertenencia, la necesidad de estar... dentro.

Andrómeda tragó saliva y dijo:

-No me importa. Te llevaré a mi casa. Ahora mismo. No me importa.

Y así, con mucho, mucho cuidado, acomodó al cachorrito de miembros fláccidos en el fondo de su cesta, y cubrió la débil forma quejumbrosa con flores y uvas blancas y un pañuelo rosa. El cachorrito tardaba en entender ese juego, no cesaba de retorcerse y luchar, y parecía sonreír, y después se hacía el muerto. «Shhh», le decía Andrómeda una y otra vez, pero él continuó dando pataditas y doblando las patas hasta que logró incorporarse. El viaje aéreo pareció serenarlo. A una milla del pueblo, al borde de la colina, ella apoyó la cesta en el suelo, levantó la tapa y le echó al cachorrito un largo discurso, con mucho juego de índice alzado, de pie golpeando en la tierra, de ceño riguroso. Esta etapa, de hecho, dejó al cachorrito tan despistado y confundido que se quedó mirando a Andrómeda con cándida indiferencia; y hasta le bostezó en la cara. Siguieron la marcha, hasta llegar al pueblo vallado. «Buen día, buen día», sonaron las voces, y Andrómeda cantaba canciones a voz en cuello, no fuera que al cachorrito se le ocurriese, con temeridad, gemir o aullar.

Pero el cachorrito fue bueno y no hizo nada de ruido. (Para ser sincero, estaba totalmente dormido.) Al llegar a la cabaña, Andrómeda se puso en puntillas y espió. Keithette no estaba. Tampoco Tom. Así que llevó al cachorrito directamente a su habitación.

Ahora bien, Andrómeda tenía mucho que explicar (¡más le valía ser convincente!). Y, si vamos al caso, nosotros también.

Tal como estaban las cosas, el poblado era el alimento del perro -y el perro era, si no el peor de todos los perros posibles, sin duda el peor de cuantos habían existido-. Los policías y guardianes genéticos que en un tiempo habían mantenido separadas las especies, ya no controlaban con tanto celo al mundo viviente. En zonas menos templadas que la de nuestra historia había criaturas que cojeaban y aleteaban en extrañas grietas abiertas entre viejos reinos, medio fauna, medio flora, medio insectos, medio reptiles, medio pájaros, medio peces. La selección natural había dejado paso a una

suerte de discriminación inversa, o distintivismo. Cualquier loro anfibio por idiota que fuese, o cualquier desgraciada comadreja de tres alas, tenían tantas probabilidades de sobrevivir, o de triunfar, como el más listo, el más elegante, el más testarudo roedor carroñero o depredador invenciblemente acorazado. A muchos humanos, asímismo, los desanimaba un tanto encontrarse viajando hacia atrás por los rutilantes senderos de la evolución -o más bien hacia el costado, rumbo a cualquier imprevista humillación de membranas o bolsas ventrales, de picos o patas de cerdo-. La gente, la poca que aún quedaba, tendía a menguar cerca de los desiertos, que eran abundantes. Allí, las formas inferiores florecían incontroladas en su caos: apenas se podía volver la cabeza sin divisar alguna hiena de pies múltiples o un gigantesco gusano de dos pisos avanzando hacia uno por las arenas moteadas. El poblado estaba al norte, no muy lejos de las tierras heladas. En esas selectas latitudes, después de décadas de silencio enemigo, el planeta Tierra volvía a ser un enclave hospitalario, incluso elegante. Con tanta comida -con tanto espacio y tanto clima- la naturaleza tenía muy poco que seleccionar. Hasta que llegó el perro.

Acaso el perro fuera entonces el Selector Natural. El perro tenía dos metros y medio de largo y un metro veinte de altura integrados en una estructura amorfa, con la cabeza bambolearte y voraz apenas ligada a los hombros fortísimos. En vez de cola exhibía una extremidad suplementaria, menos tibia, tendón y talón, por completo inútil y escasamente decorativa. Los ojos eran de un amarillo escorbuto, la saliva de un carmesí chillón, venenosa y corrosiva, capaz de disolver por completo los huesos humanos. El perro era el beneficiario de un nuevo acuerdo simbiótico mediante el cual, saludablemente, hospedaba diversas enfermedades graves pero a esas alturas inocuas, ya que sus numerosos parásitos habían cargado (en este caso) con más de lo que podían manejar. Antaño el perro, como el tiburón, había comido sin inconvenientes todo lo que pudiera zamparse. En esos días, sin embargo, era exclusiva, incluso religiosamente omnívoro. No veía su dieta con buenos ojos. Nunca había habido una demostración clara del hecho de que no debían comerse seres humanos. El adelanto personal más importante del perro residía en su pelo, que era espeso, manchado, fungoide y sin embargo como sintético, demasiado brillante, parecido al lúrex o al rayón. Fue el primer perro que supo ganarse el sustento, que consiguió sobrevivir en las tierras septentrionales. El poblado era su alimento. Parecía necesitar cerca de un ser humano a la semana. No era tan glotón, y los seres humanos, había descubierto, duraban mucho.

Nadie en el pueblo tenía idea de qué hacer con el perro. Bueno, había una vergonzosa estrategia; pero no daba resultado. Ociosos en un mundo rejuvenecido,

habían perdido hacía mucho las nobles artes de la supervivencia y el aprovechamiento, no hablemos ya de la lucha y el asesinato. Ya nadie sabía cómo armar un infierno. Ordeñaban la rica vida de la tierra: por cierto, algunas plantas eran tan nutritivas y sangrientas como la misma carne; sí, muchas plantas sangraban. Usaban pocas herramientas, y ningún arma. Incluso esperaban prescindir muy pronto del fuego. Así era el mundo ahora.

Durante el par de días siguientes el cachorrito estuvo tan mal que Andrómeda pudo mantenerlo alojado en el armario de la ropa sin mucho miedo a que lo detectaran. A veces, en trance de presagios, se descubría a punto de resignarse a perder a su nuevo amigo. «Quédate», le murmuraba ansiosamente. «No me dejes. Quédate, por favor, quédate. » Por la noche Andrómeda le llevaba una selección de verduras jugosas y lo alentaba a comer. Él parecía agradecer el afecto, la comodidad, pero rechazaba la comida y dejaba escapar un suspiro de dolor. Y entonces, al tercer día... Bien, Andrómeda estaba desayunando con Keithette y Tom, su madre y su «padre». En el silencio el sol jugaba al balón subatómico con las melancólicas motas de polvo. Tanto Andrómeda como Tom miraban a Keithette con cierta prudencia. Aquella mañana nadie había hablado con la menor libertad porque aún faltaba que Keithette eligiera y anunciara su estado de ánimo para ese día. Se podía escoger entre siete (ahora todos eran diferentes, todos tristes desde que existía el perro): Lúnebres, Marchites, Melancóliques, Jódibes, Velornes, Sobresábado, Dolormingo... Tom machacaba ligustro en un mortero.

-Yo, de todos modos, prefiero el lazo simple.

-¿Por qué? -preguntó despiadadamente Keithette. Era una mujer rubicunda, de cara ancha, fornida y de pecho plano (la mujer estándar por entonces); pero en momentos como aquél su boca parecía tan delgada como una fisura en un vidrio-. ¿Por qué? Dímelo, Tom, por favor.

Tom dejó el mortero de lado y con las dos manos hizo un gesto de moldeado.

-Quizá porque traduce... traduce la unicidad esencial de tu naturaleza.

Para Keithette aquello era un tanto excesivo.

-¿Qué unicidad? -dijo ella, y cruzó los brazos en actitud serena-. Anda. ¿Qué unicidad?

Y ahora también Tom quedó perplejo.

-La verdad es que no lo sé -dijo-. Pero estoy seguro de que esa cinta quedará muy bien con el vestido.

Puede que Keithette haya estado a punto de ablandarse. No lo sabremos nunca. En ese momento, justo cuando Andrómeda se llevaba cuidadosamente a los labios la cuchara de madera, oyeron un claro ladridito al otro lado de la puerta de la cocina... Rígidas, las tres figuras se echaron hacia atrás. Por unos instantes el tiempo transcurrió sin que nada ocurriera adentro, y el momento bien podría haber pasado intacto de no haber llegado un segundo aullido, más audaz y perentorio que el anterior. La alarma de Andrómeda era aguda. A punto de hablar, se detuvo ante la invulnerable mirada de su madre. Luego se oyó el tercer aullido.

-Sobresábado -dijo Keithette.

Pero entonces se levantó, y con la femenina necesidad de afrontar lo peor, pareció dilatarse y encenderse. Keithette avanzó hasta la puerta divisoria, con Andrómeda y Tom medio metro detrás de ella. Se volvió, irritada y resuelta, antes de empuñar el pomo. La puerta se abrió como una tapa.

Y qué se encontraron si no al cachorrito, ya recobrado del todo, y de hecho tan lleno de entusiasmo que brincaba, culebreaba y finteaba a uno y otro lado, meneando la cola con tal violencia que el trasero parecía una sola manchita peluda. Luego se tumbó de espaldas con las patas para arriba y dobladas. Echándose a llorar, Andrómeda se arrodilló junto a él.

-¿Qué es eso? -dijo Keithette.

-Dejadme sola -dijo Andrómeda-. Es un... «cachorrito» -explicó, y un nuevo esfuerzo asomó en sus ojos-. Un cachorrito.

El adorable cachorrito levantó los ojos.

-Mi cachorrito -dijo Andrómeda.

-¿Por qué la soporto? -empezó Keithette-. Contéstame, Tom. Por favor contéstame. ¿De dónde ha salido? Desde el principio no me ha dado un solo momento de paz. ¿Por qué no puede ser como el resto de las niñas? ¿Por qué? ¿Por qué? De acuerdo. Te despacharé a vivir con los niños. ¡O con los Raros! ¿En dónde lo encontraste? Y ahora escúchame, Andrómeda. Andrómeda, desde luego. Con su propio nombre no le basta. ¡Tiene que ir y llamarse Andrómeda! ¿Y ahora qué hace? Pero te diré una cosa, jovencita. Aquí no se queda.

Librodot

Requirió muchas horas de súplica, mucha Aceptación de Culpas y Descubrimiento de Errores, y mucho trabajo de Tom en la alfombra, en la bañera y en la cama, gran manipulación de toallas calientes y compresas frías, de rascadores de espalda y masajeadores, para no hablar de las caricias en el pelo, los mimos en la nuca, los besos en los pechos -a lo que se sumaron los incansables llantos y ruegos de la pequeña Andrómeda-, pero al cabo Keithette fue ganada para la causa de la presencia del cachorrito, presencia que, se daba por sentado, sería temporal, contingente, provisoria. Naturalmente, la resolución podía abolirse con un solo chasquido de los rudos dedos rojos de Keithette. Bueno, ¿pero qué podía hacerse tratándose de un cachorrito como aquél, con su ridículo hocico arrugado y esa expresión de súplica en los ojos? Todo lo que el cachorrito tenía de su parte, en verdad, era la adorabilidad. Y era adorable; vaya si lo era. Después de las incontables promesas y penitencias, de las cláusulas y convenios de la larga tarde, la misma Keithette parecía demasiado exhausta por la refriega.

-Muy bien -dijo-. Puede quedarse aquí un tiempo.

-Vivir aquí.

-Por cierto, ¿dónde está?

¿Dónde estaba el cachorrito? Acurrucado a los pies de Keithette, por supuesto, y parpadeando agradecido. Hacia el anochecer el cachorrito se había acomodado en la falda de Keithette. Era toda la recompensa que Andrómeda podía ofrecerle a falta de una caricia. Desde su banco de descanso, Tom miraba con expresión de alivio arduamente ganado. Auscultaba a Keithette en busca de señales de repentina variación de humor o cambio de tema. Ahora todo parecía marchar bien. Pero menudo Sobresábado había sido aquél.

Aceitado, acicalado, claramente rechoncho e impecablemente entrenado respecto de sus necesidades, en esos días se podía encontrar al cachorrito casi siempre en su mirador preferido: el vano de la ventana de la pequeña habitación de Andrómeda. Por entre las brumas de la cortina, meneando la cola, inseguro, acelerando luego las sacudidas en súbitas explosiones de reconocimiento o entusiasmo general, el cachorrito miraba ir y venir a la gente durante horas enteras. Porque la gente... ¡la gente era tan hermosa! Las mujeres caminando a largos trancos con las manos en las caderas, deteniéndose de vez en cuando a charlar y asentir entre ellas con los brazos cruzados. Las muchachas, suntuosas y distantes, con una dispendiosa presunción en las mejillas ovaladas y el pelo artificioso. La gente era de todos los tamaños y colores. Sí, y también estaban los viejos, con el paso más precavido (no te apresures) y esa forma en que la luz parecía brotar de sus ojos humanos. Los niñitos estaban rígidos y alertas, impenetrables, en guardia. ¿Por qué no jugarían?, se preguntaba a su manera el cachorrito. ¿Por qué no jugarían, no saltarían y rodarían como una pandilla de cachorros?

Nadie jugaba salvo el cachorrito. Pero el cachorrito jugaba mucho. juegos de saltar, juegos de rodar, juegos de esconderse. La joven dueña llegaba casi a exasperarse ante tanto jolgorio y travesuras. Un tranquilo Dolormingo encontró al cachorrito husmeando con frenesí un juguete rojo que Tom había atado a la pata de la cama. Urgida por los ladridos se las arregló para librar la cosa de su atadura; después la hizo rodar ante el cachorrito. Una pelota, ¡una pelota roja! El cachorrito procedió a perseguirla por la habitación. Y volvió a perseguirla por la habitación. Sosteniendo la pelota entre las mandíbulas, provocó a Andrómeda para que se la quitara y la arrojase. Luego se la llevó de nuevo y saltó alrededor de ella hasta que la arrojó una vez más. Andrómeda de verdad que no podía comprender la histeria del cachorrito en tales momentos. Pero estaba claro que el cachorrito necesitaba seriamente jugar, tan seriamente como necesitaba amor y alimento. Por cierto que cuando ella le llevaba la verdura y la fruta, a menudo el cachorrito hundía la cabeza entera en el tazón.

Cierta vez unas personas que pasaban miraron dentro y vieron al cachorrito en su puesto. Les ladró juguetonamente y se puso tenso, disparándose en una cabriola. Todos retrocedieron, asombrados y hostiles. Se juntó una pequeña muchedumbre y un rato después, (para entonces el cachorrito se había escondido debajo de la cama), se oyeron unos golpes obstinados en la puerta trasera. La ruidosa cuadrilla hubo de enfrentarse con Keithette, que resolvió el problema con una terrorífica descarga. Entonces se convocó a Andrómeda para que se sumara a Keithette y a Tom en un debate de tres horas llevado a cabo en el recibidor. Tema: la imaginación de Keithette. Llegado este punto, no obstante, Andrómeda resolvió actuar con arrojo.

Con la connivencia y la ayuda de Tom, fabricó un pequeño collar para el cachorrito, y una correa. Y así salió con él a pasear por el pueblo. Retorciéndose y

agitándose y ahorcándose al principio, el cachorrito acabó al fin por adoptar un trote obediente, con sólo la cabeza indócil y atareada en olisquear toda forma y color, como si el mundo entero pudiese ser comida. Ha de decirse que el experimento no fue del todo un éxito. Mucha gente se mofaba, o retrocedía, o se echaba a llorar, y el mismo cachorrito soltaba un gemido por una especie de compuerta de los senos nasales, un gemido de desaliento por la desdicha que en cierto modo parecía representar. Andrómeda siguió caminando con obstinación y orgullo plenos, pero ahora el cachorrito se escondía entre sus tobillos. De regreso -aún podía oír los insultos a su paso-, Andrómeda recibió el saludo de Keithette, quien sorprendió a todos, incluso a sí misma, dedicando a su hija una sonrisa aprobatoria y encrespando con desenfado los brillantes pliegues del cuello del cachorrito. Andrómeda le adornó el collar con cascabeles de plata, y al día siguiente volvió a llevarlo de paseo. Se había decidido. Pero el cachorrito, hay que decirlo, estaba bastante acobardado.

-Tengo un nombre para ti -susurró Andrómeda en la oscuridad-. Jackjack. ¿Te gusta? -El cachorrito estaba en la cama con ella.- Si no fueras un animal -susurró- te llamaría John y serías mi niño. -El cachorrito alzó la mirada hacia ella, iluminada por un anhelo sin límites.

¿Por qué ama la gente a los niños? ¿Por qué aman los niños a los bebés? ¿Por qué aman todos a los animales? ¿Qué aman de ese modo los animales? Todos, el mundo entero, más aún, hasta las estrellas que están en lo alto: estrellas como la estrella llamada Andrómeda, fija en los cielos dispersos, fulgurante. Realmente no se podía culpar a los aldeanos. Lo estaban pasando muy mal, y no estaban preparados para afrontar malos tiempos. Mientras que en otras épocas la gente solía emprender sus labores con lágrimas de satisfacción en los ojos, ahora lloraba otra clase de llanto. ¿Y hacia dónde iba a volverse? A lo largo de las décadas blandas había perdido la antigua resolución: el conocimiento, la capacidad. La depredación y su parafernalia habían desaparecido por completo de sus códigos genéticos. De habérseles concedido una o dos generaciones más, de habérseles proporcionado el truco o la calamidad de una adaptación súbita y activa, oh, supongo que con el tiempo habrían descubierto algo. Pero no había tiempo.

Buscaban la autoridad, ¿y qué encontraron? Las líderes naturales eran, desde luego, aquellas mujeres con las voces más altas y las personalidades más fuertes. Y si pensáis que Keithette es temible, tendríais que conocer a Clivonne, ¡o a Kevinia! Al principio intentaron rechazar al perro con odio. Se sentaron a odiarlo y odiarlo, pero el perro siguió merodeando en pos de la orgía semanal. Trataron de ahuyentarlo con gritos, pero tampoco eso funcionó. Probaron ignorarlo, pero eso no consiguió perturbar demasiado a un perro como aquél. Así pues, hubo más consultas. No es que sostuvieran una reunión: se trató simplemente de una docena de maridos exhaustos y aterrorizados -todos los Tom y Tim y Tam- corriendo con mensajes de cabaña en cabaña. Dicho sea de paso, esto nunca había sido decidido por nadie. No era una reacción al pasado profundo. No había memoria profunda alguna, ¿os dais cuenta? Ahora el mundo era así, nada más.

Y entonces invitaron a la muerte a entrar por la puerta del fondo, y le permitieron deleitarse con los involucionados, los hombres con pico y las mujeres con alas, los seres peludos o acorazados o resbaladizos con expresiones de aturdida desgracia. Se decidió subliminalmente que todo era culpa

de ellos. Ah, pobres Raros... Cierto Velornes, Andrómeda llevó al cachorrito que pudo al sitio donde solían reunirse los involucionados; la saludaron con tolerancia, e incluso recibió gran atención por parte de un viejo mulo o heteróclito que sobó el pelo del cachorrito con el extremo de su ala tullida. Al cachorrito los Raros le cayeron bien, como sin duda le caía bien todo el mundo. Eran derrotistas, desganados e inertes: defectuosas máquinas de supervivencia, sabían que no estaban hechos para durar. Sabían que probablemente no serían seleccionados, no en última instancia, no en ese sentido. Y qué pocos quedaban ahora. Pronto, pensó Andrómeda, los Raros se agotarían del todo. ¿Y después qué? Una sola consecuencia. Consideró posibles maneras de salvar al cachorrito, si a eso se llegaba.

De vuelta a casa los siguió un grupo de mujeres que lanzaban alaridos y estribillos contra el cachorrito, y ponían caras desagradables intimidándolo terriblemente.

-Vamos, Jackjack -dijo Andrómeda en voz alta-. No les hagas caso. -De modo que él la acompañó volviendo cada tanto la cabeza con desconfianza por sobre los hombros caídos. Pero Andrómeda no miraba atrás. Caminaba erguida y sincera, llenando el espacio recibido. Pues en el pueblo Andrómeda gozaba de un prestigio ambiguo; sin duda poseía la virtud de la rareza. En parte tenía que ver con la negativa a vivir en la comunidad de niños, y con el hecho de que se hubiese cambiado el nombre. Se lo había cambiado de Briana a Andrómeda, ya me dirán. Pero la cuestión era en realidad la belleza: la belleza. Ya nadie sabía qué aspecto debía tener la gente, ni podía imaginar qué formas la habían agraciado en otros tiempos. Las mujeres, todas robustas y rojizas y aptas; los hombres, opacos, difusos y nulos. Y sin embargo todo el mundo tenía tiempo para la belleza, para el arte, para el modelo y el plan. Al final siempre vamos a parar a la belleza. Así como el perro salivaba instintivamente de placer al encontrar restos humanos en un montículo de caóticos excrementos suyos (el corazón encumbrado como el de un halcón), así oteaba la gente el rostro de ojos redondos de la pequeña Andrómeda, sus hendiduras y latencias, y se enorgullecía de la forma humana.

-Mira, Jackjack -dijo ella. Habían llegado al borde del cráter, el centro, la fuente profunda y su gran interrogante de fuego. Las llamas devoraban el aire, escupiendo y mascando y carraspeando. No hacía falta que nadie alimentara el fuego para que ardiese, sin combustible, tal vez a causa de la fisión; acaso sus hijas yacieran atrapadas bajo la corteza. Aunque no había dios en el pueblo, se aceptaba que el cráter era cuando menos semisagrado, y la gente sentía sus códigos, percibía sus secretos con un temor reticente. Estaba claro que nadie iba a parar allí abajo porque sí. Y por supuesto que ahora cumplía una función diferente. En el acotado abismo, rodeadas de fuego, unas mujeres sujetaban a un viejo Raro al poste, listo para el Sobresábado. El cachorrito ladró. El fuego no le gustaba. Tampoco le gustaba al perro. Pero al perro el fuego no le importaba tanto. Si era necesario, podía hacerle frente. Keithette se hallaba sentada a la mesa, microauscultada por Tom y Andrómeda. Ambos habían estado presentes en el informal seminario de una mañana entera que Keithette había impartido. Tema: la sensibilidad de Keithette. Pero el trabajo verdaderamente arduo de la tarde había recaído en Tom: un severo régimen de masaje craneal, trenzado de cabello, esponjeado interdigital de los pies y comercio sexual continuo. No había resultado. Ya nada resultaba. Porque esa noche era la noche del perro. Y ahora parecía que todos los días eran Sobresábados.

Fiel a la predicción de Andrómeda, lo inevitable había llegado a ocurrir y pronto la provisión de Raros se hallaría agotada por completo. En realidad habían empezado a escasear mucho antes de lo que cualquiera se hubiera atrevido a apostar, porque a algunos los desdeñaba hasta el perro. Los mataba sin problemas, con un solo golpe de sus garras sanguinolentas, y brindaba a los cadáveres un terrorífico ajetreo; pero no se los comía. Se limitaba a quedarse allí, estúpido e implacable, horas y horas (se pasaba todo el tiempo de pie, incluso el de sus egregias siestas), antes de arrancar la mejor extremidad del Raro muerto y alejarse con ella, para regresar a la noche siguiente, y a la siguiente también. Ahora husmearía en el cráter iluminado y no encontraría ofrenda alguna. El fuego crujiente, nada más, no más intenso ni brillante que la llama del hambre en su corazón.

Librodot

-Ya se acerca -dijo Keithette.

Sí, ya se acercaba. Se le oía gruñir y canturrear líquidamente en tanto avanzaba hacia ellos trotando por los campos, cercano, cada vez más cercano. El poblado entero prestaba atención en la oscuridad a un mundo de sonidos. El paso chirriante, los ronquidos, los grandes gorgoteos ante la perspectiva de la confusa saciedad. A continuación el largo silencio al borde del cráter, el colérico aullido de decepción, el bramido final de famélica furia. Luego los olisqueos y rasguños alrededor de las cabañas, los espumarajos y babas colgantes, la descarga regular de su masa contra toda debilidad, la madera astillada, los gritos humanos, el arrítmico traqueteo de la caza, los olorosos desgarros y mordiscos de la matanza... Una vez, mientras el perro, sibilante, consumía su presa, el cachorrito (bien sujeto en la falda de Andrómeda) había soltado un aullido penetrante. Afuera se había hecho un repentino silencio, seguido, minutos después, a centímetros de la puerta delantera, de un rugido de voracidad y odio fabulosos. Pero el hambre del perro había perdido su brutalidad (ya habría otra noche), y todo lo que a continuación se oyó fueron los habitales bufidos del acarreo mientras el perro arrastraba el destrozado cadáver fuera del pueblo, rumbo a las colinas.

-Ya se va -dijo Keithette. Cerró los ojos y agitó un dedo frente a Tom, quien se le acercó sonriendo-. ¿Cuándo dejará de venir el perro? ¿Cuándo? ¿Cuándo? ¿Por qué no sé qué hacer? ¿Por qué? ¿Por qué? Mañana hablaré con Royene, y con Clivonne. Puede que incluso hable con Kevinia. No sé por qué, pero creo que yo seré la última en caer. Ahí no -le dijo a Tom- Ahí. Ahí.

Cuando el peligro de depredación es grande, las comunidades de cualquier especie tienden a formar un tejido más cerrado y los roles jerárquicos se ven puestos en entredicho con mayor intensidad. Esa comunidad particular, por ejemplo, había perdido hacía ya mucho tiempo cualquier peso genético. Es probable que la mejor decisión hubiese sido para ellos abandonar el pueblo y hacer por un tiempo vida de nómadas. Pero, ay, en el código del ADN local casi no había otro elemento estable que la tenacidad sedentaria. ¿Cómo puede uno escapar cuando para la mente no hay otro lugar que aquel donde está?

Con una suculenta comida en el cuerpo y un decente cadáver para roer y mordisquear, el perro no regresaría en seis noches. Tras el caos post-Raros esto parecía un claro avance, y de hecho todo el mundo estaba secretamente impresionado ante el ascetismo exhibido por el perro al restringirse a un humano por semana. Dar cuenta de todos le llevaría al menos un par de años. Aquel Dolormingo, no obstante, acarreó sorpresas desagradables.

Durante su última salida el perro se había dirigido al complejo de maridos disponibles y seleccionado la víctima entre los dieciséis hombres que allí se amontonaban. Durante la escaramuza los dientes y las garras del perro habían herido o lastimado a tres maridos disponibles. Hacia la tarde del Lúnebres a los hombres se les había hinchado estrafalariamente la barriga, y una basta pelambre les había surgido en la espalda y las nalgas. Los tres murieron durante la noche, mudos de horror. El Melancóliques se informó que siete maridos disponibles que apenas habían entrado en contacto con el pelo del perro habían desarrollado males cutáneos de una virulencia increíble; también ellos murieron, echando espuma por la boca en medio de un tormento de úlceras y bubones. Llegado el Velornes los cinco hombres restantes -que no habían hecho más que oler el aliento del perro- fallecieron de shock tóxico.

Los pensamientos de las mujeres, como es natural, se volvieron hacia la comunidad de niños, alojada en una estructura no demasiado resistente, justo detrás del complejo de maridos disponibles. Bien, he dicho «como es natural» pero debería señalar que en el circuito alumbramiento-crianza las cosas se habían serenado notablemente, dado que los genes operativos eran, si no egoístas, proclives a una considerable falta de ambición. ¿Estaban pues destinados todos a morir rápidamente, sin luchar? Aunque nada quiere evolucionar, todos quieren sobrevivir. No queremos morir, eso es todo.

Incluso cuando la vida es pobre y terrible, y hay urgentes razones para abandonarla, no queremos morir. No queremos morir.

De nuevo hubo conversaciones, y envío de mensajes, y esposos aturdidos haciendo la ronda. El mediodía del sábado, como presa de un sonambulismo masivo, el poblado entero se reunió en el cráter junto al cuello de cisne de fuego. Sí, también estaba Andrómeda con el cachorrito, protegiéndolo de las muecas de la muchedumbre. Todos sabían lo que iba a ocurrir, lo sabían con una vergüenza exhausta, con la conciencia de no llegar a cumplir cualquier destino humano. Royene y Clivonne presidían detrás de un sólido tonel. Luego los aldeanos desfilaron, depositando cada uno en la cuba una posesión personal: una bufanda, una herramienta, una cinta de pelo, un pendiente. No hubo excepciones. Al tocarle el turno a Andrómeda, Tom sostuvo al cachorrito... Por fm Kevinia dio unos pasos al frente, miró en torno y se arremangó, la cara brillando en el calor silencioso. Fue en ese momento que el cachorrito ladró: ¡le ladró a Kevinia! Hasta se puso a gruñir. Kevinia le clavó los ojos con escandalizado desdén, mientras Andrómeda luchaba por calmarlo y con la ayuda de Tom frenaba al fin el irritado, animoso ataque de la mujer. De modo que fue con el brillo añadido de sus ojos encendidos que Kevinia hundió la mano en el tonel, la cabeza erguida y luego, con un ademán explicativo, revelador, dejó caer al suelo la pelota roja.

El cielo decía guerra. «Guerra», declaraba el cielo. Allá en lo alto, las estrellas nocturnas enviaban luz a la manera nuclear, los indicadores de combustible dilatados por vastas ecuaciones, pulsar, quasar, gigante y enana, con Andrómeda ardiendo también en ricas implosiones, cambiando y atacando por el firmamento eléctrico. Más abajo, las nubes espesas parecían tan sólidas y perfiladas como el granito, obra de propulsiones abruptas, de poderosas interacciones.

Hacía horas que el cachorrito estaba en brazos de su ama. Todos sus sentidos estaban concentrados en una sola misión: abrirse paso por entre los velos de la pena de Andrómeda y, quizás, ayudar a disiparla. Esa vigilancia apasionada también tenía un costado animal. Vosotros habéis visto, en el parque o la playa, cachorritos atados a una cerca mientras el mundo entero salta y baila. Es éste el máximo sufrimiento que un cachorro puede padecer; lastima mucho más que el hambre. Pero he aquí que el cachorrito atravesó ese dolor hasta el otro lado, retorciéndose y arrastrándose en sí mismo, sólo para sostener la pena y volverla más ligera.

-Gracias, Jackjack -murmuró Andrómeda al sentir las tibias señales (la ilimitada entrega) del amor del cachorrito. Había en la pequeña habitación un resplandor sonrosado: a la cama pronto en verano, cercenamiento, lisa exclusión. Andrómeda encaraba su destino con orgullo, como una mujer. Pero no quería morir. Pensó en escaparse, en huir (nadie la habría detenido), solos ella y el cachorrito. Pero el planeta era ahora grande y desierto, y muy solitario. Un enorme vacío apretaba el lugar humano. Andrómeda tenía orgullo. Pero no quería morir.

Pronto oyeron los murmullos apologéticos en el patio. Keithette estaba sentada ante la mesa redonda, absorta en su propio drama. No diría adiós, no lo diría nunca. Tom alzó tímidamente los ojos (cansado aún y débil después de cuatro horas de cunnilingus ininterrumpido).

-Bueno, me marcho -dijo Andrómeda, y pensó: realmente, qué criaturas más raras somos-. Me marcho. Adiós, Jackjack -dijo-. Quédate... Quédate.

El perro se acercaba. Ya se podía percibir su aullido mutilado derramándose por las colinas. Flanqueada por sus dos esposos, la corpulenta Kevinia condujo a Andrómeda hasta el borde de la gran cavidad, bajando, por el ancho sendero tortuoso, hacia donde el fuego comía su alimento de tinieblas. Allí el feo crucifijo esperaba como un Raro. Kevinia dio instrucciones. El esposo número uno ató las manitas de Andrómeda, confiando al esposo número dos la tarea de sujetarle los piececitos. Ella paseó la mirada de una cara a otra pero nada se dijo y pronto los otros se apresuraron

a subir de nuevo por el sendero tortuoso. Y así se quedó Andrómeda mirando el fuego, sus duendes y genios y su puro pandemonio.

El furtivo omnívoro cruzaba las afueras del poblado, las pesadas hilachas de saliva, rechinando -repicando casi- de nostalgia salvaje cuando pasaba por el escenario de un asesinato anterior o un despedazamiento decisivo, las fauces entreabiertas, cerrándose de golpe en un espasmo brutal, los aguzados talones destrozando y removiendo la tierra yerma. Por allí avanza, horrible, la piel espinosa, bamboleando los deformes genitales, la quinta pata sobresaliendo de las nalgas como la secuela de una hazaña sexual profundamente desquiciada. El Selector Natural. Aunque en sí mismo adaptable -bien podía jactarse de su paninmunidad-, el perro bullía y estallaba de colonias enteras de virus, gérmenes y microbios atrapados: aftosa, peste negra, ictericia, tifus, triquinosis, paludismo, malaria, carbunco, sarna. Resplandecía como niebla hirviente. En el lugar donde se echaba a dormir las flores siempre amanecían muertas.

Todos conocemos la actitud normal del poblado cuando se acercaba el perro. Se hacía el muerto, ocultando su rostro humano tras una torpeza humillante. Pero en esa noche de sacrificio, de renovada náusea y derrota, las hundidas cabezas no estaban dispuestas a inclinarse para aceptar los golpes. ¿Por qué? Porque era Andrómeda, el orgullo, la belleza... ¿quizá también, de un modo perverso, a causa de la protección que la niña había brindado al cachorrito? Lo cierto es que podía sentirse el soterrado rumor de los ánimos acalorados, del petulante amotinamiento. En las cabañas apiñadas se abrieron ventanas y puertas, y aparecieron maridos gritando, agitando los brazos, mientras también la mujeres se mofaban y abucheaban intentando una y otra vez ahuyentar al perro.

No es que al perro lo desanimara en exceso el tratamiento. Tras unas cuantas pausas estúpidas y ladridos sin dirección (como fatigadas maldiciones), reanudó la

marcha rumbo al anillo. Volvió a detenerse, con el cuerpo atravesado por una contractura o un inesperado calambre. Para ser francos, tenía un aspecto poco alentador. Sin duda le estaba sentando mal la dieta. Era imposible imaginar una publicidad más eficaz en favor del estilo de vida no antropofágico. Sí, incluso el perro era capaz de indisponerse por culpa de semejante régimen: por ese entonces no se llevaba bien con sus propias emanaciones y podía desplomarse de un solo eructo... Llegó al borde del círculo. Con sus ojos escarlatas escrudriñó el aire transfigurado, y vio una figura en el poste. Gruñó, y comenzó a descender por el camino: eso sí que estaba bien, estaba mucho mejor, así se suponía que debían hacerse las cosas. A medio camino alzó la vista y vio a los osados aldeanos reunidos al borde del cráter, rebosantes de ruido y de muecas. ¿Qué cuernos les pasa?, pareció preguntarse el perro, y se volvió, y por entre las puntas de las llamas

lanzó una mirada para inspeccionar la ofrenda, confiando en que hallaría atado al poste al giboso involucionado de costumbre bostezando de nervios. Cuando el perro divisó los pequeños miembros morenos que se contorsionaban (lo mismo que todo allí abajo, por cierto), el estómago le dio un vuelco y dejó escapar un ruido, y de su boca cayeron uno o dos litros de saliva humeante. Lento ahora, con expectación, con la debida reverencia, el perro avanzó por el ondulado sendero.

Andrómeda lo observaba a través del fuego. Bueno, parecía que las llamas mismas, alargándose en lenguas y dedos, quisiesen consumir al perro, transformarlo, masticarlo, y escupirlo de nuevo, ya desintoxicado. Una llamita no pudo resistirse y se extendió hasta tocar la inflamada piel del perro. El perro rugió mientras una mata perdida de su pelo crepitaba por un breve instante como enebro incendiado. Con mucho esfuerzo siguió su marcha -podía sobrellevarlo- y al fin husmeó en el interrogante de fuego. Cuando vio a Andrómeda, cuando la olió y advirtió la calidad del alimento que le habían preparado, las patas se le lanzaron al galope (con la cabeza y el cuerpo debatiéndose detrás), hasta que a seis metros de distancia se estiraron en un desordenado frenazo. Volvió a demorarse. También el perro, a su manera, valoraba la belleza. Iba a comérsela muy despacio.

Andrómeda encontró los ojos carmesí. Los guardianes de su cuerpo, los dioses de su desfallecimiento, hubieran querido llevársela a otra parte y acunarla en el sueño. Pero con toda la

fiebre y la magia que había en el anillo de llamas, era imposible detener el calor del oxígeno, la actuación de la sangre. El fuego siseaba más fuerte que la muchedumbre, allí en la sartén ardiente. Vio cómo se abrían las fauces del perro: sus dientes carcinógenos, el tumor de su lengua, las llamas chirriantes de la baba. Luego, abrupto como un upbercut, el perro cerró la boca con un chasquido, hundió la cabeza y comenzó a acercarse con mucho cuidado.

¿Quién lo detectó primero, Andrómeda o el perro? En olas replegadas la muchedumbre circundante fue callando poco a poco, mientras una música de esferas caía entre las frecuencias para morir en su banda. El propio perro pareció quedar perplejo ante la obediencia del silencio desmayado. ¿Qué era lo que oían en la quietud moteada de llamas? ¿Era un tintineo de campanas diminutas? Con un penoso giro de su cuello el perro alzó los ojos hacia el borde del cráter. Al filo del sendero ondulado, con la brillante pelota roja en la boca, estaba el cachorrito Jackjack.

También él había ido a encontrarse con el destino; y empezó a bajar, el cachorrito, con un trote saltarín, las patas delanteras estirándose al mismo tiempo, la cabeza erguida. El perro lo observaba con un odio rayano en el miedo. Sí, miedo. Desde luego que el perro era valiente como un león, y mucho más estúpido; pero todo teme a su imagen invertida, a su antimateria o Anticristo. Todo se teme a sí mismo. Salivando de nuevo y soltando insulsos gruñidos, el perro miró cómo el cachorrito (la vista fija al frente) recorría vivaz la amplia espiral, desaparecía tras los velos del fuego e irrumpía en el anillo. Avanzó directamente hacia el perro, hacia su miasma ambiental, dejó caer la pelota, retrocedió para agazaparse con el hocico entre las patas, y ladró.

El perro, los ojos iluminados por una débil socarronería, titubeó. Ese langostino, ese bocado, ese entremés: ¿qué era? ¿Un juego? El cachorrito volvió a ladrar, montándose de un salto en la pelota, y en seguida recuperó la posición de provocativo desafío. Durante varios segundos el perro lo contempló con fuerte asombro, los patrones interiores ocupados en movimientos e intercambios, a la búsqueda de recuerdos almacenados, códigos, mensajes. También la muchedumbre balbuceaba, confundida, hasta que alguien se echó a gritar, a abuchear, a incitar al perro una y otra vez. El cachorrito amagó cruzar la pelota en el camino del perro y repitió su jactancioso bailoteo, con un montón de fintas y cabriolas coquetas. El perro se lanzó adelante. Pero el perrito se abalanzó tras la pelota y, después de trazar dos círculos precisos cayó al suelo, la espalda vuelta al perro para besar y lamer a la incomparable víctima. Con la inundada boca entreabierta, el perro miró cómo la despreocupada cola del cachorrito se sacudía mientras las pequeñas nalgas regordetas se tensaban y templaban. De golpe se arrojó de nuevo hacia delante, pero, otra vez en pie, el cachorrito se apartó, sosteniendo el balón entre los dientes mientras se ponía fuera de alcance. Ay, vaya cachorrito; como para comérselo todo.

A medida que el juego continuaba, seguido por la multitud y el fuego excitado (cada uno con sus propias rechiflas y ovaciones), pareció que al perro, a juzgar por la gran extensión palatal que le asomaba entre los colmillos sesgados, por los ojos de malaria y la respiración tempestuosa, se le ocurrían nuevas ideas sobre el cachorrito. Este ahora se había alejado unos metros, y echado de espaldas languidecía con las patas en alto, la pelota roja al parecer olvidada. El perro, estúpidamente, intuyó que era su momento. Empezó a avanzar, tomando carrera, cobrando velocidad hasta que, seguro del triunfo (si bien la cara mostraba cierta alarma ante su propia temeridad balística), se disparó cortando el aire con todo su peso. Claro está que tanto el cachorrito como la pelota se habían esfumado, y el perro aterrizó en la roca esmaltada con un caos tan estrepitoso que la multitud, sumida en un momentáneo silencio, se preguntó si habría muerto o estaría herido, y a qué furia aspiraría al despertarse... Pasaron unos segundos y el cuerpo del perro ni se movió. Después de mirar rápidamente a Andrómeda, el cachorrito se aproximó al ponzoñoso montículo, a los humeantes desechos del perro. Todos contuvieron la respiración mientras el cachorrito, husmeando, ladraba y estiraba una pata hacia la boca abierta. Estuvo olisqueando entre crecientes murmullos de esperanza. Hasta levantó una pata trasera y pareció disponerse a... pero un grito de Andrómeda lo previno.

Aunque el cachorrito retrocediera con un chillido, las fauces del perro habían hecho su trabajo, y en la barriguita rosada habían desatado un relámpago de sangre.

También el perro estaba jugando: se había hecho el muerto. Pero ya no era un juego. Enorme se alzó en cuatro patas, en dos patas, y enorme agitó los sangrientos jirones de su cólera. Entonces la caza empezó de veras, con el inmenso perro saltando tras el cachorrito en círculos cada vez más cerrados, patinando y torciéndose, ora hacia este lado, ora hacia aquél, hacia éste, hacia aquél. Por un rato pareció que el cachorrito era más libre que el aire, caprichosamente elástico, subatómico, superluminoso, todo impulso y encanto, mientras el perro avanzaba como un toro, pura masa y momento, sujeto para siempre a sus propias leyes. No podía durar mucho. El cachorrito se caía todo el tiempo, como les suele pasar a los cachorritos, dejando rastros de sangre en el suelo, y parecía más débil y más pequeño cada vez que se rehacía para virar, mientras el perro daba la impresión de abarcar el espacio por completo, de llenar el infierno todo y más... Al fin el cachorrito condujo al perro hasta un amplio arco que había al final de la guadaña de fuego. Surgieron los dos animales, el grande persiguiendo al pequeño y acercándose, acercándose.

-Vuélvete -dijo la multitud.

-Vuélvete -dijo Andrómeda cuando pasaban como rayos. El cachorrito ya sentía el quemante aliento del perro en el trasero, la masa de saliva y encías inflamadas; y sin embargo seguía saltando y dando volteretas, con el solo impulso del ritmo desesperado de sus trancos. A toda velocidad se acercaron los dos a la gran confluencia de fuego, convertidos casi en un solo animal, la cola del cachorrito haciendo cosquillas en la nariz del perro, cuyas fauces abiertas se preparaban para el primer golpe devorador. Vuélvete, vuélvete.

-Vuélvete -dijo Andrómeda.

Pero el cachorrito no se volvió. Con un aullido de terror y de triunfo se arrojó a las llamas; y el perro, como un misil ciego guiado por el calor, como un arma de saliva y sangre, no pudo hacer más que seguirlo.

Y así fue que al fin las llamas se dispusieron a comer. Y menudo festín se hicieron con el perro. Qué manera de toser y atorarse, qué gargajos y arcadas furiosas, qué estallidos y punzadas de gas y de vapor, qué cruptos y borborigmos -y qué acumulación de plumazos y relámpagos y palpitantes encefalogramas produjeron las llamas, hasta que, tranquilizándose, aplacándose, recobraron por fin el aliento.

Cuando Tom la desató, Andrómeda se alejó para recorrer la guadaña de fuego. Encontró el cadáver todavía humeante del cachorrito, panza arriba, apenas más allá de la confluencia de fuego, y se arrodilló para acunarlo en sus brazos. Las llamas se habían negado a devorarlo; habían querido sostenerlo y depositarlo sin daño al otro lado. El cachorrito se echó a toser, titubeó, y dedicó a Andrómeda un último parpadeo. Sí, su música poco a poco se extinguía. El cachorrito no podía persistir, no en forma de cachorrito: la cola chamuscada, la delicada barriguita cubierta de sangre, las pobres patas flojas, vacías de vida. Andrómeda levantó los ojos. Los aldeanos, en silencio, se habían alineado en el sendero ondulante. Pero en el momento en que empezó el dolor de la muchacha, también ellos empezaron a llorar, a gemir, hasta que los sonidos, elevados por el fuego, se perdieron a la deriva en los vellones del cielo.

Esa noche, ya tarde, Andrómeda permanecía despierta con el rostro apretado contra la almohada húmeda. Tenía el pensamiento puesto, como era natural, en el cachorrito Jackjack. Había llevado el cuerpecito hasta el poste y allí lo había depositado sobre un pañuelo blanco. Todos los aldeanos se habían hincado a homenajearlo, y se habían maldecido a sí mismos, avergonzándose de haberse burlado o dudado alguna vez del cachorrito, del cachorrito que había podido. Había pena y

alegría. Y había vergüenza. Al día siguiente el cachorrito yacería de cuerpo presente para que los aldeanos hicieran sus ofrendas. Luego Andrómeda lo enterraría fuera del poblado, en las colinas, junto al arroyo nervioso. Pero la guadaña sería en adelante un lugar sagrado, y todos los que pasaran por allí pensarían en el cachorrito. Se ha ido de la vida, pensó Andrómeda. ¿Y cómo es la vida sin él? Si pudiera beberse todas mis lágrimas, murmuró; si sólo pudiera lamerlas. Recordó la cara con que le había sonreído por última vez, tan bondadosa, tan llena de íntimo perdón. Infinitamente íntima, y también iluminada por secretos.

Entonces oyó en la ventana un suave golpeteo paciente y remoto. Se bajó de la cama y miró afuera. La noche estaba oscura y afligida. Andrómeda se envolvió en un chal y rápidamente fue hasta el pasillo. Abrió la puerta y dijo:

-¿Jackjack?

Allí estaba el muchacho, contra un remolino de estrellas, el cuerpo marcado aún por las garras y el fuego. Ella alzó el brazo para tocarle las lágrimas de los ojos humanos.

-John -dijo.

Con brazos fuertes y guerreros él se volvió y la condujo hacia la noche fresca. Juntos en lo alto de la colina se detuvieron a mirar su nuevo mundo.

Los Inmortales

Vaya perspectiva. Pronto toda la gente se habrá ido y me quedaré para siempre solo. Con tanta radiación solar los seres humanos que aún circulan se encuentran en muy mal estado, sin contar los problemas de inmunidad, el régimen a base de ratas y cucarachas y cosas por el estilo. Son los últimos; pero no pueden durar mucho (claro que intenta decírselo a ellos). Aquí están de nuevo; tambaleando, se asoman a mirar el infierno del atardecer. Todos padecen enfermedades y delirios. Todos se creen que son... Pero dejemos en paz a los pobres hijos de perra. Ahora me siento libre para desnudar mi secreto.

Soy el inmortal.

Hace un tiempo increíblemente largo que estoy por aquí. Si el tiempo es dinero, yo soy el último de los grandes derrochadores. Y, sabéis, cuando uno ha estado en circulación tanto tiempo como yo, la escala diurna, ese número de veinticuatro horas, puede empezar a demolerte el ánimo. Yo intenté buscar un esquema más amplio. Y tuve mis éxitos. Una vez me mantuve despierto siete años seguidos. Sin siquiera una siesta. Qué mareo, amigo. Por otro lado, esa vez que estuve enfermo en Mongolia dormí durante toda una década. Sin nada que hacer, de paseo por un oasis del Sahara, me rasqué el ombligo durante dieciocho meses. En una ocasión –cuando no había nadie alrededor– me la estuve meneando un verano entero. Hasta los inalterables cocodrilos me envidiaban los baños en los ríos sin tiempo. Francamente, no había mucho más que hacer. Pero al fin interrumpí estos experimentos y con mansedumbre me uní a la rutina noche-día. Me pareció que necesitaba dormir. Me pareció que necesitaba hacer las cosas que al parecer necesita hacer la gente. Cortarme las uñas. Comparecer ante el vaso y la bacía de afeitar. Ir a la peluquería. Todas esas distracciones. No me extraña que nunca haya terminado nada.

Nací, o aparecí o me materialicé o despunté, cerca de la ciudad de Kampala, Uganda, en África. Claro que Kampala todavía no existía, y Uganda tampoco. África tampoco, si vamos al caso, porque en aquellos tiempos todas las masas de tierra estaban unidas. (Tuve que esperar hasta el siglo

veinte para verificar muchas de estas cosas.) Pienso que debo de haber sido un dios falso o algo así; cabe concebir que llegué de un planeta que se regía por un reloj diferente. De todos modos nunca llegué muy lejos. Aunque larga, mi vida ha sido en todos los sentidos fútil. Tuve que parar el carro durante un buen rato antes de que aparecieran seres humanos con los que tratar. El mundo todavía se estaba enfriando. Me pasé toda la geología sentado, esperando que llegara la biología. Solía canturrear junto a esos estanques tibios donde empezó la vida sembrada desde el espacio. Sí, allí estaba yo, alentándoos desde la línea de banda. Pues tenía instintos gregarios y me sentía terriblemente solo. Y hambriento.

Entonces se manifestaron las plantas, lo cual significó un simpático cambio y ciertos tipos rudimentarios de animales. Pasado un tiempo comprendí y me hice carnívoro. Me convertí en un cazador prodigioso en parte por autodefensa. (No era tanto una cuestión de supervivencia como que a nadie le gusta que lo huelan, lo desgarren y lo mastiquen, todo al mismo tiempo.) No había animal que pudiera soñarse que yo no fuera capaz de matar. También tenía mascotas. Era una forma de vida al aire libre muy saludable, aunque no demasiado estimulante. Yo anhelaba... reciprocidad. Pero si pensé que el período pérmico era lo peor, fue sólo porque aún no me había tocado vivir el triásico. No puedo deciros lo aburrido que era. Y entonces, antes de que pudiera darme cuenta –esto habrá sido alrededor del 6.000.000 a. de C.– vino la primera Edad de Hielo (no oficial) y tuvimos que empezar todos de nuevo, más o menos desde la línea de largada. Las Edades de Hielo, admito, fueron golpes considerables a mi moral. Uno sabía cuándo se acercaban: solía haber una especie de espectáculo cósmico de luces y luego, con demasiada frecuencia, una espantosa borrasca de impactos retardados; luego polvo, y bellos crepúsculos; por fin, la oscuridad. Ocurrían regularmente, cada 70.000 años justos. Guiándose por ellas uno podía poner el reloj en hora. La primera Edad de Hielo acabó con los dinosaurios; eso al menos dice la teoría. Yo sé que no fue así. Podrían haberse salvado si se hubieran apretado el cinturón y hubiesen sido sensatos. Los trópicos eran bastante calurosos y sombríos, cierto, pero perfectamente habitables. No, los dinosaurios se lo buscaron: eran una pandilla lamentable. Son las películas de aventuras sobre el mundo perdido las que dicen la verdad sobre su muerte. Increíblemente estúpidos, increíblemente quisquillosos; e increíblemente grandes. Y siempre buscando camorra. El lugar parecía un patio de peleas. Yo, por supuesto, ya había descubierto el fuego, de modo que comía bien. Hamburguesas todas las noches.

La primera hornada de hombres-mono fue una carga enorme en lo que a mí concernía. En cierto modo me agradó verlos, pero en general era un lío. ¿Tanta evolución para eso? Hubo una época de brutalidad antes de que llegaran a algo, e incluso entonces siguieron siendo ansiosos y paranoicos. Yo, con mi casita, mis trajes de piel, mi cara bien afeitada y mis barbacoas, sobresalía. De vez en cuando me convertía en objeto de odio, o de adoración. Pero ni siquiera los amistosos me servían de algo. Ugh. Ij. Akk ¿Qué nombre se le da a semejante conversación? Y cuando al fin mejoraron, y me hice unos cuantos amigos y empecé a tener relaciones con las mujeres, sobrevino un descubrimiento espantoso. Yo había pensado que iban a ser diferentes, pero no. Todos envejecían y morían, como mis mascotas.

Como están muriendo ahora. Todos muriendo alrededor de mí. Al principio todos aquí nos alegramos cuando el mundo comenzó a entibiarse. Nos alegró que las cosas se iluminaran. El invierno siempre es duro; pero de algún modo el invierno nuclear es especialmente sombrío. Hasta yo llegué a cansarme de una noche que duró tres años (y Nueva Zelanda, me parece a mí, está bastante muerta incluso en las mejores épocas). Por un tiempo la gran fiebre fue tomar el sol. Pero luego la cosa pasó de la raya hacia el otro lado. Empezó a ponerse cada vez más caluroso, o más bien hubo un cambio en la naturaleza del calor. No daba la sensación de ser luz de sol. Más bien parecía un gas o un líquido: parecía lluvia, muy fina, muy caliente. Y los edificios, por lo que se notaba, no la rechazaban de la manera adecuada, ni siquiera aquellos que tenían techo. La gente dejó de adorar al sol y se hizo adoradora de la luna. La vida se volvió nocturna. Ellos están de lo más animados, teniendo en cuenta la situación, y se compadecen más de los otros que de sí mismos. Supongo que es una suerte que no puedan predecir lo que se viene. Pobres mortales, me dan pena. No son capaces de hacer nada en absoluto con esa fiera fundida que hay en medio del cielo. Se enfrentaron con la ira, después se enfrentaron con el frío; y ahora los están nuclearizando de nuevo. Los está renuclearizando, multinuclearizando el lento reactor del sol.

Librodot

El Apocalipsis sucedió en el año 2045 d. de C. Cuando tuve la certeza de que se acercaba fui directamente al centro de la acción: Tokio. Saldré ahora mismo al paso y diré que me encontraba de lo más dispuesto a marcharme. No es que estuviera especialmente deprimido o algo así. Sin duda no estaba tan deprimido como ahora. De hecho acababa de emerger de una resaca de cinco años y el futuro se me aparecía luminoso. Pero el planeta estaba en un estado desesperante en aquel entonces y yo no quería participar más. Quería irme. Nada se las había arreglado nunca para matarme, y comprendí que la única oportunidad radicaba en el impacto directo de un misil. Yo soy cósmico (en tiempo), pero también lo son las armas nucleares (en poder). Si un misil no consigue borrarme del mapa, me decía, pues bien, nada lo conseguirá. Sólo tenía una seria duda. El despliegue de moda por entonces consistía en detonaciones de tapiz en la escala de los cien kilotones. Personalmente yo hubiese preferido algo mayor, digamos algo así como un megatón. Había perdido el barco. Debería haber aprovechado la oportunidad en los días de las pruebas atmosféricas. Solía morderme los codos pensando en la hija de puta de sesenta megatones que los soviéticos habían probado en Siberia. Sesenta millones de toneladas de TNT: está claro que ni siquiera yo me habría salvado... Alquilé una habitación en el último piso del Century Inn, cerca de la torre de Tokio, bien en el centro de la ciudad. Esta vez quería colocarme en primera fila. Me pareció que en el hotel estaban contentos con el cliente. Los negocios no parecían ir viento en popa. Todo el mundo sabía que el final comenzaría allí, igual que un siglo atrás. Y a esa altura, de cualquier modo, las ciudades estaban muriendo en todas partes... Por la noche hice estallar mi dinero. Soborné al guardia del piso y me franqueó el acceso a la azotea: el sueño final. La ciudad se contorsionaba de pánico. Yo me contorsionaba de esperanza. Si esto suena egoísta, pido excusas ¿Pero a quién? Cuando oí las sirenas gimiendo en el aire me puse de pie de un salto y permanecí inmóvil, desnudo, en puntas de pie, con los brazos extendidos. Y luego ocurrió, como si le abrieran la cremallera al universo.

En primer lugar debo haber absorbido una buena cantidad de radiación inmediata, que más tarde me provocaría tremendas jaquecas. En seguida pensé que Dionisio me estaba haciendo cosquillas hasta matarme. Al mismo tiempo, me apabullaron la onda electromagnética y la embestida térmica. Por las partículas radiactivas no tenéis que preocuparos. Hacedme caso, es la menor de las dificultades. Pero el calor es otra cosa. Son unas temperaturas capaces de convertir a un ser humano en una sombra en la pared. Hasta yo me resequé un poco. Aunque ahora pueda bromear (eso sí que era calor, madre mía; uf, vaya bochorno), en el momento confieso que me alarmé. Yo no podía respirar y se me nubló la vista –otro detalle importante: no me morí, pero al menos me desmayé–. Y por un buen rato, pues cuando me desperté había desaparecido todo. Me había pasado durmiendo todo el estallido, la conflagración, el tifón mortífero. Físicamente me sentía bien. Físicamente me encontraba, como se dice, en forma. Mi resaca había desaparecido por completo. Pero en todos los demás aspectos sentía un desacostumbrado decaimiento. Sí, estaba infinitamente deprimido. Todavía lo estoy. Oh, finjo alegría, pongo cara de ánimo; pero a menudo pienso que esta depresión no acabará nunca, que me durará hasta el fin de los tiempos. No se me ocurre nada que tenga buenas posibilidades de levantarme el ánimo. Pronto la gente desaparecerá y me quedaré solo para siempre.

Son gente de arena, gente de polvo, gente de polvo. Los aprecio, por supuesto, pero no sirven de gran compañía. Están profundamente enfermos y profundamente locos. A medida que menguan, que declinan y se marchitan, parecen ir adoptando grandes ideas sobre sí mismos. Entre nosotros, yo tampoco me siento como una lechuga. Tengo buen aspecto, el mismo que solía tener; pero sin duda hubo tiempos en que me sentí mejor. Mi trato con las enfermedades, dicho sea de paso, es como sigue: las contraigo, me hacen daño y todo eso, y no obstante nunca resultan fatales. Se van, o yo me adapto. Para daros un ejemplo, hace setenta y tres años que tengo sida. Sencillamente no me lo puedo sacudir de encima. Falta una hora para que amanezca y las estrellas todavía brillan con su nuevo afilado esplendor. Los seres humanos ya vuelven a las casas. Algunos caerán en un sueño tembloroso. Otros se reunirán junto a la artesa contaminada y hablarán todo el día de sus patrañas. Yo me demoraré afuera un rato más, solo, bajo el inmortal calendario del cielo.

La antigüedad clásica fue interesante (calculo que acabo de dar un buen salto, pero no es mucho lo que os perdéis). Fue en la Roma de Calígula donde me di cuenta de que tenía un problema de alcoholismo. Empecé a pasar más y más tiempo en Cercano Oriente, donde siempre había animación. Le tomé la medida a las reglas maestras de la economía y florecí como comerciante

mediterráneo. Para mí las largas excursiones de ida y vuelta a las Indias no eran nada del otro mundo. Me fue bien pero no fabulosamente y hacia el siglo diez había vuelto a recalar en Europa Central. Juzgándolo ahora, da la impresión de que cometí un error ¿Sabéis cuál fue mi período favorito? Sí: el Renacimiento. Estuvisteis realmente bien. Para ser sincero, me sorprendisteis. Yo me había pasado bostezando quinientos años de plagas, religión y talento nulo. La comida era espantosa. Nadie tenía buen aspecto. El arte y las artesanías apestaban. Entonces: ¡bum! Y encima todo al mismo tiempo. Me encontraba en Oslo cuando me enteré de lo que estaba ocurriendo. Dejé todo y me subí al primer barco que zarpaba para Italia, aterrorizado de perdérmelo. Ah, era el paraíso. Cuando esos tipos pintaban una pared, un techo o lo que fuera, pintado quedaba. Allí vivíamos dentro de una obra maestra. Al mismo tiempo, a mi entender, había algo de ominoso. Yo advertía que, en todo sentido, erais capaces de cualquier cosa. Y después del Renacimiento ¿con qué me encuentro? Con el Racionalismo y la Revolución Industrial. Crecimiento, progreso, la gran estampida petroquímica. Justo cuando pensaba que no podía haber siglo más tonto que el diecinueve, se presenta el veinte. Os juro, el planeta entero parecía estar representando un certamen de estupidez. Yo ya veía entonces cómo iba a acabar la historia humana. Cualquiera podía verlo. No había alternativas.

Mis intentos de suicidio se remontan a la Edad Media. Me lo pasaba tirándome de las montañas y números así. Piedras al cuello, etcétera. Nunca daban resultado. Jesús, he hecho de pararrayos más veces de las que puedo recordar, y he vivido para contarlo. (Una vez me dio un meteorito en plena cara; salir arrastrándome de debajo me costó lo mío, y me sentí descompuesto toda la tarde.) Y todo esto sin contar las innumerables guerras en que luché. A lo largo de milenios la milicia fue mi pasión –ya sabéis cómo anda el mundo–, pero a comienzos del siglo quince empecé a cansarme. Yo, que había luchado con Alejandro, con los grandes Khanes, de pronto me encontraba en medio de una pesadilla de vagos asquerosos enfrentándose a otra pandilla de vagos asquerosos. Eso fue en Agincourt. Para la guerra de Semana Santa ya estaba harto. Parecía que toda la improvisación –todo el saber y la capacidad– había desaparecido. No había más que muerte, pura y simple. Y mis experiencias en el teatro nuclear no han servido para nada para restaurar la aventura perdida... De veras... lentamente yo iba perdiendo el interés por todo. En general me iba volviendo más ermitaño y neurótico. Y estaba la bebida. De hecho, cuando promediaba el siglo veinte mi problema de alcoholismo se me escapó de las manos. Una vez, tuve una borrachera que me duró noventa y cinco años. Desde 1945 hasta 2039 estuve hecho una cuba. Nómada metropolitano, me ganaba la vida vendiendo mi pasado, vendiendo historia: baratijas fenicias, rollos hebreos, botines de guerra –algunas de estas cosas bien valían una bomba–. Me derrumbé. Perdí todo respeto por mí mismo. Era como un pasajero de un avión averiado que, con la bolsa del duty-free colgándole de la boca, procura encontrar ese estado en el que nada importa. Así parecía estar comportándose el mundo entero. Y ese estado es imposible de encontrar. Porque no existe. Porque las cosas importan. Incluso aquí.

La visión de Tokio después del ataque nuclear no era agradable. Un aceitoso pastel negro con pequeños brocados de fuego. Mi vida había estado atiborrada de muerte –la muerte es mi vida–, pero ese surco era nuevo. Había desaparecido todo. No sucedía nada. La única luz, la única actividad, provenía de los haces de plasma y los pequeños cohetes que algún satélite perdido o algún submarino vagabundo seguían disparando. ¿Pero qué hacen?, me pregunté ¿Para qué bombardean este cementerio? No me preguntéis cómo me las arreglé para llegar aquí, a Nueva Zelanda. Es una larga historia. Y fue un largo viaje. En otros tiempos, desde luego, hubiera podido hacerlo a pie. No tenía planes. Me limité a seguir las huellas de la vida.

Fui en balsa hasta el continente y allí tampoco había nada. Todo estaba muerto. (Para ser justo, buena parte ya había muerto antes.) De vez en cuando, mientras me dirigía a tientas hacia el sur, veía una mancha de liquen o un hongo deformado, y más tarde alguna cucaracha con una sola pata, o una rata ciega, cosas así, y eso me levantaba el ánimo por un rato. Pasaron unos buenos dieciocho meses antes de que me cruzara con seres humanos dignos de tal nombre; fue en Thailandia. Era una pequeña comunidad pesquera protegida por un pico de las montañas costeras y por anómalas condiciones de viento (por entonces no había otras condiciones de viento más anómalas). La gente lo pasaba mal, naturalmente, pero aún seguía sacando algo del mar, si bien no

se lo podía llamar exactamente pescado. Les supliqué que me dieran una barca y se negaron, lo cual era comprensible. Como no quería discutir, me quedé por allí hasta que se murieron. No fue mucho tiempo. Si no recuerdo mal, tuve que esperar unos cuatro años. Luego cargué mis cosas, me hice a la mar y no me importó adónde demonios me llevaban los vientos. Sencillamente me hice a la mar muerta con la esperanza de encontrar vida.

Y en cierto modo la encontré aquí, entre la gente del polvo. Los últimos. Más me vale aprovecharlos al máximo porque son los últimos seres humanos que me quedan. Lamento que vayan a irse ¿Qué significa necesitar a los demás, necesitar que los demás sean?

Una vez me encontraba en China con mucho dinero y un siglo que perder, compré una elefanta recién nacida y la cuidé hasta que se hizo inválida. La llamaba Babalaya. Vivió ciento treinta años y tuvimos tiempo de llegar a conocernos muy bien. Esa manera juguetona que tenía de sacudir la cabeza. La silueta graciosa: tanto bulto y nada de culo (desde atrás parecía un peón caído sobre el mostrador de un pub de Dublín). Babalaya, la única mujer que me importó de verdad... No, eso no es cierto. No sé por qué lo digo. Pero las relaciones largas siempre me han resultado difíciles y he tendido a poner aire de por medio. Sólo me he casado ochocientas o novecientas veces –no soy de los que llevan la cuenta–, y no creo que el total de mis hijos llegue a las cuatro cifras. También tuve mis épocas de gay. Estoy seguro, no obstante, que os dais cuenta del problema. Yo estoy acostumbrado a ver cómo se abren paso hacia el cielo montañas enteras, cómo se forman deltas. Eso que se dice sobre que el Atlántico o lo que sea se hunde a un ritmo de una pulgada por siglo; bueno, yo lo noto. Heme allí, pues, viviendo con una preciosidad. Un parpadeo... y se ha vuelto una ruina. Mientras que yo permanecía varado en un mediodía impecable, daba la impresión de que el tiempo garabateaba el rostro de todo el mundo: se encogían, se ensanchaban, se desflecaban. No es que a mí me importase tanto, pero las mujeres no sabían cómo manejarlo. Las volvía locas. "Hace veinte años que estamos juntos", decían. "¿Cómo es que yo parezco una mierda y tú no?". Además, no era muy astuto quedarse mucho en un solo lugar. Veinte años ya era alargarlo demasiado. Y yo lo alargaba, muchas veces, por los niños. Aparte de eso sólo tenía aventuras sin importancia. ¿Pensáis que los líos de una noche son de lo más insatisfactorios? Pues imaginaos lo que pienso yo. Para mí veinte años son un lío de una noche. No, ni siquiera. Para mí veinte años son un polvo de ascensor... Y había complicaciones desagradables. Por ejemplo, una vez vi a una nieta mía tosiendo y cojeando por el soukh de Jerusalén. La reconocí porque ella me reconoció a mí; dejó escapar un alarido áspero, mientras me señalaba con un dedo que por cierto llevaba un anillo que yo le había regalado de pequeña. Y ahora era pequeña de nuevo. Lamento decir que en los días más tempranos cometí incesto con bastante regularidad. En ese entonces no había manera de evitarlo. No sólo se trataba de mí: todo el mundo andaba en lo mismo. Un millón de veces he visto partir a los míos, y un millón de veces más. Qué dolor he conocido, qué megatones de dolor. A todos los echo de menos; cómo los echo de menos. Echo de menos a mi Babalaya. Pero comprenderéis que cualquier clase de relación ha de resultar bastante tempestuosa (es imposible eliminar las tensiones) cuando uno de los dos es mortal y el otro no.

La única celebridad que llegué a conocer bien fue Ben Jonson, en el Londres de esos tiempos, cuando regresé de Italia. Ben y yo éramos compinches de bebida. Cuando se emborrachaba era estridente, y a veces también sentimental; y por supuesto que todo el asunto de Shakespeare lo deprimía mucho. Ben solía deshacerse en lágrimas leyendo las cosas de ese hombre. A Shakespeare lo vi una o dos veces por la calle. Nunca nos encontramos, aunque sí nuestros ojos. Siempre tuve la sensación de que juntos habríamos llegado lejos. Yo veía el mundo como Shakespeare. Y apuesto a que hubiera podido proporcionarle material interesante.

Pronto habrá desaparecido toda la gente y me quedaré para siempre solo. Hasta Shakespeare habrá desaparecido, aunque no del todo, porque sus versos seguirán viviendo en esta vieja cabeza mía. Me acompañará la memoria. Me acompañarán los sueños. Sólo faltará la gente. Cierto es que ya viví un montón de años vacíos antes de que los seres humanos llegaran, de modo que estoy acostumbrado a la soledad. Pero esta vez será distinto, sin la esperanza de que al final aparezca alguien.

Ahora no hay ningún clima. Los días son apenas una máscara de fuego, y a mí el cielo nocturno me parece siempre un poco igual. Antes, en el vacío temprano, había animales, había

plantas, había divagaciones de la naturaleza. Ahora, bueno, no hay mucho sobre lo que divagar. Yo advertí lo que le estabais haciendo al lugar ¿Qué sucedió? ¿Era demasiado bonito, o qué? Jesús, no estuvisteis aquí más de diez minutos. Y mirad lo que habéis hecho.

Reunida alrededor del pozo envenenado, la gente bosteza y masculla. Son los últimos. Han intentado tener hijos –yo he intentado tener hijos– pero no funciona. Los bebés que consiguen nacer no tienen buen aspecto, y parece que no pueden desarrollar ninguna inmunidad. La verdad sea dicha, la inmunidad no abunda. Todo el mundo anda escaso de ella.

Son los últimos y están dementes. Sufren de desengaño en masa. De veras, es de lo más loco. Están todos convencidos de que son... de que son eternos, de que son inmortales. Y no fui yo quien les dio la idea. Yo he mantenido la boca cerrada, como siempre, por hábito adquirido. He sido discreto. No soy de esos pesados que junto al fuego te cuentan cómo conocieron a Tutankamon y sedujeron a la reina de Saba o a María Antonieta. Se creen que vivirán siempre. Pobres hijos de perra, si supieran.

Yo también suelo engañarme. A veces me entra la extraña idea de que sólo soy un insignificante maestro de escuela neocelandés que nunca hizo nada ni fue a ninguna parte y ahora se está muriendo penosa y ruidosamente de radiación solar junto con todo el mundo. Es raro lo palpable que resulta este pasado falso, y qué humano: casi siento que si estiro la mano podré tocarlo. Hubo una mujer, y un hijo. Una mujer. Un hijo... Pero enseguida despierto. Enseguida me rehago. Enseguida me enfrento al hecho trágico de que para mí no habrá fin, ni siquiera después de que muera el sol (lo que al menos debería ser bastante espectacular). Yo soy el Inmortal.

Últimamente he empezado a quedarme afuera durante el día. Bah, qué demonios. Y me he fijado que lo mismo hacen los seres humanos. Aullamos y bailamos y sacudimos la cabeza. Crujimos de cánceres, chisporroteamos de sinergismos bajo el furioso cielo sin pájaros. Con timidez espiamos el vasto círculo blanco del sol. Claro está que yo puedo permitírmelo, pero para los seres humanos es el suicidio. Esperad, me gustaría decirles. Todavía no. Cuidado... os haréis daño. Por favor. Por favor, tratad de durar un poco más. Pronto habréis desaparecido y yo me quedaré solo para siempre.

Yo... Yo soy el Inmortal.

FIN